

Ch863
F634n

Flores, Enriqueta.

Una niña llamada Ernestina / Enriqueta Flores.

1ª reimp. 20ª ed. Santiago de Chile: Universitaria, 2009.
172, [6] p.: il., retr. 18,5 x 12,5 cm. — (Norte)
Para niños desde 12 años.

ISBN: 956-11-2064-X

1. Literatura Infantil Chilena. I. t.

© 1992, ENRIQUETA FLORES ARREDONDO

Inscripción N° 72.657, Santiago de Chile

Derechos de edición reservados para todos los países por

© Editorial Universitaria, S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050.

Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *ITC New Baskerville*

Se terminó de imprimir esta 1ª reimpresión de la
VICÉSIMA EDICIÓN
de 3.000 ejemplares

en los talleres de Salesianos Impresores S.A.,
General Gana 1486, Santiago de Chile,
en abril de 2009.

CUBIERTA

Ilustración de *Paulina Müncheberg*

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Norma Díaz San Martín

Yenny Isla Rodríguez

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Ch863
FLORE
niña
c. 1

Enriqueta Flores

UNA NIÑA LLAMADA
ERNESTINA

BIBLIOTECA
DE SANTIAGO
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS Y MUSEOS



152838

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Índice

Mi compañera de banco	5
El barrio	18
La hija del aventurero Juan Francisco	28
La separación	41
La novela de Ernestina	55
El primer trimestre	68
El regreso	83
El fin de curso	98
De nuevo juntos	109
Cambios importantes	124
De hiel y de miel	137
El comienzo del adiós	151
La carta	164

*Para mi nieta Bernardine
von Irmer Helle, la
historia de una niña que
tal vez debió llamarse
Esperanza.*

M I COMPAÑERA DE BANCO

Antes de que cierta persona, que no puedo nombrar, publique una novela en que yo aparezco como uno de los protagonistas, se me ocurrió la idea de pasar en limpio unos chamuscados APUNTES que empecé a escribir cuando, obligado por las circunstancias, tuve que someterme a un trasplante muy especial. Como no se trata de un Diario de Vida, no pongo ninguna fecha y así puedo saltarme un montón de semanas sin que nadie se dé cuenta. Sólo que tuve que pedirle ayuda a mi abuelita Mercedes para que me corrigiera las faltas de ortografía; como ella está en el secreto y figura en mis APUNTES, no le quedó otra alternativa que darse tiempo y armarse de paciencia para dejar lo escrito más o menos claro y entendible, aunque me explicó que ella no había tenido valor para enmendar ciertos pasajes en que la redacción no andaba muy bien que digamos. Yo le agradecí la franqueza, porque voy a ser astrónomo y no escritor. Así que ella se quedó tranquila y yo muy contento de poder contar cómo conocí a Ernestina.

Cuando uno no ha crecido lo suficiente, tiene que hacer todo lo que los mayores dicen que se debe hacer. Y lo peor es que no explican, los grandes, las razones para que uno no ponga los codos sobre la mesa, se deba comer toda la sopa y apagar la tele justo cuando viene el *Jimán*. Como yo tengo dos hermanas harto mayores —que van para solteronas, porque tienen como veinte años y nadie ha querido casarse con ellas— todos me echan la culpa a mí cuando aparece quebrado algún vidrio, se pierde del refrigerador alguna lata de jugo o se descomponen la radio de la cocina como si la Rosalba, la Toya o el jardinero no tuvieran manos para tirar piedras y hacer las otras cosas; claro que, a veces, casualmente hago alguna lesera, pero con tan mala suerte que me pillan al tiro; y lo peor es que no le puedo echar la culpa a Eyzaguirre —que es el perro de la casa, con patente y collar— porque las cosas que hace él tienen “su” marca y, aunque sean barbaridades, mis hermanas se las celebran siempre que no se haya comido sus zapatos o jugado con sus carteras. Fue así como sobre nadie de mi familia recayó el delito de mi repitencia; todos —incluso el Profesor Jefe— decidieron que el único responsable era yo, aunque todavía no capto que, al mismo tiempo, me trataran de irresponsable. Me llamaron la atención como tres días seguidos no con palabras, sino con sus miradas de reprobación, todos los de casa; y la mamá me dio unos coscorriones bien

fuertes cuando, al tratar de aminorar mi culpa, le pregunté al papá si acaso él nunca había repetido curso cuando estaba en la escuela; como se atorara con el *sánguche* que se estaba comiendo, no pudo contestarme; pero mi mamá me agarró de una oreja y me dijo que me quedaría sin postre por insolente. Felizmente nadie habló de dejarme sin ir a veranear a la casa de la playa, porque supe por la Rosalba que ninguno quería quedarse en Santiago a cuidarme. Pero el fantasma de mi repitencia se aparecía a cada rato y les penaba a mis padres más que a nadie. Entre ellos, se lamentaban:

— ¿Qué vamos a hacer con Ernesto? Los curitas son inflexibles: no admiten alumnos repitentes...

Yo me preguntaba que para qué me habían dejado repitiendo entonces, si después me iban a dejar sin matrícula; y lo peor era que en otros colegios tampoco me aceptaban —según se quejaba mi mamá— porque en el Certificado la única nota decente era un solitario cuatro en Educación Física, mi ramo predilecto.

Para ser franco, yo no me preocupaba nada; al contrario: estaba feliz, porque me tendría que quedar en casa en perpetuas vacaciones. Pero a nadie le gustaba la idea, pues la Rosalba pidió aumento de sueldo si eso sucedía y mis hermanas dijeron que ellas no podrían soportarme. El asunto se agravó cuando, a fines de febrero, en la

empresa notificaron a mi papá que debería representarlos por un año en Alemania y, como mi mamá es casi la secretaria privada de él, tendría que acompañarlo. Desde mi pieza, los oía preguntarse:

— Con lo irresponsable que es este niño, hay que dejarlo con alguien que no sólo tenga paciencia, sino que lo quiera y lo controle mientras estamos tan lejos...

— ¿Y quién podrá ser esa persona dispuesta a sacrificarse tanto tiempo? Ni con radar la encontraremos, ni pagándole todo el oro del mundo...

Al verlos tan desalentados, lo comenté con mi abuelita Mercedes; como ella quiere muchísimo a su hijo, se quedó pensativa. Claro que lo pensó poco, pues al otro día me comunicaron que yo me iría a vivir con ella a Maipú. Yo todavía tenía la secreta esperanza que en ninguna escuela quisieran admitirme; pero una tal señora Fresia, amiga de la familia, se encargó de destruir mis ilusiones. No fue el día más triste aquél en que mis papás se fueron en un inmenso Jumbo, sino aquél en que supe que me habían matriculado en un colegio que quedaba, precisamente, cerquita de la casa de mi abuelita; y, como si fuera poco, no cobraban ni un peso. Durante mucho tiempo, esa amiga de la familia se convirtió en mi peor enemiga.

Cuando llegó el segundo lunes de marzo, la Meiga —que es la asesora de la casa— me metió a

la fuerza dentro del uniforme, me amarró como pudo la corbata azul y me colgó del hombro mi nuevo bolsón de cuerina legítima con dos cuadernos universitarios y un lápiz adentro. Con la más convincente de sus sonrisas, mi abuelita me obligó a acompañarla. Nunca había imaginado que un colegio no tuviera enormes muros, escalinatas y portero con uniforme gris; las rejas que rodeaban esta escuela se sostenían sólo porque se apoyaban en bonitas y tupidas ligustrinas; el portón estaba abierto y cientos de alumnos entraban muy contentos, gritando y conversando; me di cuenta de que había montones de niñas, con *yámpers* azul marino y blusas blancas, que parloteaban como loritas; había muchas señoras jovencitas con parlitos que chillaban harto y unas "tías" de verde oscuro los recibían con besitos en las mejillas. Lo que me extrañó también fue ver que los niños no llegaban en auto con sus padres o en amarillos microbuses; todos venían a pie, como nosotros. Intrigado, le pregunté a mi abuelita si dentro de esa escuela había otra para mujeres y ella —para espanto mío— me contestó que el establecimiento era mixto; y que en la tarde asistían los de Básica, como yo, y en la mañana los de cursos superiores. Ese fue un golpe muy duro. ¿Cómo iba yo a poder acostumbrarme a tratar con niñas, cuando estaba probado que con mis propias hermanas no nos entendíamos ni tampoco me avenía con mis primas y las tontas amigas de ellas? No alcancé a darle

tales argumentos a mi abuelita, porque tocaron una campana y una voz muy potente que salió por unos altoparlantes pidió que pasáramos al patio a formarnos; aunque me dio plancha, mi abuelita me tomó de la mano, se fue derecho a una oficina y allí averiguó que me tocaba en la sala 18 y que debería ubicarme con los chicos que estaban cerca de una escalinata de piedra. Por suerte el inspector que la atendió le pidió amablemente que se retirara, pero mi abuelita me dijo que a las siete vendría a buscarme, aunque por la cara de pánico que puse debió calcular que ya no era un cabro chico y que sabía regresar solo a la casa.

De mala gana, me formé donde me correspondía. El que hablaba hizo callar; una niña con otro niño se pusieron cerca de la bandera para izarla; un profesor alto y canoso empezó a dirigir la Canción Nacional; en cuanto se oyeron los acordes, todos nos pusimos la mano derecha sobre el corazón y yo empecé a cantar con toda la potencia de mi voz. Noté cierto movimiento entre los compañeros, pero como los curas del otro colegio nos habían insistido que nada debía distraernos cuando cantábamos nuestro hermoso himno, no hice caso. De pronto, sentí que me daban un empujón y la chica que estaba a mi izquierda me decía:

— ¡Oye, no grites tanto que no somos sordos!

No la tomé en cuenta, aunque vi que una profesora se colocaba disimuladamente cerca de nosotros; creí oír risitas entre las filas y cierta inquietud que se calmó con la presencia de la señorita.

Después habló el Director, recitó una niña y el profe canoso dirigió el coro; después supe que se trataba del himno del liceo. La voz nos pidió que subiéramos en orden a nuestras salas, pero nadie hizo caso y sólo yo subí con calma, con más ganas deirme que de otra cosa. De nuevo, la misma niña que me había hablado, se devolvió para decirme: — ¡No seas pajarón, si no subes rápido quedarás sin asiento!

Ni que fuera función de cine —pensé— pero no me apresuré. Al llegar a la sala 18, me quedé en la puerta; la profesora, que ya había ingresado, al verme cohibido me preguntó:

— Supongo que eres Ernesto, el alumno nuevo que viene de un colegio de Las Condes, ¿verdad? Pasa, pasa...

Me sentía como la María Antonieta yendo al cadalso, según lo había visto en una película; así que casi me arrastré hasta el escritorio de la maestra. Ella, con mucha amabilidad, me dio la bienvenida y me presentó al curso. Luego, al ver casi todos los bancos ocupados, preguntó quién deseaba sentarse conmigo. Entonces, un niño de lentes con cara de mateo indicó:

— Creo, señorita Emilia, que como él se llama Ernesto debe sentarse al lado de la Ernestina, pues son casi tocayos...

Hubo risa general, más alegres cuando la aludida gritó desde atrás:

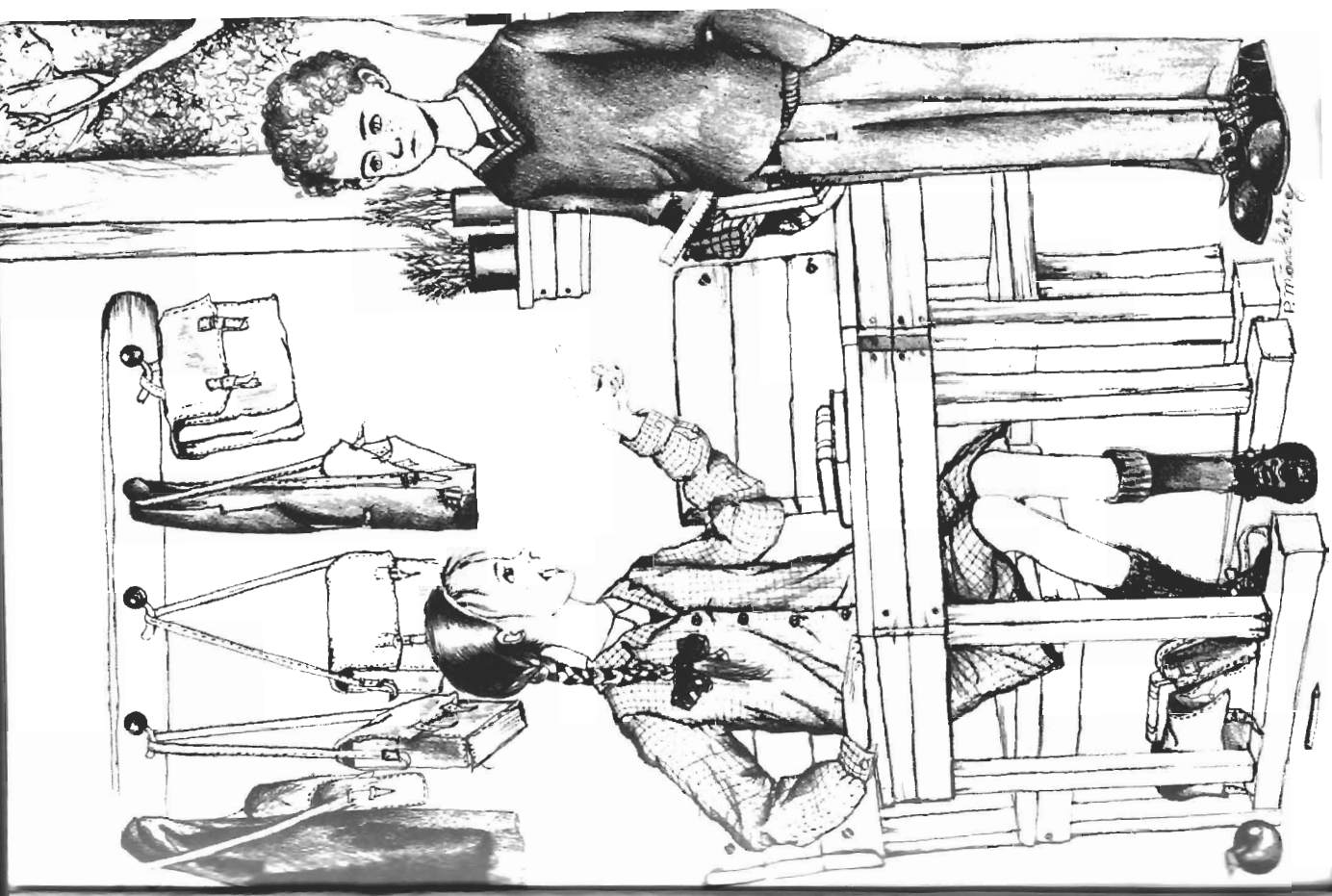
— ¡Claro, que venga a sentarse conmigo!

Era la misma cabrita que me había hablado en la fila y en la escalinata. Así que, aunque hubiera deseado que nadie quisiera ser mi compañero de banco, me fui a sentar con ella con una desgana visible. Fue así como conocí a Ernestina. Me senté en la dura silla y en vano busqué dónde guardar mi bolsón. Y ella, muy campante, me instruyó: — ¡Tíralo al suelo, debajo de la mesa!

Me pareció chiste; pero hablaba en serio. En el otro colegio, cada pupitre, debajo de la tapa, tenía lugar suficiente para guardar los libros y el bolsón; además cada uno tenía un estante metálico con llave para dejar la lonchera, los guardapolvos y el buzo. Como no tenía intención de pasar por quedado, indiqué y le pregunté a la señorita dónde estaba la oficina en la que se guardaban las cosas. Mejor no lo hubiera hecho, porque —aparte del desconcierto de la profesora— hubo un chivateo enorme y un pelucón colorín se permitió decir a toda voz:

— ¡Miren, “el Conde” quiere tener oficina y estante!

La señorita Emilia, con autoridad, lo hizo callar y todos se quedaron mudos. Ella siguió dándonos instrucciones hasta que acabó la hora y tocó la campana. Al salir, la Ernestina me dijo muy ruborosa que las “casitas” para los varones estaban por allá; como quise demostrarle que era un gran deportista, aproveché para pedirle que me



indicara dónde quedaba el gimnasio. Y ella, algo asombrada, me explicó que el patio donde nos habíamos formado servía para todo: de cancha de fútbol, de básquetbol, para teatro, para jugar y para los actos cívicos. Quedé mudo. Tan ensimismado estaba que cuando escuché varios ¡hola, "Conde"! no hice mucho caso, pero cuando unos chatos me rodearon y seguían con la provocación, me dieron los monos y le pegué un solo combo al flaco colorín, que quedó lona en el suelo con sus dos metros de largo. Hubo alboroto, vino un inspector y me llevó a la Inspección General. Con la práctica adquirida donde los curas, antes de que el señor me retara, le pedí disculpas; como era nuevo, me perdonó. Cuando regresé a la sala, noté cierta actitud de respeto entre los niños y miradas de franca admiración entre las chicas. Sólo la Ernestina me recibió como tigresa:

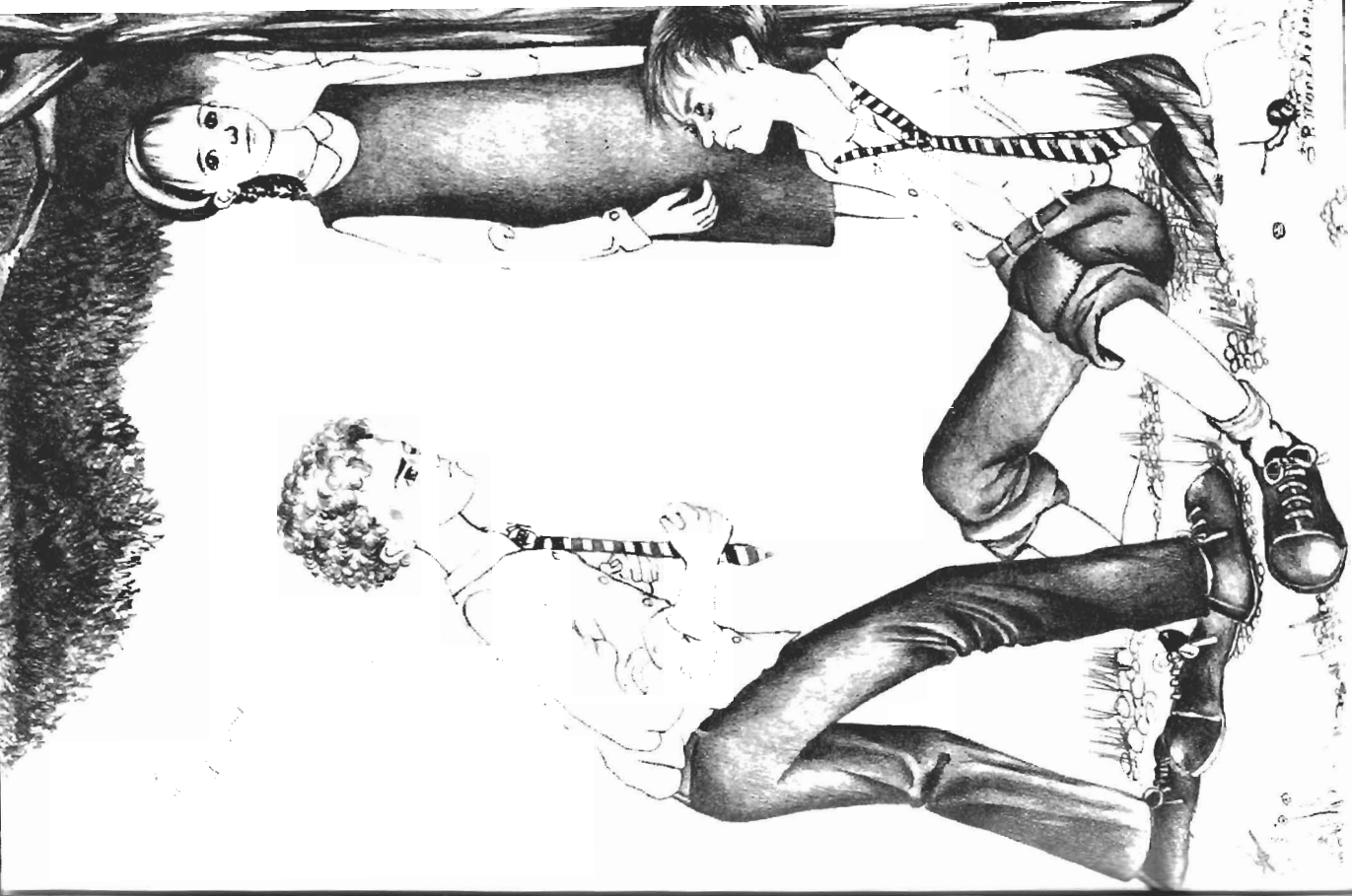
— ¿Cómo se te ocurrió pegarle al Capitán Rojo?

¿No sabes que él me defiende siempre?

No alcancé a decir ni pío, cuando dándome un empujón me comunicó prácticamente que no debía tenerme por compañero de banco. Entonces la profesora la amonestó con harta severidad y firmeza:

— ¡Ernestina, si no mejoras la conducta este año lo pasarás muy mal!

Esa lógica de los maestros no puedo entenderla; cuando uno se porta bien en el colegio es cuan-



do lo pasa más mal y si no me creen, preguntenle a mi primo Quico, aunque no creo que den con él, pues vive en Lo Curro y por allá no llega el Metro. El reto de la profesora aplacó a la Ernestina y yo aproveché para observar a mis nuevos compañeros, porque ya me había hecho a la idea de que estaba condenado a permanecer en esa escuela tan especial. Conté veinticinco mujeres y a veinte varones.

Antes de despacharnos para la casa, la señorita tuvo la mala ocurrencia de nombrar a los que repetíamos año para aconsejarnos que deberíamos estudiar mucho; allí me di cuenta de que en todas partes les habían dado como tarro a los descendientes de extranjeros, porque acá el John González y la Yanet Pérez habían quedado, como yo, pegados de curso. Cuando íbamos saliendo de la sala, la Ernestina me advirtió que si yo volvía a maltratar al Capitán Rojo me fuera buscando otra compañera de banco; le iba a contestar que me importaba un rábano, cuando vi con horror que mi abuelita venía subiendo por la escalinata. La Ernestina, que notó lo que pasaba, reaccionó muy rápido:

— ¡Escóndete en la biblioteca! ¡Ven, yo te llevaré!

La Ernestina me arrastró hasta un recinto bastante agradable, aunque al principio creí que se trataba sólo de la antesala y no de la biblioteca del liceo, porque no tenía más de cuatro o cinco estanterías; en el otro colegio ese lugar ocupaba un piso

completo. Como entráramos de sopetón, no vimos a un caballero que nos pidió muy gentilmente que saliéramos, pues aún no estaba atendiendo. Entonces mi compañera le pidió muy, pero muy zalameramente:

— ¡Ay, don José! ¡Déjenos un ratito, mire que al Ernesto lo viene a buscar su abuelita y si los compañeros se dan cuenta se lo comerán a tallas!

Gracias a ella y al señor bibliotecario, nadie se percató de lo sucedido. Desde ese minuto me sentí comprometido con ambos, especialmente con mi compañera de banco; así que decidí que en el futuro inmediato el colorín estaría a salvo de mis mamporros. Como soy un caballero, se lo hice saber:

— Mira, desde ahora yo te defenderé de todos los que te molesten, así que dile al Capitán Rojo que no se meta conmigo ni que me ande poniendo sobrenombres... Y esto sólo lo hago por ti, porque me has ayudado... ¡Gracias!

Y Ernestina, muy colorada sobre sus mejillas morenas, se tomó la basta de su delantal y le hizo un nudo; tal vez se puso nerviosa, pero yo me sentí muy orgulloso por ello e intuí que me aceptaba.

Y así fue como conocí a Ernestina. Tina para los amigos.



EL BARRIO

Mi casa —es decir, la casa de mi abuelita donde estaba viviendo— está encima de una colina; todo Maipú es así: lomaes muy suaves, casi imperceptibles, pero que son deliciosos cuando tú te subes a una bicicleta y te deslizas por alguna calle; sólo que yo tuve que esperar que vinieran a visitarnos mis primos de Lo Curro para que me dejaran pedalear un rato. Porque sucede que mi abuelita dice que ella tiene triple responsabilidad conmigo: por mis papás y por la que le toca como familiar más cercano. Y yo soy siempre el que me embromo, pues sigo sin hacer lo que más me apetece o deseo. Pero a todos los chicos nos pasa lo mismo, así que hay que aguardar ser grande para realizar lo que nos gusta; aunque de repente me asalta la duda si será así, pues mi abuelita jamás anda en bicicleta o sale a chutear a la calle; tampoco encumbra volantes ni se pone en la esquina a comadrear; en cambio anda afanada pasando la aspiradora, desmalezando el jardín y haciendo cola para comprar el pan amasado, pues dice que la Meiga no sirve

para esos menesteres. A lo mejor no es tan bueno llegar a ser adulto.

Al principio yo quería colgar de un árbol a la amiga que me consiguió matrícula en ese liceo, una tal señora Fresia —no es la esposa de Caupolicán, sino de don Fulgencio— pero ahora ya no deseo hacerlo, pues me he acostumbrado. Primero, porque tengo de compañera de banco a la Ernestina y ella es muy, muy chora y nada de temerosa; segundo, porque los chiquillos son más sencillos que los del otro colegio y no andan inflándose por leseras: que tengo un video para mí solo, que ayer me regalaron un computador, que el fin de semana fui a esquiar, que gané en el *bouling*... Acá son bien sencillos, aunque harto avispados; hay dos que tienen auto —es decir, sus papás— y sólo unos pocos poseen bicicleta; pero se la prestan a los que no tienen. El profe de Educación Física organizó el otro día una cicletada y yo fui. Lo pasé el disloque de bien (¡ay, olvidé que mi mamá odia esa palabreja, pero como ella está lejos no se va a enterar!); conocí todo Maipú y hasta llegamos a un lugar cercano del río y allí comimos naranjas y *sánguches*; eso sí que todos tuvimos que poner lo que llevábamos sobre un mantel plástico y sólo cuando el profe tocó un pito, pudimos ordenadamente sacar la porción que nos correspondía; así fue mejor, pues cada uno comió lo mismo, aunque yo vi que el flaquito Gómez miraba con ojos muy abiertos una

rebanada que sobró; pero no la sacó. Eso sí que me percaté que el profe se la ofreció disimuladamente.

La casa donde vivo es bien bonita, pero es casi igualita a las de los vecinos; es una villa construida hace poco y queda —desgraciadamente— a una cuadra del liceo; digo esto, porque mi abuelita alcanza a oír la campana de salida y sabe que no me puedo demorar más de diez minutos en llegar; por eso no he podido ir a dejar a la Ernestina, que vive como a una legua de distancia; me cuenta que hay hasta vacas en un potrero cercano a su casa y que en la noche pasan cuatros robándose el ganado; claro que ellos no poseen animales, sólo un perro que se llama Acordeón, ya que lo hallaron enrolladito cuando un micro lo atropelló; yo le conté de Eyzaguirre, mi pastor alemán, que come fideos con vitaminas y galletas especiales; parece que el Acordeón es más feliz que el mío, pues nadie lo lleva al veterinario a vacunarse ni anda con collar ni tiene que pasar amarrado cuando llegan visitas.

Aunque la distancia de la escuela a la casa es breve, siempre cambio de vereda para ir ambiente; me vengo saltando en un pie: de ida con el derecho y de vuelta, con el izquierdo; y si alcanzo, me detengo en el quiosco de la esquina a mirar las tapas de las revistas; un día vi a unos niños comprando cigarrillos y se lo conté a Ernestina; entonces ella me dijo que había que decírselo a la

señorita Emilia. Tuve la mala ocurrencia de hacerlo en la hora de Consejo de Curso y los cabros me abuchearon; felizmente la profesora se puso de mi parte y habló como dos horas de lo nefasto que es fumar y les ordenó a los niños de la Brigada del Tránsito que vigilaran esa esquina. Yo, por ser nuevo, no pertenezco a ninguna brigada; la Ernestina es “verde”; le gusta la ecología y siempre anda al aguaite de los que botan papeles al suelo, que pisan el pasto o quiebran las flores o las ramas de los árboles; usa un distintivo en el brazo y se siente muy orgullosa de haber elegido esa actividad, pues eso le permite recorrer el barrio y denunciar —al profe que hace de jefe de la Brigada Verde— a la gente que quema hojas en la calle o bota la basura; dicen que el próximo trimestre voy a poder participar también... Estoy indeciso en lo que voy a elegir, porque tengo que combinar mis intereses y aptitudes y ambos no se ponen de acuerdo o bien es mi abuelita la que la embarra; me explico mejor: a mí me interesa salir a patiperear por el barrio y poseo condiciones de caminante, pero no me da permiso mi abuela; me encantaría escalar el templo, pero me mareo; una vez vi cómo unos hombres se sujetaban con cuerdas y se encaramaban por el costado de esa tremenda mole de concreto y ninguno se desnucó. ¡Ah, otro día voy a contar lo que sucedió cuando la señorita nos llevó al Templo Votivo y al Museo que hay allí!

En la otra esquina de mi calle hay un almacén; se llama "La Gloria" y venden de todo: desde lechugas hasta cuadernos; no se asemeja en nada a los del otro barrio donde yo vivía que tenían man-paras de vidrio, estanterías lacadas y grandes vitrinas-congeladores; en "La Gloria" atiende el dueño, un gordo muy simpático forrado en un guárdapolvo blanco, y a veces lo acompaña la Chépita, su señora, que amasa ese pan que tanto le gusta a mi abuelita; aquí la gente viene con una libreta y allí le anotan lo que compra y casi nadie paga lo que se lleva; no usan tarjetas de crédito por estos lados; ni falta que les hace...

Como cinco cuadras más allá, hay una cancha de fútbol; todos los domingos se repleta de jugadores de los distintos clubes, aunque nunca ha venido el equipo del Colo Colo, de la Católica o de la Unión Española; a mí no me dan permiso para ir; en cambio al Capitán Rojo, al John González y al Lautaro Nancupil lo más bien que les dan autorización para pasarse todo el día en la cancha. La Ernestina, tal vez para consolarme, me dijo que yo no me perdía nada, pues esos compañeros iban a trabajar; tenían que cuidar la ropa de los que jugaban y después contar las camisetas, ordenarlas, para llevarse a sus mamás que se ganaban unos pesos lavándolas; y todo eso era una tarea muy desagradable, pues las camisetas, calcetas y pantalones quedaban hechos una porquería, sudados y hediondos. Yo me acordé que mi mamá le

paga a la Toya para que venga los lunes a lavar en la máquina nueva, esa con mil teclas y luces, y que la Toya después no hace nada; apenas sale la ropa de la centrífuga, se pone a planchar con la radio puesta a todo lo que da; sería buen negocio que nosotros empezáramos a lavarles todo a los del Club de Polo que son menos cochinos. A mi abuelita le di la misma idea, pues ella podría ganarse unos billetes haciendo lo que hacen las otras señoras con las camisetas de los clubes; pero me dio una sola mirada y no seguí aconsejándola. ¡Y así se quejan los grandes de que la plata no alcanza!

También hay una botica. No es muy grande, pero bien limpia y toda pintada de celeste; eso sí que allí hay que pagar con dinero y atiende el farmacéutico y una señora de blanco; ahí también trabaja en las mañanas un compañero mío, el Juanito Castro; hace el aseo, lava frascos, pesa boldo, tilo, manzanilla y los mete en bolsitas de papel blancas; siempre anda muy oloroso a menta, pues la patrona le regala pastillas. Me he dado cuenta de que en mi curso hay varios alumnos que trabajan; unos van a la feria y ayudan a llevar bolsos en carretillas o descargan los camiones con papas, melones o lo que sea; entre las niñas, sólo tres trabajan cuidando guaguas o haciendo el aseo; la Ernestina me confidenció estas cosas y me hizo jurar que no le contara a nadie estos secretos, aunque la señorita Emilia el otro lunes felicitó a los compañeros que se ganan unos pesos en forma

tan sacrificada y los nombró uno por uno. Claro que yo también los aplaudí algo avergonzado, eso sí; seguro que si decido conseguir una pega me van a decir que no... La Ernestina dice que a ella le gustaría tener su propia platita, pero que con lo mucho que debe hacer en su hogar no le da el tiempo. Yo lo único que hago es micama; primero me levanto y echo para atrás las cobijas, abro la ventana y —mientras me ducho— se va el aire viciado; eso me lo enseñó la Tina que es muy entendida en contaminación; lo único malo es que la Meiga alega de lo lindo y desarma entero mi lecho; dice que no sé hacerlo bien... Pero, ¿si no practico cuándo aprenderé? Mi abuelita consideró la situación y fue muy justa cuando ordenó a la Meiga que dejara esa actividad al que allí dormía; reconozco que a mí no me quedan las sábanas estiradas y las frazadas se me salen de los pies, pero me tengo que quedar callado.

Igual que en mi casa del barrio alto, aquí vienen a dejar el diario sólo el fin de semana; el diariero es un cojito que usa por zapato algo así como un lustrín y, en el otro pie, un calzado común y corriente; le dicen "el Zancadilla", pues cuando alguno lo molesta, cruza su pata mala y lo hace caer; así que prefieren dejarlo tranquilo; otro que viene a menudo es don Pedro, el cartero; como aquí no hay buzón en la reja, toca una trompetilla cuando enfila la cuadra y así todos se alertan y salen al tiro si trae cartas. Yo lo espero con

ansias, pues cada semana me llegan noticias de, papá o de la mamá. La primera vez que se me ocurrió llevar un sobre al colegio, los compañeros me rodearon muy curiosos; ninguno de ellos había recibido nunca carta del extranjero y allí se enteraron de que mis papás estaban en Alemania. Fue entonces que la Ernestina, muy suelta de cuerpo, dijo:

— Yo lo sabía desde el principio... Y el Ernesto me regala las estampillas...

Eso, para empezar, no era muy exacto; yo jamás le había dado alguna estampilla, pues mi primo de Lo Curro es filatélico y se las guardo. Pero, para no dejar mal a la Tina, desde ese día le doy las que salen repetidas y ella las pega en su cuaderno de Historia. Con mi primo le voy a conseguir otros sellos y así la Tina podrá jactarse de verdad.

Lo que más me gusta de este lugar son las calles empinadas desde las cuales siempre se divisa la enorme estructura del Templo Votivo. El señor cura, ese amigo de mi abuelita que a veces viene a verla desde Vitacura, dice que es un privilegio vivir tan cerca de un monumento que viene a ser para Maipú lo que es San Pedro para Roma. Por eso yo afirmo que ningún barrio de Chile puede tener un edificio más importante que el nuestro y con eso lo he dicho todo.

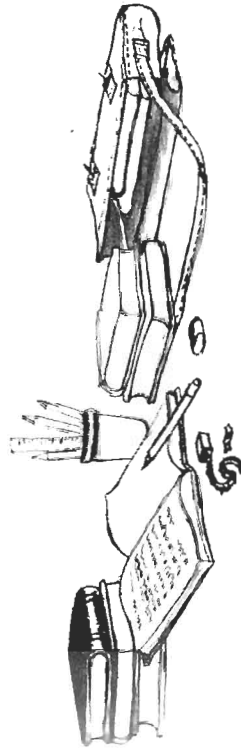
Pero hay otras cosas que destacar en este barrio; está construido sobre lo que fue el inmenso

campo de batalla donde se gestó la Independencia de Chile; en alguna de estas colinas, se abrazaron O'Higgins y San Martín; además, hasta las calles más alejadas llevan nombres de héroes que realmente lucharon por la libertad en estos mismos lugares; o sea, que nosotros vivimos de la mano con la historia y eso no lo posee ningún otro sector. Estos hechos han logrado que no me acuerde de mi otro barrio, aunque los cabros cuando me dicen "Conde" me lo recuerdan; parece que eso de que haya vivido en Las Condes les hace mucha gracia. Quizás influya también mi apellido gringo y mi pinta, porque como no soy mujer no puedo teñirme el pelo negro ni andar con gafas oscuras para ocultar mis ojos celestes. Para que me dejen de molestar con el sobrenombre y mi apariencia no fuera tan pirula, me hice unos agujeros en las rodilleras de los pantalones y en los codos de la chaqueta; mi abuelita Mercedes no fue capí de arreglarlos y tuvo que mandarlos a parchar y zurcir adonde unos japoneses. Así sé, por lo menos, que cuando me gritan "Conde" no es por mi fachacha, sino por mi antiguo barrio.

¡Ah! Por primera vez en mi vida tuve ocasión de desfilar; fue para el Cinco de Abril y nunca me había sentido más importante que cuando marché en la planicie del Templo, frente a las autoridades. No me importó que no alcanzara a salir en la tele, pero los niños contaron que en el diario local

era seguro que saldrían nuestras fotos, porque éramos los que mejor habíamos desfilado.

A la Tina le confíé un secreto: Oye —le dije—, fíjate que no echo de menos ni el otro colegio ni mi antigua calle; aquí me siento muy contento, pero no quiero que nadie lo sepa; si mi primo de Lo Curro llega a saberlo, se sentirá conmigo, pues él está en Cuarto Medio y siempre me anda diciendo que debo ser fiel a mis raíces; así que ponte candado en la boca. Y la Ernestina me aseguró que callaría para siempre, con tal de que yo le guardara otra confidencia. Y yo por supuesto que le juré silencio eterno. Lo malo es que ahora no puedo contarla aquí, pues debo morir pollo; y es una pena, porque el secreto es harto bueno.



LA HIJA DEL AVENTURERO

JUAN FRANCISCO

Para todos los compañeros de mi curso yo era siempre motivo de preocupación; me hallaban distinto, pese a que me trataba de poner plomo de polvo para ocultar mis pecas y aplacar el tinte rucio de mi cabello; no me sirvieron de mucho los parches ni zurcidos chinos; tampoco logré nada cuando de un solo puntapié dejé abiertas las fauces de uno de mis zapatos o cuando me agarré una pulga que me enronchó hasta las orejas. Todos los esfuerzos que hice para disimular mi procedencia, fueron vanos. Hasta mi apellido gringo no me ayudaba nada. Sin embargo sucedió algo que me hizo sentir mejor. Días después de la celebración de la Batalla de Maipú, llegó la nueva profesora de Inglés, una Miss Martha no sé cuanto. Hasta ahí no más llegué yo, pues no le entendí nada de lo que habló; veía cómo hasta la Ernestina indicaba frenética para contestar, ella que se hacía la lesa en todas las clases; y para qué decir de Mister Magú, el mateo de anteojos, que casi se adelantaba a las preguntas de la Miss. Y cuando la señorita reparó

en mí, sucedió lo mejor que podía haberme pasado: no supe nada. Me interrogó y quedó sumamente extrañada de que "no me hubieran dado inglés desde primero básico, pero tuvo que creerme. Lo que no conté fue que había estudiado alemán. Ni a la Tina se lo confesé.

Así que me pusieron a Mister Magú de monitor; con todo lo fachendoso que es por naturaleza, esta situación lo hizo aparecer como seguro candidato al Premio Nobel. Reconozco que el chato no era tonto y que poseía innatas condiciones de maestro, pero andaba como detective, sin perder mi rastro ni un minuto; hasta en "las casitas" me hablaba en inglés, explicándome el significado de las siglas W.C.: Water closed... Y me empecé a aburrir. Así que me puse de acuerdo con la Ernestina para hallar un lugar a cubierto del tenaz mateo del curso. Como una semana tardó la Tina en dar con el escondite ideal: bajo los pilotes de madera que sostienen la parte posterior de las tres salas de clases de los párvulos, disimulados por matojos de yerbabuena y enredaderas salvajes.

Así que en cuanto sonaba la campana para recreo, nos íbamos a los baños primero; a toda carrera, y perdidos entre mil alumnos, atravesábamos el patio y rápidamente nos metíamos debajo de las salas; como ese sector estaba destinado a los peques, ni uno solo de ellos nos acusó.

Tina no pudo haber hallado lugar mejor: cuando el día estaba nuboso o frío, sentíamos un

suave calorillo sentados sobre las mullidas hojas secas; si picaba el sol, el toldo natural de madera y las plantas silvestres nos daban la sensación de tener aire acondicionado. Por supuesto que cuando lo comenté, tuve que explicarle a Tina cómo funciona el sistema; pero ella me replicó que consideraba más económico el brasero, siempre y cuando se tuviera la precaución de no dejarlo durante la noche. Entonces, ¿cómo lo hacen para calentarse los pies en la cama? Me explicó que en su casa tenían unas botellas de greda vidriada, repletas de piedrecillas minúsculas, y que las calentaban en el mismo brasero; envueltas en lanas —chombas viejas, por ejemplo— caldeaban toda la cama, hasta el otro día.

Durante el primer recreo, de miserables quince minutos, nos comíamos la colación que yo traía; porque la Ernestina me informó que cuidaba mucho la línea, así que por eso jamás andaba con comestibles. Así que, la primera semana, yo devoré solo lo que me echaban en la lonchera; pero como no me sentía bien comiendo mientras ella miraba, la presioné tanto para que me ayudara que no tuvo más remedio que aceptar el *yogur*, una fruta y las galletas con crema.

— Mira, Ernesto: si este mes subo aunque sea un gramo, no me podrás convencer de que te acompañe a comer tanta golosina...

No le hice caso, pues así se tragara un cerdo diario asado en mantequilla era imposible que

engordara su delgadísima estructura corporal; es más, yo creo que eso de hacer dieta le sentaba mal. Pero así son de pretenciosas las mujeres: prefieren matarse de hambre antes que echar unas poquitas y sentadoras carnes; yo lo sé, porque mis hermanas se llevaban echándole sacarina al té pedado, comiendo lechuguitas con bistecques a la plancha y una naranja cuando se les ocurría que tenían un atisbo de rollos en la cintura. A veces, cuando sabía que la Rosalba había hecho torta o kuchen, yo les decía muy convincentemente que me parecía que estaban más gorditas; eso no fallaba: así podía comerme la ración de ambas... La Ernestina a veces traía alguna cosa: pasas, alguna sopaipilla "frita por ella misma" y me obligaba a no despreciársela. Pero eso sucedía muy a lo lejos. Como era de los ecologistas, instaló en el refugio un canasto para los desperdicios y se preocupaba de vaciarlo disimuladamente en el tarro acitero que tenían en el patio; además, se proveyó de dos cajas vacías de fideos para guardar allí servilletas, dos vasos, un par de cucharas que yo pedí prestadas y un mantel plástico, muy colorido. Pensando en que algún día podría llover, almacenó diarios en la otra caja y otro mantel usado y descolorido, pero de buen hule, sería nuestro improvisado paraguas. Y la verdad que estuvo acertada la Tina, pues una tarde en que teníamos Educación Física, la única asignatura que me interesaba, se largó a llover con truenos y relámpagos; así que el inspec-

tor nos envió a la biblioteca, porque el patio-gimnasio estaba hecho un gran charco; como no se preocupara de si efectivamente algunos estábamos ahí, Tina y yo, disimuladamente, nos trasladamos a nuestro refugio. Hasta allí nos llegaba el ruido monótono de la lluvia matizado con los gritos de los pequeños que parecían gozar mucho con el temporal; las carreras de algunos nos daban la sensación de que caminaban sobre nuestras cabezas mil ciempiés; las voces de las "tías" se perdían totalmente entre tantísimo barullo. Protegiéndose del viento, del agua y con los truenos perdiéndose en la lejanía, nos dimos cuenta de que éramos dos extraños personajes de algún cuento que estaba por escribirse.

- Porque tú debes saber, Ernesto —me confió Ernestina—, que yo soy escritora; todavía no se lo he contado a nadie, pero llevo escritas como cien páginas de una novela muy, pero muy hermosa y entretenida; mejor que ésta de Robinson Crusoe y Viernes...
- ¿Y por qué es mejor? —me atreví a preguntarle, algo temeroso.
- Es mejor, tonto, porque es una historia verdadera...
- Pero la profesora dice que Robinson vivió todo lo que le pasó...
- Eso dice ella, pero la señorita Emilia no conoció a Robinson y no puede estar tan segura de

que sea cierto todito lo que cuenta... En cambio yo sí que estoy segura de todo...

- ¿Puede saberse por qué afirmas eso?
- ¡Claro! Yo sólo cuento las aventuras de mi papá...
- ¿De tu papá?
- Por supuesto. Por eso mi novela es muchísimo más importante que cualquiera otra que tengan en la biblioteca de la escuela. Y cuando sea grande, la voy a publicar.

Quedé con la boca tan abierta, que Tina empezó a interesarse por esas campanitas que tenemos por allá donde se pierde el paladar. Cuando vi tan cerca de los míos sus ojos negros, reaccioné y le pedí que me contara cómo era eso de tener un papá aventurero.

- Mira, Ernesto: antes tienes que jurarme que no se lo contarás a nadie; ni siquiera a tu Diario de Vida. Porque es un gran secreto; más grande que el que te conté el otro día.

Mucho me gustaba mi amiga, pero eso de que fuera tan aficionada a meterme cosas de las que nunca podría decir nada a nadie, me parecía muy contraproducente para mi digestión, pues terminaría por atragantarme. Así que le contesté que si ella desconfiaba de mí, no me contara nada. Para reforzar mi punto de vista, le añadí que no podía caer en el pecado de jurar en vano; el señor cura —ése que a veces venía a ver a mi abuelita desde Vitacura— casi excomulgó a mis hermanas por

tener la manía de llevarse diciendo: —¡Ay, Nené, te juro que Perico Peralta tiene los ojos más verdes que he visto! —Mira, linda, te prometo que te ves regia con esa chomba lacre... Te juro que no comeré más pan... ¡Júrame que no saldrás con la Pochy, esa pesada! ¡Juro, juro por todos los apóstoles y mártires que lo que te estoy contando no se lo he dicho a nadie más! ¡Y yo te rejuro que primero muerta que abrir la boca! Por llevarse jurando por quitame allá estas pajas, mis dos hermanas —le contó a la Tina— habían estado a punto de condenarse. Y yo no estaba dispuesto a irme al infierno. Se quedó pensativa la Ernestina y cuando estaba yo dispuesto a reconsiderar, ella habló calmadamente:

— Oye, Tito; yo no quiero que te excomulgue ese curita amigo de tu abuelita, así que no te voy a pedir que jures por ahora, pero me vas a tener que prometer una cosa...

La verdad es que nunca podré entender qué diferencia hay para las mujeres entre jurar y prometer; pero la Ernestina parece que lo sabía muy bien, pues me obligó a aceptarle que debía guardar silencio hasta el 29 de febrero; si levantaba la mano derecha y asentía con la cabeza, estaba comprometido a guardar silencio hasta esa fecha; sólo así ella podría confiarme su gran secreto. No me quedó otra alternativa que acceder, pues el 29 de febrero no estaba tan alejado y aunque los pocos meses que quedaban se me harían años, pudo más

mi curiosidad. No hice más que alzar la mano y bajar la cabeza, para que la Tina se acomodara sobre el montón de diarios, pusiera los codos sobre sus rodillas y sujetara su rostro entre las manos y se largara a hablar muy, muy despacito... Para poder oír lo que me decía, me eché de bruces sobre otro montón de "Mercurios" y me apresté a conocer la historia...

— Para que tú sepas, mi papá se llama Juan Francisco y es grande, mucho más alto que el señor Pérez; cuando estuvo en China aprendió karate y habla muchos idiomas; si tú le preguntas cómo se dice "buenos días" o "buenas noches" en francés, ruso o italiano te lo dice al tiro; también sabe argentino o argelino, japonés y árabe.

— ¡Oye! —no pude resistir la tentación de interrumpirla— ¿Tu papá sabe alemán?

— ¡Claro, pues, tonto! Cualquiera que haya vivido en el sur habla alemán... pero no te lles interrumpiéndome con leseras, pues no voy a terminar ni para el día de San Blando... Te decía que mi papá es poli... poli...

Sólo por ayudarla, le espeté:

— ¡Es policía!... ¿Político?... Poli... ¡Polígamo!

— Te dije que no me interrumpieras, así que no te contaré nada más...

Y se quedó amurrada. Los cabritos del Parvulario estaban cantando sobre nuestras cabezas y la lluvia hacía gorgoritos afuera. Como tenía mucha

experiencia con mujeres, pues mis hermanas y mis primas a menudo hacían lo mismo, me puse a silbar. Me miró la Ernestina como si quisiera pasarme y dándome un solo sacudón, me recordó:

— ¿Que se te olvidó que aquí abajo no debemos meter bulla? ¿O quieres que nos pillen?

Me tuve que tragar la última nota, pues la Tina siguió hablando muy despacito, casi murmurando:

— Te decía que mi papá es po-lí-glo-ta... Esa palabra quiere decir que es una persona que puede conversar en muchos idiomas. Habla mejor el inglés que la Miss Martha y que el príncipe Carlos de Inglaterra y conoce muchísimas palabras en mapuche, en chilote y pascuense; pero a él no le gusta hacer alarde de esas cosas, así que nadie lo sabe: sólo tú. Cuando llegue de su viaje no se te vaya a ocurrir preguntarle nada...

— ¿Y dónde anda tu papá? ¡Ayl, perdona que te corte el hilo, pero necesito saberlo...

— ¡Está bien! Y así dicen que las mujeres nomás somos curiosas. Mi papá debe estar en Austria o en Australia, unos países que están sumamente lejos de Chile; anda dedicado a guiar elefantes grises, de enormes orejas y colmillos blancos, de puro marfil; echa sobre sus enormes lomos unas sedas muy finas y cojines y les cuelga una escalerita tejida por los indios; por

ella suben los turistas y mi papá tira de una cuerda a los "Dumbos" y lleva de paseo a la gente; a él le pagan mucha plata, en dólares... Pero como es muy bueno, se la da a los indietos pobres.

— ¿Y por qué no te manda a ti los dólares mejor? ¡Cállate! No seas ignorante... ¿No sabes que está prohibido mandar plata por correo? Pero ahora creo que ya no debe estar en Austria o Australia; él no dura mucho en el mismo país, porque le gusta la aventura... Tiene unos zaptones muy gruesos, usa *bluyines* y un casco igualito a los que usan los astronautas o los corredores de Fórmula Uno...

— ¡Oye, no te estés tirando! Los cascos na' que vet...

— ¿Y vas a saber tú más que yo? Y para que la cortes, mi papá tiene hartos cascos y ahora los debe estar usando en algún barco, de esos que navegan por el Amazonas, ese río que dijo la señorita Emilia que es mucho, pero mucho más grande que el Mapocho.

Iba yo a contestarle que tenía casi la seguridad de que los elefantes vivían en la India o en África y que los astronautas poseían unos complicadísimos gorros con visera, audífonos y conductos para el oxígeno, cuando escuchamos la campana. Eso significaba que tendríamos clases de Matemática o Castellano; para el caso de todas maneras estaba fregado, porque no había hecho ninguna tarea. Y

no por flojera, sino porque había tenido que ver en la tele a un gringo que da cursos de jardinería y, como mi abuelita andaba de compras, yo lo vi por ella y hasta le tomé apuntes.

Cuando llegamos a la sala, ya todos los chiquillos estaban sentados; la señorita Emilia estaba pasando lista y, al vernos, nos dijo que mostráramos las tareas... ¡de Ciencias Naturales! Yo no sé de dónde pudo sacar la Ernestina un cuaderno impecable, con un gráfico de dos colores, indicando las calorías de 100 gramos de queso, 100 gramos de pescado crudo y 100 gramos de jugo de naranja... Cuando lo vi, recordé que la semana anterior había hecho esa tarea, pues me había comido el quesillo y bebido el jugo. La señorita Emilia me pidió la Libreta de Comunicaciones y le escribí a mi apoderada —es decir, a mi abuela— que debía vigilar me más, pues era irresponsable y me había sacado un dos.

Esa tarde, cuando salimos de la escuela, la Tina me dijo muy seria:

— Oye, Tito: si seguís tan porro, no vamos a ir más a la Caverna del Oso Salvaje y yo no te voy a seguir contando las aventuras de mi papá ni te voy a emprestar mi novela... Tenés que jurarme que vas a estudiar harto... ¡Ya, pues, júralo!

No me quedó otra cosa que levantar la mano derecha y asentir con la cabeza. Me fui saltando en el pie izquierdo, hasta que me tropecé con un

adoquín, me fui de bruces contra el suelo y quedé sangrando. Pero como soy muy valiente, no me quejé y aguanté el dolor. Unos compañeros que presenciaron el accidente, me llevaron hasta mi casa. La Meiga pegó un solo grito y mi abuelita salió soplada a buscar alcohol, gasas y vendas. Los pantalones quedaron sucios y mis rodillas parecían que habían sido raspadas con una lija de acero. Lo único bueno fue que me olvidé de entregarle a mi apoderada la comunicación. Y lo único malo que me mandaron a la cama, pues estaba embarrado, empapado y me vinieron tres estornudos seguidos.

Esa noche tuve temperatura y la Meiga, refunfuñando, se levantó dos veces a darme una horrenda tisana con limón y una aspirina. Mi abuelita, muy asustada, no me dejó levantarme y llamó al doctor. Seguía lloviendo a chuzos y tuve que quedarme en cama. Hacia las siete de la tarde, todo estaba oscuro y la lluvia caía lentamente; tocaron el timbre y apareció en mi pieza la Ernestina.

— Te traigo las tareas que dio hoy la señorita... También estaba preocupada, pues los chiquillos contaron que te diste un soberano porrazo... ¿Te puedo ayudar en algo?

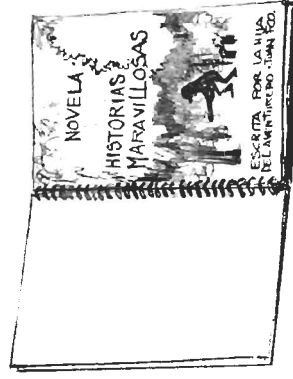
Mi abuelita le trajo a la Tina una taza de leche muy caliente con un queque y ella se lo comió muy lentamente; cuando ya se despedía, le tuve que advertir que le habían quedado unos bigotes blan-

cos muy sentadores... Nos reímos y quedó de volver al otro día.

Yo amanecí muchísimo mejor, pero como aún el tiempo estaba muy húmedo tuve que seguir en cama. En la tarde volvió Ernestina. Estaba algo cohibida y no aceptó ni siquiera un cafecito. Cuando se iba, al fin y al cabo ya era de noche y ella vivía en el campo, me pasó un cuaderno.

— ¡Escóndelo! ¡Léelo solito, que no te vea nadie!
¡Chao!

Como poseo el espíritu investigador del científico, o sea la curiosidad positiva, abrí al tiro el misterioso cuaderno. Claro que cuidando que nadie se percatara. Eran unas cincuenta páginas, escritas con letra muy pequeña, pareja y ordenada; en la primera hoja, un hermoso dibujo de una selva y la silueta de un hombre con casco y rifle o algo parecido. Con mayúsculas, estaba escrito:
NOVELA: "HISTÓRIAS MARAVILLOSAS", escrita por "La hija del aventurero Juan Francisco".



LA SEPARACIÓN

Empezó para mí una etapa absolutamente diferente; perdí de un golpe todos mis hábitos y el gusto por muchas cosas. Sólo conservé el deseo, siempre insatisfecho, de comer panqueques calientes rellenos con crema pastelera. Y todo se debió a la estupenda y entretenida novela de Ernestina; desde la primera línea me atrajo tanto, que ya no me interesaron las aventuras de *Jimán* o la de los *Gatos del Espacio*. Mi abuelita, siempre tan observadora, me preguntó la causa de que ya no anduviera pidiendo permiso para encender el televisor o para comprar revistas de monos; como mi mamá me había requete encargado que nunca debía mentir, tuve que explicarle que estaba muy entretenido leyendo unas maravillosas historias; por suerte no me pidió que le pasara el libro para revisarlo; parecía que confiaba en mí. Eso sí que me recomendó que, por ningún motivo, debía dejar de hacer mis tareas y estudiar. Como no me lo hizo prometer, le contesté que sí.

Pero estaba tan metido en las increíbles hazañas del papá de la Ernestina, que consideré una

pérdida de tiempo repasar materias archisabidas; más que mal, estaba repitiendo curso y —salvo el Inglés— me sabía todo de memoria; en cuanto a las tareas, el Flaquito Gómez tenía muy buena voluntad y me las prestaba para copiarlas, sólo que no siempre las hacía bien. Durante la mayoría de los recreos, seguimos yendo con la Tina a la Caverna del Oso Salvaje, a la Gruta Encantada o a la Guarida del Extraterrestre, nombres que le daba ella a nuestro refugio secreto debajo de las salas de los párvulos. Allí, medio masticando un *sánguche* o una sopaipilla, la Ernestina me iba contestando algunas preguntas y aclarándome las dudas que me surgían de la lectura de su novela. Fue así como me enteré que don Juan Francisco de niño había sido *boyescout* y había participado en el *yam-borí* más grande de todos los siglos; por esa razón tenía tanta experiencia en armar puentes con cordeles hechos de lianas, encender fuego sólo con frotar ramitas y aturdir mosquitos con el humo de un enorme cigarro confeccionado con yerbas que sólo él conocía; la Tina me aclaró que su papá había sido marinero y que por eso le era tan fácil viajar de un lado a otro, pues había hecho amistades hasta en la Tierra del Fuego y en el Polo Norte; si no tenía para pagar pasaje, iba a donde el jefe del puerto, le pedía trabajo y al tiritito se lo peleaban los capitanes de barcos; entonces, él elegía el que más le convenía según fuera para Venecia o París. Como yo no estaba tan seguro de qué

clase de navíos navegaban por el Sena, se lo pregunté a mi papá en una carta, pero todavía no me contesta. Pero la parte que más me entusiasmó fue la del encuentro de don Juan Pancho con un platillo volador y de la amistad que hizo con unos pigmeos transparentes, de ojitos móviles y que adivinaban el pensamiento; ellos venían de vacaciones a la Tierra cada cien años (de los años de ellos, me aclaró la Tina); como eran muy simpáticos, quedaron de venir a buscar a don Juan Pancho y a toda su familia para ir a conocer su lindo planeta de cristal. Yo estaba realmente interesado en el asunto y me atreví a preguntarle a la Ernestina si yo podría pasar por primo de ella y así poder viajar al espacio. Pero la Tina no pudo darme una respuesta, pues había que esperar que regresara su papá y que los enanitos se presentaran; pero —eso sí— tendría yo que jurar que guardaría silencio para siempre; como el asunto me interesaba de verdad tuve que aceptarle la condición, aunque esa noche estuve insomne pensando cómo me las arreglaría para salir de Chile sin que mi familia se percatara. Cuando se lo hice saber a mi amiga, me contestó muy segura:

— ¿Y por qué te haces problemas? Cuando llegue el momento, lo más probable es que los pigmeos de vidrio dejen en tu casa a un doble igualito a ti y no habrá ni rocha que tú andas en otros mundos.

Esta posibilidad tan racional me hizo pensar en

lo maravilloso que sería que los extraterrestres vinieran pronto, pues así otro Ernesto podría asistir a la escuela, recibir los coscorriones y comer el asqueroso bacalao al horno que mi abuelita cocinaba todos los viernes. Esa noche releí las páginas en que se relataba la aventura espacial y soñé que los dos con Ernestina íbamos en un cohete hecho de acero remontando la estratósfera y que abajo, como un globito azul y oro, la Tierra giraba cada vez más lejos...

Pero el primer encuentro no fue con seres de vidrio, sino de carne y hueso: el Jefe de Estudios y la señorita Emilia me citaron durante un recreo a la oficina; allí, con el Libro de Clases abierto en cada asignatura, me leyeron las notas obtenidas; según el señor, si yo seguía así, con calificaciones pésimas, iba derecho a la segunda repitencia; eso significaba que tendría que irme a otro colegio, pues yo no le podía quitar el lugar a otro niño de veras interesado en estudiar. Con más rapidez de lo que remontaría el vuelo el platillo de los pequeños seres, imaginé cómo sería mi vida en otro establecimiento lejos de la Tina, sin ninguna Gruta, sin compañeros como el Gómez, el Lautaro o Mister Magú. Porque en esos momentos hasta el célebre mateo me parecía simpático; y para qué decir que sentí un nudo en la garganta con sólo pensar en que no vería más al Capitán Rojo o a Juanito, el Boticario. Y para qué hablar de la tanda que me esperaba en casa; capacito que mis

papás se vinieran de Alemania sólo para darme una fleta olímpica. Y mi abuelita, ¿qué actitud tomaría? Realmente era ella la más perjudicada. Así se lo hice saber al Jefe de Estudios, quien me pidió explicaciones.

— Si a mí me va mal, señor, en este colegio, mis papás van a disgustarse muchísimo con mi abuelita; ella se responsabilizó de mí, me consiguió matrícula aquí y no puede desilusionar ni a su hijo (mi papá) ni a su yerna (mi mamá)...

— Nuera, se dice, no yerna... —acotó la señorita Emilia que siempre era muy fijada en cómo nos expresábamos.

Parece que me hallaron razón y comprendieron la terrible situación en que ellos habían metido a una señora tan simpática y buena como era mi abuelita; seguramente les servirá de experiencia para otra vez y el Jefe no se pondrá a hurguear las notas mías o de otro niño. Pero la señorita Emilia metió las patas; le contó al caballero que yo no era nada de tonto, sino demasiado irresponsable, pues en mi casa no me faltaba nada y, sin embargo, en lo único que me llevaba era conversando con mi compañera de banco, copiando las tareas y mirando cómo volaban las moscas. En eso reveló ignorancia, pues si me distraía el vuelo de los insectos era sólo porque tenía que estar atento a la llegada de los hombrecitos del espacio. Pero tuve que callar y aceptar tamaña injusticia, pues no podía revelar el secreto de la Tina. Lo malo

estuvo en la decisión que tomaron junto con la Orientadora; porque hasta la hicieron venir para saber qué había que hacer para ayudarme a mejorar mis calificaciones. Esta señora, muy canosa y con unos dientes blanquísimos, me trató de lo más bien y me dijo que me iba a estar observando, que por ahora nadie le diría nada a mi apoderada, pero yo tenía que asumir los resultados de mis actos:

— Tú, Ernesto, eres ya mayorcito; gozas de excelente salud, tienes buena ropa, te alimentas muy bien y en tu casa no falta nada; además, Dios te ha dotado de inteligencia y te ha hecho nacer en un hogar muy bien constituido y culto. ¿Sabes tú cuántos alumnos de este liceo poseen todas esas ventajas? Casi ninguno, fijate. Hay niños y niñas que trabajan para poder adquirir sus útiles escolares o parte de su ropa; la mayoría carece de comodidades mínimas y tienen hasta que compartir la cama con un hermano; a veces se vienen a clases sin haber almorzado... Y pese a tantísima dificultad, son estudiosos, se aplican y tratan de obtener buenas calificaciones; o, por lo menos, hacen esfuerzos para no repetir año. Así, Ernesto, creemos que tú no tienes ninguna excusa válida que justifique tu flojera. Pero, como no deseamos perjudicar a una persona inocente —tu abuelita— por ahora sólo dependerá de ti el que esta situación tan ingrata se solucione; te

vamos a dar nuestro apoyo, pero tú tendrás que estar consciente de que el éxito dependerá en un 90% de ti mismo, de tu propio esfuerzo... Yo tengo un Libro de Compromisos en mi oficina; cuando tú consideres que eres capaz de hacer tus tareas solo, sin tener que pedirse las a otro compañero para copiarlas; cuando estés dispuesto a atender en clases —sin distraerte, ni distraer a nadie— y estés decidido a estudiar y a cumplir todas tus obligaciones escolares, sólo entonces —y siempre que lo desees— puedes pasar por mi oficina a firmar el compromiso. Así quedará una constancia de tus buenos propósitos y cuando los hayas logrado, gracias a tu esfuerzo y perseverancia, yo pondré una nota escrita: "Ernesto venció las dificultades y cumplió con lo convenido"; y pondré mi firma y mi timbre...

— ¿Y cuántos "compromisos" tengo que firmar? — Sólo el primero. Los compromisos posteriores los contraerás tú solo con tu propia conciencia.

Me gustó la señorita Orientadora; pero lo que no me agradó nada fue que mi profesora de curso determinó que debía cambiarme de puesto y sentarme en el primer banco, junto a la Rosita, una niña gorda, callada y casi tan estudiosa como Mister Magú. Como soy bien hombre, disimulé el dolor que me produjo un rasgón que sentí más arriba del estómago, por allí donde empieza el corazón; si me hubiera dado un infarto en menu-

do lío que se habría metido la señorita Emilia... Aunque el dolor no se me aquietó, intenté una semisonrisa para animar a la Ernestina que había quedado como momia, inmóvil, con los ojos fijos mirando al vacío. Al tomar mis bártulos —el bolsón de legítima cuerina, la lonchera y el cojín— alcancé a susurrlarle a la Tina que en el recreo me esperara en la Gruta Encantada. Luego, con paso firme, me fui a sentar junto a la chupadita Rosa. Pero mis desgracias sólo estaban comenzando; como yo desplazaba a Moreno, un chico miope, hubo que hacer otros cambios; él se acomodó en el lugar del José Pérez y éste tuvo que irse más atrás y el Capitán Rojo quedó sin banco; así que la señorita le ordenó que se acomodara ¡junto a la Ernestina! Mi primera reacción fue saltar como un tigre de Bengala sobre el infame colorín y dejarlo aplastado contra el piso; pero mi ángel bueno (todos los niños tenemos un angelito que nos protege y nos sopla al oído, aunque no lo sintamos, lo que debemos hacer; algunos dicen que eso es la conciencia) me hizo recordar mis buenos propósitos y me contuve, aunque no pude evitar mirar hacia atrás: allí, en el sitio que yo ocupara junto a Ernestina, estaba el gigantón, con su pelo color zanahoria y una sonrisa de oreja a ojo, porque tiene la boca chueca; para aminorar mi infortunio, me agradó la actitud de mi amiga que no se movió ni miró a su nuevo e impuesto compañero. Pero seguí de malas; a continuación nos tocó clases con

la Miss Martha quien, al verme sentado casi encima de su escritorio, tuvo la pésima ocurrencia de sacarme al pizarrón y me pidió que escribiera los pronombres. A mis espaldas sentía un chivateo nada de estimulante, pues ninguno se atrevía a soplarme y —sin embargo— calculaba que todos estaban indicando, frenéticos por salir adelante a demostrar sus conocimientos del inglés. “Es necesario que haya un milagro —pensé en esos momentos— para que me baje alguna cercana idea que tenga que ver con los pronombres”. Pero, al parecer, no era momento para que desde el Cielo me cayera alguna inspiración; con la tiza en la mano, con el inmenso pizarrón negro frente a mí, sólo atiné a reflexionar que si no me sabía los pronombres en mi propia lengua, ¿cómo me los podrían exigir en un idioma desconocido para mí? Si al menos hubiera estado cerca don Juan Francisco, el políglota, podría haberme sacado del apuro; o si sólo hubieran bajado dos o tres extraterrestres para dejar a un doble que me suplantara, las cosas no se habrían puesto color de hormiga... Porque la Miss fue implacable y me puso un uno, muy colorado y estiradito; y, además, determinó que tendría que quedarme durante el recreo a repasar esas difficilísimas partes de la oración nada menos que en compañía del inefable Mister Magú, que se ofreció encantado para tan despreciable misión. Así fue como no pude comunicarme con la Tina y vi, por el rabillo del ojo, cómo el

larguirucho colorín se las ingeniaba para escoltarla como si ella no hubiera sabido caminar sola.

Mientras viva, recordaré ese día como uno de los peores; cuando el mateo Magú salió un rato rumbo a las "casitas", sentí una desesperación callada y una rabia terrible conmigo mismo, pues si no hubiera sido tan porro ninguna de esas cosas me habrían sucedido; y, en ese mismo minuto, firmé con mi conciencia el compromiso de estudiar, de ser el mejor alumno, para que me volvieran a sentar junto a la Ernestina. Porque estaba seguro de que la Orientadora se lo pediría a la señorita Emilia cuando yo fuera a mostrarle la Libreta de Notas con puros siete... o cinco... o cuatro; pero, y de ello tenía la certeza, sin ningún dos o tres. Así que, de inmediato, me puse como contratado a memorizar los famosos nombres y, de llapa, hasta los escribí en mi cuaderno con una letra cursiva inglesa que había aprendido con los curas.

Sólo a la tarde siguiente pude encontrarme con la Ernestina en la Gruta Encantada; los dos estábamos cabizbajos, tristes y no tuvimos ánimo para hablar de su papá Juan Francisco ni de los enanos transparentes. Entonces sucedió algo muy espantoso: la Tina se puso a llorar.

— ¡Yo tengo la culpa de todo lo que está pasando, Tito! Yo soy la responsable por haberte distraído con mis historias... Mejor que no nos vea-

mos más aquí hasta que ambos mejoremos las notas, pues yo tengo unos "treses" por ahí que si no le pongo tinca se convertirán en "patos"...

No le doy a ningún hombre estar en semejante situación, pues no hallaba qué hacer; sentía que los ojos me picaban y que un moquillo pugnaba por abandonar mi nariz, así que saqué el pañuelo de reserva —que siempre me ponía la Meiga en el bolsillo superior de mi vestón, ése donde va pegada la insignia del liceo— y se lo pasé por los párpados mojados a la Ernestina y, de paso, hice que se sonara. Se tranquilizó algo y yo, con todo el poder de convencimiento que creía poseer, le dije que era tonto eso de no visitar más la caverna o la gruta o el subsuelo de las salas de los párvulos, ya que con estar en bancos distantes era más que suficiente; además, en los recreos y metidos allí, podríamos hasta estudiar o repasar las lecciones; por un tiempo bien podíamos olvidarnos de las aventuras de su papá y de los misteriosos habitantes del espacio...

— No, Ernesto, —me contestó con una voz firme— eso sería por dos o tres tardes y luego volveríamos a lo mismo: tú a contarme tus impresiones de lo leído o a preguntarme detalles de alguna aventura de mi papá y yo te seguiría la onda y terminaríamos olvidados de nuestros deberes. No y no. Lo mejor es que no nos veamos más aquí ni conversemos de otra cosa que no sea de nuestros estudios...

Al verla tan empecinada, le expliqué que sería suficiente con aprovechar bien el tiempo estudiando en nuestras casas y con atender en clases, puesto que yo estaba sentado con la gordita más callada que esperaba conocer y no tenía modo de distraerme; y en cuanto a ella —me refería a Tina— teniendo por compañero de banco a un gallo *rodailan*, cogote pelado, sin sesos, era imposible que se distrajera. Algo desconcertada con mi pronunciación británica, se repuso pronto y se mostró inflexible. Entonces me di cuenta de que la delgada y aparentemente débil niña, poseía una voluntad a toda prueba y se me mostraba fuerte e insobornable; porque hasta le ofrecí la colección de estampillas alemanas que tenía destinadas para el Quico (mi primo de Lo Curro); a eso le agregué mi lonchera y un matapijitos disecado, pero fue inútil. No aceptó ningún regalo. Simplemente me agregó que durante algún recreo podríamos conversar un poco, que podía quedarme con su novela, pero que no me prestaría la segunda parte —la más interesante, me dijo— hasta que no hubiéramos mejorado todas nuestras calificaciones. Como considerara que estaba exagerando al decir “todas”, intenté convencerla de que me estaba pidiendo imposibles... ¿No podría dejar Inglés y Castellano para el próximo trimestre? Entendí su muda respuesta con ver la mirada penetrante y demoledora que me dio. Como en ese preciso momento tocaran la campana, cada uno salió del

escondite por su cuenta y ella corrió más que yo para irse a formar en el patio, en la fila de las niñas.

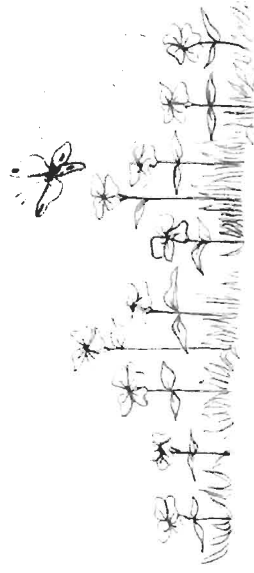
Nunca antes había estado yo más atento en clases que durante las dos horas siguientes; la señorita Emilia casi se colapsó cuando me vio indicar, como malo de la cabeza, para salir adelante a ubicar en el mapa los paralelos y el meridiano de Greenwich, los trópicos y otras bagatelas superfáciles; también me ofrecí para acarrear los mapas hasta la biblioteca con el chico Ubilla, un niño pequeño, alegre y simpático que se había incorporado recientemente al curso. No pude dejar de mirar de reojo a la Ernestina para captar si tanta dedicación la había impresionado; pero, para mi desdicha, sólo vi cómo el Cabeza de Zanahoria estaba mirándola con sus dos ojotes de pollo dormido.

Fue en el último recreo, cuando empezaba a oscurecer y corría un vientecillo frío y cortante, que logré hablar con la Tina. Y antes de que pudiera yo comenzar con la perorata que le tenía preparada, muy seria y decidida me aclaró:

— Óyeme, Ernesto: es mejor que nos separemos como muy buenos amigos y cuando lleguemos a ser los mejores alumnos del curso, sólo entonces volveremos a ir a la Gruta Encantada... La fecha dependerá de cada uno de “losotros” y del empeño que le pongamos... ¡Chaito!

No alcancé a decirle nada. Ella salió corriendo, quizás para que no la viera llorar. Porque mientras me hablaba, su voz se oía temblorosa y sus pupilas brillaban... O tal vez se las vi así, porque de mis propios ojos unas lágrimas muy varoniles trataban de salir.

Así fue como Ernestina y yo nos separamos.



LA NOVELA DE ERNESTINA

Durante varias semanas, que me parecieron años, me dediqué sólo a poner al día trabajos de investigación que tenía pendientes desde abril, a hacer cuanto tarea me daban, pasar en limpio unos cuadernos borradores sumamente enredados y a estudiar mis lecciones. No digo que me fuera el hiperdisloque de bien, pero empecé a tomar fama de responsable y, cuando obtuve el primer siete en Matemática por unos gráficos de barras con el rendimiento del curso por asignatura, sólo con ver la carita de satisfacción de la Tina di por bien empleados todos mis afanes; sólo que el inglés seguía siendo mi tormento y no achuntaba una; a veces se me confundía con el alemán y la señorita Martha, o sea la Miss, me encajaba más ejercicios y le decía a Mister Magú que debía intensificar su ayuda. Como mi abuelita se empezaba a preocupar por tanta dedicación a los libros, creyó que era necesario tonificarme y me embutió unas vitaminas con jugo de naranjas, al desayuno. El único respiro que me di fue releer la novela de mi amiga. Como el tiempo seguía siendo frío —no hay que

olvidar que estábamos en invierno y en Maipú— me acostaba temprano y allí, muy abrigado, me puse a copiar para mí las partes más interesantes de las aventuras de don Juan Francisco. No se me ocurrió sacar fotocopias, que habría sido más rápido, pero con el ejercicio logré, sin duda, mejorar mi caligrafía. Aquí van algunas páginas seleccionadas según mi gusto, aunque todas las que escribió Ernestina valen la pena.

“EL ENCUENTRO CON LOS EXTRATERRESTRES. Mi papá no quiere que se sepa que él logró contactar se con los enanitos del planeta de cristal, porque los de la NASA meterían sus narices. Así que me pidió que sólo lo escribiera para mí y para cuando ya no fuera peligroso que se supiera; claro, por- que la gente ignorante podría pensar que él estaba loco. Así que yo guardaré este capítulo un par de años o más antes de darlo a conocer. Me contaba mi papá que él había caminado todo el día por unos senderos desconocidos, buscando una veta de oro; mirando hacia los puntos cardinales, que son cuatro, no se veía alma en pena: sólo desierto, montes bajos del color del café con leche o del ulpo y muy lejos, un hilo de luz roja que él creyó que era el sol que se ocultaba. Se puso el poncho negro y se encasquetó una gorra boliviana, por- que empezaba a herir el frío; decía que durante la noche hasta la barba se le salpicaba de polvo de nieve, tan heladas son las horas antes del amanecer por allá en el norte chileno, que es el desierto

más árido del mundo. Como era precavido, se comió unos panes con embutidos y queso de cabra que traía en sus alforjas; luego, envuelto en la gruesa manta, se había dispuesto a dormir; pero no pudo hacerlo, pues el espectáculo de las constelaciones era tan maravilloso que sus ojos no podían dejar de admirarlo. Mi papá, cuando llega de alguno de sus viajes, me aconseja siempre:

— Hija mía, nunca te acuestes sin haber mirado el cielo; aunque esté nublado, tú sabes que allá arriba lucen los luceros más bellos, las estrellas más hermosas, los astros más esplendorosos; y todo ello fue creado por Dios para ti, hace millones de millones de años, y la luz de ellos te llega desde el lejano pasado por un milagro de sabiduría. Hija mía, nunca te olvides de mirar la tierra cuando te levantes cada mañana, por- que siempre encontrarás que Dios ha hecho crecer para ti alguna yerbabuena, alguna flor...

Estaba mi papá, Juan Francisco, contemplando el cielo cuando vio que la lucecita roja que titilaba en el horizonte se iba agrandando hasta convertirse en un globo sólido, cada vez más pálido, como conformado de telas sutiles que reflejaban una luz interior muy brillante. La esfera no era demasiado grande; podían caber en ella unos cinco o seis hombres de la tierra. Como a valiente nadie le gana a mi papá, se incorporó al tiro y se puso alerta; pero por dentro, él tenía la certeza de

que nada malo le sucedería. El globo transparente, hecho de un extraño material delicado, se posó sobre la arena muy suavemente al mismo tiempo que se oía una música sideral, desconocida para los oídos humanos. Entonces, una lonja del aparato se desprendió y quedó inmóvil flotando en el aire; desde su interior vio varias figuras diminutas, de cuerpecillos frágiles, que apenas tocaban el piso con su andar etéreo. En un instante estuvieron rodeándolo, curiosos, alegres y conversadores; sus voces sonaban cantarinas y mi papá entendía todo lo que hablaban por telepatía, o por lo menos así lo creyó él. Los ojitos que poseían giraban en 360 grados y parecían tener la facultad de observar simultáneamente hacia adelante y hacia atrás. Aunque estaban hechos de una materia translúcida, no se veían ni venas ni huesos ni vísceras; lo más asombroso era su capacidad de agrandarse y achicarse, aunque dentro de límites que iban entre la estatura de un niño de doce años y una abejita. Para conversar con mi papá, crecieron y se sentaron en cojines aéreos, semejantes a plásticos inflados que surgieron como por arte de magia. A don Juan Francisco se le fue el frío; se sentía cálido el ambiente, gracias a un desconocido aparato que emitía rayos blancos, deliciosamente agradables, desde la cúpula del globo. La primera pregunta que surgió en la mente de mi papá fue de dónde provenían esas creaturas y qué deseaban. No había alcanzado a formularla,

cuando ya tenía la respuesta por boca de uno de ellos, aunque carecían de labios o algo parecido: - A menudo visitamos esta región por lo plácida, bella, incontaminada... Es la primera vez que nos encontramos con un hombre, aunque ya los conocemos desde hace millones de siglos, cuando sólo existían animales salvajes y los humanos habitaban en cavernas... Nuestro lugar de origen es un planeta hecho de cristales muy puros, que obligan a que, tanto nosotros como todo lo que nos rodea, sean igualmente libres de impurezas concretas o inmateriales... Son cristales poderosos, dotados de innumerales cualidades y regidos por la Voluntad Suprema de un Dios Único... Nos duele ver que en este planeta haya guerra, miseria, odio; que la naturaleza esté desapareciendo bajo camiones de concreto y gases asfixiantes que van matando lentamente y que casi nadie se preocupe, salvo unos pocos que aún aman las flores, las nubes y que saben apreciar el canto de un pajarito o el leve ronroneo de un gatito... La civilización, sin el amor a Dios y a todo lo creado por Él, sólo logrará desaparecer. Tú te preguntas qué deseamos y sólo podemos responderte que tú, que viajas tanto y conoces a tanta gente, hagas tu pequeña —pero grande a los ojos de Dios— contribución: actúa siempre bien, no causes daño a la naturaleza y donde vayas siembra alegría, armonía y bondad. Si

cada ser humano actuara así, este bello planeta sería el paraíso que al principio de los tiempos fue...

Para mi papá actuar como se lo pedían los extraños seres no era ningún sacrificio, pues siempre fue bueno, optimista y generoso; además, amaba todo lo creado. Él me enseñó a observar las hormiguitas en su laborioso quehacer y, desde entonces, temo que al caminar pueda pisarlas y destruirlas sin querer; y él, si anda con escopeta es sólo para asustar a los bandidos, nunca para matar. Los extraterrestres adivinaban el pensamiento y casi se adelantaban a los hechos; por eso le informaron a mi papá que ellos andarían siempre cerca y que cuando él lo deseara, vendrían de nuevo y hasta podrían llevarlo a él y a su familia a viajar hasta ese lejano planeta donde habitaban. Y nadie se daría cuenta —menos los de la NASA de Peldehue— que todos andaban viajando por el espacio, pues ellos dejarían unos dobles iguales en Maipú. Con esa promesa, los transparentes hombrécitos se fueron achicando y sus soportes plásticos desaparecieron; luego se metieron en su máquina voladora y se fueron velozmente, hasta confundirse con las estrellas.

De toda la aventura, lo que más impresionó a mi papá fue que entre estos diminutos seres todos eran iguales en categoría; ninguno era más que el otro y eso se debía a que cada uno se regía por su conciencia y sólo practicaban el bien".

La Ernestina, cuando todavía nos reuníamos en la Gruta Encantada, me aclaró ciertas dudas relacionadas con esta aventura de don Juan Francisco; fue así como comprendí que fuera tan necesario conservar en el más sagrado secreto la presencia de los enanitos, pues los hombres malvados podrían inventar armas en su contra para exterminarlos; también entendí que en cualquier momento ellos —los extraterrestres— podrían aparecerse por la casa de la Ernestina y llevársela a pasear; así que le pedí que no me dejara abandonado y me metiera como primo o algo así; pero la Tina me contestó que cuando vinieran ELLOS (no había que olvidar que sólo bastaba que su papá lo deseara) les diría la verdad: que yo era su mejor amigo y que quería que la acompañara al planeta de cristal. Y era seguro que accederían si se les decía la verdad... Esa seguridad, por lo menos, me hizo estar más tranquilo y esperanzado en que alguna tarde o alguna noche o tal vez de madrugada emprendería mi ansiado viaje espacial.

Lo que más me llamaba la atención en la novela de la Ernestina era su vocabulario, la monotonía de comas, puntos y signos que metía. ¿Cómo lo hacía si no era más que una niña? De las faltas de ortografía no me daba mucha cuenta, pero calculo que debía haber muchas. Ella, arriscando su comada nariz, me contestó que primero leía lo que tenía escrito sin puntuación alguna; luego, donde naturalmente hacía pausas para respirar, coloca-

ba comas; si su voz bajaba espontáneamente y la idea estaba completa, ponía un punto y empezaba la palabra siguiente con mayúscula; si lo que quería expresar era triste o alegre, usaba los signos de exclamación; en cambio si eran preguntas, colocaba los signos de interrogación. Y cuando hablaban los personajes —su papá u otros— nada más fácil que escribir lo que contaban en una línea nueva, metiendo delante y al final de lo que decían, unos guiones chiquititos. Y para no cometer demasiados errores ortográficos, consultaba un diccionario muy grande que el señor de la biblioteca le había prestado por un año; entonces miraba y remiraba la palabra y la copiaba sin ningún mote, porque copiar no era ninguna gracia; sólo los niños distraídos y flojos copian mal.... También se preocupaba de no repetir los términos y, para ayudarse, consultaba las páginas de un diccionario de Sinónimos y Antónimos que se había sacado de premio el año pasado por ser la mejor alumna en Castellano. Consideré que ser novelista era algo demasiado trabajoso, pero no eché en saco roto lo que hacía la Tina para escribir tan bonito y en forma tan entretenida.

¡Ah!, olvidaba dejar en claro que también me llamé la atención el hecho de que a veces la Tina escribía llamando “mi papá” a don Juan Francisco y en otros capítulos contaba lo que le sucedía como si no lo conociera. Ella me explicó que esa falla técnica la corregiría cuando pasara en limpio su

novela y sólo entonces estudiaría cuál forma quedaba mejor; pero, que por ahora, ella narraba según su estado de ánimo y como le resultaba más espontáneo. Y, a lo mejor, los editores no iban a objetar nada y se la iban a publicar tal cual, pues no siempre eran tan fijados como yo. Como había oído decir a mis papás que los escritores tienen sus rarezas y son muy, pero muy su... (aquí busqué el diccionario) susceptibles o quisquillosos, me guardé mis opiniones y dejé que la Tina resolviera los problemas de redacción sola o con sus editores. O con la señorita Emilia, pues siempre andaba la Tina consultándola sobre cómo usar este verbo, cuál Tiempo o Modo parecía más adecuado; por eso creo que este año y el venidero le van a seguir dando el premio en Castellano. Y, para seguir con mi asunto, otra aventura que me encantó fue la de los aparecidos, aunque durante tres noches seguidas tuve que dormir con la luz de mi velador encendida, no por miedo, sino para sorprender a los espectros.

“EL ENCUENTRO CON LAS ALMAS EN PENA. Don

Juan Francisco, cuando regresa a Maipú después de alguno de sus viajes, lo primero que hace después de besar a su hijita y abrazar a toda la familia, es irse al Templo Votivo a dar gracias a la Virgen por los favores recibidos. Esa devoción lo salvó, sin duda, de una de las más espeluznantes aventuras que le tocara vivir.

Ese día de abril habían estado celebrando el

cumpleaños número siete de la hija de don Juan Francisco; la torta, con siete enanitos de chocolate portando una velita, había causado admiración entre los chicos invitados; esa tarde hubo mucha algazara, pitos, serpentinas y juegos; todos quedaron tan cansados, que cuando acabó la fiesta se fueron a dormir. La casa quedó silenciosa y hasta el Acordeón, el perrito guardián, se echó sobre su lastimero y atravesaron el silencio de la noche y despertaron a don Juan Francisco. Temiendo que hubieran asaltado a algún vecino, sin despertar a nadie, se levantó en puntillas; como estuviera helando, se puso su poncho y se armó con su escopeta para espantar a los malhechores. Al salir, los quejidos aumentaron y parecían provenir de muchas personas y no de una como él creía. Dejándose llevar por las voces, se fue alejando de su casa; como el vecino más cercano estuviera en dirección contraria, pensó que quizás hubiera habido algún accidente y apresuró el paso, no importándole que sus zapatos se hundieran en las acequias o pisaran sobre el barro y las piedras. La oscuridad cubría todo el campo, pero hacia el poniente veíase un resplandor blanquizco, justo desde donde procedían los gemidos. Siempre creyendo que eran personas que necesitaban auxilio, corrió más que anduvo, pese a las dificultades del terreno; al llegar al lugar, los lastimeros quejidos se hicieron más tristes y potentes. Por suerte el corazón y el

valor de don Juan Francisco eran a toda prueba, pues otro se habría desmayado o muerto allí mismo; quienes así se lamentaban eran muchísimas mujeres, sin carne, sólo con sus calaveras vertiendo por las cuencas de sus ojos lágrimas incontables; llevaban unas túnicas desgarradas, apenas blancas; con los brazos alzados buscaban a sus hijos. Sonaban los huesos de las desdichadas cuando se arrastraban para escharbar en la tierra y, al no hallar nada, su llanto hacía más conmovedor y espantoso. Don Juan, entendiendo a medias lo que pasaba, deseó saber más; sabía que eran madres, pues podía oír sus voces llamando a sus hijos muertos, pero aún no comprendía todo. Entonces, con su acostumbrado valor, se acercó a una de las mujeres y le preguntó quiénes eran, qué deseaban, de dónde venían...

— Somos las madres de los soldados muertos el 5 de abril de 1818. Ellos eran realistas y nunca sus restos volvieron a la patria lejana, España. En cada aniversario, nosotras regresamos desde el Más Allá a buscarlos para quedarnos con ellos por una eternidad... Pero ninguna ha encontrado a su hijo jamás.

Mucha pena le dio a don Juan Francisco al escuchar tan trágica razón y, como siempre deseaba ayudar al prójimo así fuera vivo o difunto, consoló a la mujer con estas sabias palabras:

— Señora, usted y todas las otras madres deben descansar en paz; sus hijos murieron como

héroes y la tierra donde dejaron la vida los acogió generosamente bajo el protector manto de la Virgen del Carmen, patrona de Chile. Mire hacia la distancia... Ese gigantesco templo fue alzado para conmemorar a los caídos en la Batalla de Maipú; es un lugar de oración permanente y de peregrinación, construido sobre la sangre de chilenos, españoles y argentinos que dieron la vida por su ideal. La Madre de Dios vela por sus hijos y por todos nosotros. ¡No busquen más, no lloren más! Recen, sólo recen: Dios te salve María, llena eres de gracia...

Entonces los esqueletos de las madres se fueron juntando alrededor de don Juan Francisco y desde sus mandíbulas desdentadas surgió la más bella de las oraciones; lentamente sus osamentas fueron diluyéndose en el amanecer sombrío; sólo quedó una mujer gimiendo y arañando la tierra. Las demás se fueron en paz a esperar el día de la Resurrección. Dicen que hasta hoy, cada noche del 5 de abril, se escucha el llanto de esa madre que aún espera hallar a su hijo; y hay quienes cuentan que ella deambula por el vasto campo de batalla de día y de noche de cualquier día o mes del año. Y eso fue, porque no quiso rezar como lo aconsejara don Juan Francisco".

Esta historia me impactó muchísimo y más impresionado me sentí cuando la comenté con la Ernestina en nuestro escondite, pues ella me con-

fidenció que allí mismo —en el liceo— los auxiliares, algunos maestros y hasta alumnos habían sentido el llanto de esa madre a plena luz del día; y en la noche, en algunas salas desocupadas, se escuchaba el arrastrar de huesos y los gemidos de la muerta. Así que para ayudarla, había que recitar el Ave María; sólo con el rezo el espíritu se aleja. Pero no para siempre: cualquier día hasta yo mismo podría ver u oír al espectro. Por precaución, nunca dejo de rezarle a la Virgen antes de dormirme o cuando tengo que salir al patio o al jardín después de la puesta del sol. Porque, la verdad, me da julepe.



EL PRIMER TRIMESTRE

Todo el liceo andaba convulsionado por el término del primer trimestre. Yo me preguntaba cuál podía ser la razón de tan desatinada medida y no daban las notas nada más que a fines de año, eso sí que después de Navidad. Porque hasta la señorita Emilia, siempre serena y alegre, parecía haber cambiado: andaba con el bolso negro repleto de Informes, pruebas y cuanto cachureo acumulaban los profesores para entregar las calificaciones justas y no tenía mucho tiempo para conversar en los pasillos; los otros profes andaban acelerados sacando promedios y yo casi me fui de palabras con el señor de Religión, pues me puso una B; según él, apenas me daba una S, pero por misericordia me había subido a BUENO para estimularme a ser más estudioso y devoto. Yo sigo sin comprender la lógica de los mayores: ¿Por qué no me puso un MB si tanto deseaba animarme a ser mejor? Y para qué decir lo que me sucedió en Inglés; la Miss reconoció el esfuerzo de Mister Magú y le puso ¡un siete! Y el chato se lo sacó por ser mi monitor y yo, que lo soporté como diez semanas, apenas me

saqué un 3,5. O sea, la mitad, como si mi esfuerzo no mereciera el doble. Según la Miss, las notas rojas que había acumulado al principio habían sido las que me habían echado a perder el promedio. En Matemática apenas obtuve un 4, pero creo que fue justo, pues sólo al final le puse tinca. En las otras asignaturas anduve regular: entre 4 y 4,8 no más. Sólo en Educación Física me lucí con un siete; ese profe es de lo mejor: no le importa si un niño no tiene equipo o está resfriado, pues lo cita para otro día y le enseña los ejercicios; claro que hubo varios compañeros que se sacaron un siete, pero eso no lo supo mi abuelita. Ella, como es algo entrada en carnes y no sabe ni trotar siquiera, cree que obtener tan alta calificación es un gran mérito. La Ernestina tiene clases de Gimnasia con una señorita muy linda y todas las chicas del curso se creen la Comanечи, pues se ejercitan en pasos muy circences o acrobáticos, lo que las hace andar en puntillas y con aires de diosas. Ninguna de ellas es capaz de saltar ni un cajón de los más bajos o de correr los mil metros sin parar; o de jugarse un partido de *beibifútbol* y meter seis goles al hilo. Por suerte soy hombre y no tengo que asistir a clases de Gimnasia, aunque la profesora es preciosa: parece un hada. Una vez se lo comenté a la Tina y me contestó que lo único que valía era la calidad de las personas y no su físico y que un alumno jamás se debe fijar en la apariencia de sus maestros, pues ellos nunca ponen las notas o

enseñan a las caras bonitas; para ellos todos los alumnos son iguales. Yo le rebatí: —Si todos fuéramos iguales para los maestros a todos nos pondrían las mismas notas y yo, particularmente, no estaría sufriendo las de Quico y Caco por esa causa. La Ernestina me dio una de esas miradas suyas cargadas de lástima y, moviendo su morena cabecita, sólo me contestó:

— ¿Es que nunca has oído hablar de las diferencias individuales? Para los profesores somos alumnos, observan nuestra conducta, valoran nuestro esfuerzo y analizan los resultados y después de mucho, mucho cavilar y conversar entre ellos y con la señorita Orientadora, nos colocan las notas; claro que también promedian todas las calificaciones del trimestre...

Yo me quedé callado; la Tina hablaba así, por lo que le habían prestado en la biblioteca un folleto sobre "El Profesor Jefe" y la gorda Rosita le había pasado otro sobre una materia enredadísima: "Cómo evaluar al alumno". Por eso las dos hablaban tan sabihondamente y tenían esos aires magistrales. (Yo también manejo algunos vocablos bien elevados, pues se los escuché al profe de Religión y él me dio una explicación bien entendible; quizás esa curiosidad mía me valió la B y me libró de la S, o sea, del Suficiente). Y a propósito: ¿Por qué si la S tiene ese significado, la consideran mediocre o reguleque no más? Suficiente dice uno cuando no quiere comer más porotos con mote o tragar otro

plato de pantrucas, pues quiere decir que es bastante. En las notas debiera ser igual.

A medida que pasaban los días, el revolute en el liceo se fue acrecentando; el único que estaba de lo más contento era el chico Ubilla: como él había ingresado tarde, no llevaría notas. Tomé apunte mental de eso, pues mientras más atrasado entrara a clases al año siguiente, menos tendría que estudiar y, de llapa, me premiarían sin calificarme. Lástima que mi abuelita o mis papás tal vez no lo aprobarían, pues siempre ellos —los grandes— por allí por febrero andan diciendo o comentando con sus amistades: —¡Por Dios, cuándo empezarán las clases para que los niños dejen de fregar! Y a uno lo meten en marzo, sea como sea, al colegio.

Pero yo no había olvidado mi compromiso. La verdad es que había trabajado como chino, sudando como beduino y sufrido como negro para progresar algo y, así, poder reunirme de nuevo con mi amiga en la Gruta; ya dije que la cuestión no salió bien, pues los cuatritos abundaban y ya me imaginaba la cara que pondría mi abuelita cuando recibiera el Informe trimestral. Todo anunciaba que ese acontecimiento nefasto se acercaba como incontinente avalancha; la señorita Emilia nos escribió la Comunicación en la pizarra y la firmó una por una: los apoderados deberían asistir a reunión el primer lunes de junio, a las 18 horas; por lo tanto, los alumnos tendrían clases hasta las 17:30.

Quizás soy latoso en dar estos pormenores, pero resulta que esas minivaciones me cayeron como regalo navideño: logré convencer a la Tina de que fuera a tomar once conmigo. Así que, por primera vez, yo la escolté hasta mi casa; caminando a su lado, hice alardes de mi agilidad para andar en un solo pie, silbar como marinero y disparar piedras a diez metros; pero ella pareció no notar tantísima habilidad, pues andaba muy compuestita, como si fuera sola y no en tan simpática compañía. Antes de llegar, nos encontramos con mi abuelita que iba para la reunión muy perfumada y con el paraguas azulino en la mano, ése que le compró mi papá en Italia. Yo miré para arriba y no hallé rocha de que fuera a llover; pero la Tina, que a observadora no se la gana casi nadie, me explicó:

— Oye, Tito, las señoras usan muchas cosas sólo como adorno. ¿No viste que el paraguas le hace juego con sus ojos y con el abrigo? Además, si la salen a asaltar tiene con qué aporrear a los cogoteritos... Si yo tuviera un paraguas, me gustaría que fuera con hartas florcitas, de diferentes colores, pues me imaginaria estar en plena primavera bajo la lluvia... Y, también, me combinaría con cualquier traje.

Fue ésa una tarde inolvidable. No por el que-que con pasas y los "calzones rotos" que nos sirvió la Meiga, sino porque pudimos conversar como una hora, sin que nadie nos interrumpiera; le mostré mis cuadernos —un alto así de grande— y

ella me alabó la paciencia para pasar en limpio tantas páginas. Y, naturalmente, no podía faltar el consejo:

— Mira, Tito, es mejor hacer las cosas bien la primera vez para no tener que perder horas y horas en rehacerlas. Eso me lo enseñó mi papá cuando entré a primer año; cada tarea, el aseó de uno, una costura, el barrido, un ejercicio cualquiera, el planchado y cada cosa de la rutina de la casa o del colegio hay que realizarlos lo mejor posible; hasta leer un cuento o una novela o un periódico es preciso hacerlo con atención, pues de lo contrario no se te queda nada en la cabeza. Y también cuando se reza. Mi papá me enseñó a inventar oraciones sencillas, de asuntos que uno necesita que Dios o la Virgen le ayuden a arreglar; y así lo que se pide con fe y pensando le llega más rápido al Señor; también hay que rezar el Padre Nuestro y el Ave María con mucha atención y no como loros...

Después, inevitablemente, toqué el tema que me traía atormentado: lo que sucedería en unas horas más cuando llegara mi abuelita con el Infor-me en la mano; seguro que me retaría y luego empezaría a copiarlo para enviárselo a mis papás. Además, con las notas que me había sacado, no tenía esperanzas de que la señorita Emilia me volviera a mi lugar de origen.

— Porque yo te echo de menos, Tina —le expli-

qué a mi amiga—y no me hallo sentado al lado de la Rosita. Y, lo peor, es que tú no deseas juntarte conmigo en la Caverna Encantada y novela...

— ¿Y no estoy ahora conversando contigo y tomando té? Si a mitad del segundo trimestre veo que los dos vamos muy bien en los estudios, todo volverá a ser como antes. Pero ahora debo irme, pues se me hace tarde y mi tía me dio permiso por un ratito nomás...

La Meiga se portó como plomo. Intenté ir a dejar a la Ernestina a su casa y ella dijo que bueno, pero que nos acompañaría. Así que nos fuimos por la avenida de la Victoria, con la Meiga a la zaga. Yo nunca le había preguntado a la Tina por su mamá, pues esperaba que ella lo hiciera primero; así que, como que no quiere la cosa, le dije:

— ¿Tu mamá está en la reunión del curso? ¿Cómo se llama?

La noté turbada; como estaba oscuro, no pude ver si se puso pálida o colorada. Y, de repente, se detuvo:

— Déjame aquí; para allá me puedo ir sola... ¡Gracias por las once! ¡Hasta luego, señora Meiga, estaban ricos los dulces! ¡Chao, Ernesta!

Regresé a mi casa triston. La Tina sólo hablaba de su padre... ¿Acaso don Juan Francisco sería

viudo? Para averiguarlo sólo tenía al tiempo, pues a nadie podía preguntarle... La Tina algún día me contaría qué le había pasado a su mamá. Por otra parte, yo nunca andaba contando cosas de la mía... La Tina sabía que mi mamá era muy bonita, muy hacendosa y buena para coscachearme cuando yo no le obedecía; también le conté un día que a lo mejor de Alemania llegaba con algún hermano, porque ya estaba bueno que yo tuviera un compañero para salir al fútbol o a andar en bici. La Tina, siempre tan aterrizada, me sugirió que eso ya era muy difícil, pues una guagüita tardaba mucho en crecer y para cuando tuviera edad para chutear en la cancha, yo quizás ya estaría en la Universidad. Después no hablamos más de esas cosas.

Cuando llegó mi abuelita del colegio, yo creí que sería la medianoche; no había logrado concentrarme en nada y tenía el estómago apretado con la incertidumbre y la larga espera. Tal vez se me notaba en la cara la preocupación, pues mi abuelita al poco rato me llamó a su dormitorio. No estaba enojada, sino que triste.

— Ernesto, ¿me crees capaz de enviarle a tus padres estas notas?

No contesté nada. Lo que ella acababa de decir era una perfecta interrogación literaria, que no necesita ser respondida, pues se sabe la respuesta; yo sabía bien esa materia, porque en la prueba de Castellano la profe puso dos ítemes sobre eso, que fue lo único que contesté bien. Me dio mucha

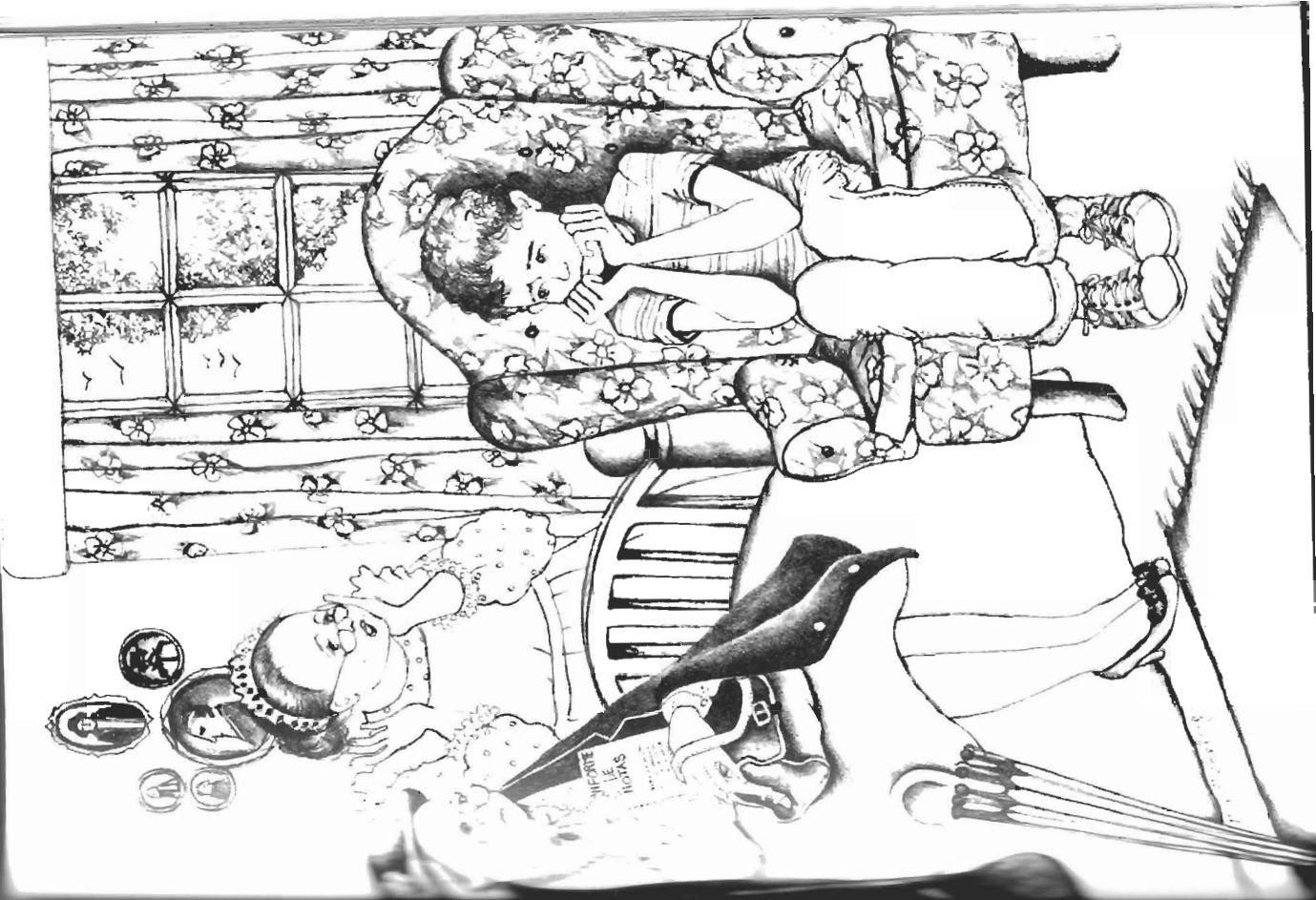
pena ver así a mi abuelita, que sólo sacó su lápiz y firmó abajito, después de las Observaciones.

— Toma, Ernesto. Entrégaselo a la señorita Emilia mañana. Tienes el resto de la noche para aprenderde de memoria las calificaciones obtenidas y meditar en lo que puso el Consejo sobre ti...

Le di un beso en la cara a mi abuelita y me fui a mi pieza más apenado que si me hubiera dado una paliza. Aun con la luz de mi lámpara cayendo sobre el Informe, el panorama de mi rendimiento se veía lúgubre; y para qué decir lo que opinaban de mí los maestros: "Es un alumno altamente capacitado que desperdicia sus condiciones; debe estudiar a conciencia para superar su actual rendimiento".

Quedé anonadado, aturdido, avergonzado. Esa noche me lavé los dientes como diez veces, para descargar la agresividad que sentía conmigo mismo: el promedio del primer trimestre conmigo llegaba al 4,4... ¡Incluyendo el 7 de Educación Física! Si me caía en el otro trimestre, hasta podría repetir año...

Al otro día, la señorita Orientadora apareció por la sala. La recibimos muy compuestos (más que mal era la primera hora) y la escuchamos. Cuál no sería mi sorpresa cuando ella justificó su presencia allí diciéndonos que venía a felicitar a los más esforzados alumnos y llamó adelante al Castrito, a la Ernestina, al José y... ¡a mí!



— Niños —nos aclaró— no siempre el esfuerzo personal se ve coronado por el éxito. Yo pido un aplauso para los alumnos más sobresalientes de este curso (y, de paso, nombró a los tres mejores), pero también pido un reconocimiento para estos otros compañeros de ustedes que trataron de superarse, que hicieron un real esfuerzo, aunque no lograran obtener las excelentes calificaciones de los otros ya mencionados.

Nunca me había sentido tan estimulado como en esos instantes; hasta ese momento siempre me habían tratado de flojo, irresponsable y bueno para nada con respecto a mis estudios. Ahora, en cambio, una persona tan importante como la Orientadora estaba reconociendo—delante de todos— que se había notado mi esfuerzo por superar mis malas calificaciones. Sobre todo, me gustó estar al lado de la Ernestina, que no se veía tan contenta como yo; estaba algo alicurca, como tris-tona. Pero después se me olvidó este hecho, ya que decidí ser más empeñoso y me puse a atender con todos mis sentidos las intrincadas conjugaciones de unos verbos auxiliares, que sólo hundían a los alumnos y no los ayudaban en nada. ¿Por qué los adultos le pondrán a las cosas nombres que confunden? No tuve ni tiempo para mirar atrás, pues me concentré como nunca en las clases que siguieron a la de Castellano.

Por suerte, en el último recreo, me pude zafar

de Mister Magú y seguí a la Ernestina. Al principio no me infló para nada, pero ante mi insistencia, se paró a escucharme:

— Oye, Tinita: ¿Qué te parece que mañana nos juntemos en la Caverna del Oso Salvaje para repasar inglés? Con el Magú no cacho ni una y se está poniendo de lo más latero y cargante. Sólo contigo creo que podré aprender... porque a ti te va bien en Inglés, ¿no? ¿Qué te parece la idea?

La vi titubear. Casi puso su boca redonda para emitir un NO, cuando cambiando bruscamente me contestó:

— Bueno. Si es sólo para estudiar, te espero en el primer recreo... Pero ahora la caverna se llama del Pirata Negro...

— ¿Desde cuándo? —le pregunté.

— Desde que mi papá conoció a un descendiente de un corsario muy remalo y que ahora se dedica a vender perlas que saca buceando...

— ¿Quién saca las perlas? No te entiendo...

— ¡Ay, Tito! Las saca el hijo del hijo del hijo del Pirata Negro...

Para no dejarla con la impresión de que estaba poco lúcido, asentí; pero la verdad es que no entendí nada. Esa noche dormí como un bendito, pues sólo deseaba que amaneciera pronto, pasara la mañana volando y llegara el primer recreo. Pero todas mis esperanzas se convirtieron en desengaño, porque mi amiga Ernestina faltó a clases.

Era la primera vez que eso sucedía y la señorita Emilia encargó de inmediato al Comité Social que fuera a visitarla para saber qué podría haberle sucedido. Para mi desgracia, yo no pertenecía a ningún Comité; en cambio el "cabeza de pollo rodailan" era el jefe del grupo de Bienestar, así que con mucha petulancia afirmó que se esperaba un plazo prudente y que, en caso de que Ernestina siguiera faltando, él personalmente iría hasta su casa a saber de ella. Si yo hubiera sido el jefe, al tiro habría ido, porque capicito que ella necesitara de algún amigo verdadero en esos momentos y no después.

Pasé una noche de perros pensando mil sandeces. A lo mejor había regresado don Juan Francisco o tal vez los extraterrestres se la habían llevado a pasear; claro que, en ese caso, habrían dejado una doble... No. Lo más lógico, según concluí, es que ella debía estar enferma. Y me la imaginé sobre un lecho rosado, con cubierta de encajes y vuelos, presa de pestes extrañas, tiritando de fiebre y delirando. Esto último me inquietó muchísimo: ¿Y si en su inconsciencia largaba nuestro secreto de la caverna, gruta o guarida?

A la tarde siguiente, para mi asombro, la Tina entró a clases con su Libreta de Comunicaciones en la mano y, con cierta vacilación, se la pasó a la señorita Emilia; la maestra leyó con mucha atención el justificativo y con una sonrisa muy, pero muy maternal, le acarició el rostro y le sonrió con

mucha dulzura. Creo que yo fui el único que observó lo sucedido, pues los cabros siempre se aprovechan de cualquier circunstancia para meter bulla y hacer desorden. Como estaba intrigado, en el recreo quise preguntarle a mi amiga qué le había sucedido, pero con mucha habilidad rehuyó una respuesta y, en cambio, me empezó a hablar de unas tareas que dieran el día que ella faltó y de un trabajo pendiente de Artes Plásticas. Resumiendo, ni entonces ni en todo el segundo trimestre logré sonsacarle palabra que no tuviera directa relación con nuestros estudios. Así las cosas, me dieron los monos y no le recordé que habíamos quedado de vernos en la Gruta del Pirata Pata de Palo o como se llamase y, como ella siguiera eludiendo cualquier tema alejado de nuestras obligaciones escolares, decidí actuar igual y me dediqué a estudiar como un fanático. Al fin y al cabo, había firmado un compromiso y debía cumplirlo.

Como la Ernestina continuara un tanto extraña, ajena a participar en las rondas durante los recreos (pues ponían unas cintas muy alegres que el único altoparlante se encargaba de difundir por todo el sector) y, a veces, no la vi con buzo, haciendo equilibrio en la punta de los pies o contorsiones con un aro, deduje que la verdadera Ernestina andaba en el planeta de los hombrecitos de cristal. ¡Sí, eso debía haber sucedido! ¿Y cuánto duraría su viaje? ¿Cómo no me avisó para haberla acom-

pañado? Y para que no me creyera de las chacras, me las ingeníé para pasarle un papelito: "Tina: Sé la razón por la que faltaste a clases, pero te juro que nadie más lo sabrá. Tu amigo Ernesto". Y a mi nombre le agregué una rúbrica muy caracoleada, parecida a la de Napoleón Bonaparte según la lámina de mi texto de Ciencias Sociales que la reproducía. Como soy algo sapo, desde un rincón estratégico vi cuando la Ernestina leyó la misiva; se puso muy, pero muy colorada. Entonces supe con certeza que ella no era mi amiga, sino su doble. Por eso mismo no la inflé mucho durante todo el segundo trimestre y eso me ayudó muchísimo a colocarme de igual a igual con los más matesos del curso. Lo único malo estaba en que no sabía yo cuándo regresaría mi amiga y en qué forma me daría cuenta de que era ella realmente, pues esa parte de la transformación no la tenía nadita de clara. Y por más que releí la novela, en ningún capítulo se hablaba de este asunto tan importante, por lo que me dije que así como había intuitido que ELLA no era ella, sabría telepáticamente cuando la verdadera Ernestina regresara. Por eso seguí más dedicado que nunca antes al estudio, contando con ansias los días que habían transcurrido sin la presencia de la mejor amiga que jamás podría tener.

EL REGRESO

Muchas cosas sucedieron durante la larga espera. Cuando la señorita Emilia entregó los nuevos Informes, mi abuelita llegó eufórica a la casa y me contó que yo había obtenido el segundo promedio más alto del curso; así que sacó una fotocopia y se la envió a mis papás. También había logrado entrar a la Brigada Verde y al Taller de Teatro, donde estaba ensayando el papel de O'Higgins, pues en el acto de Fiestas Patrias debía representar al héroe máximo de nuestra historia.

A todo esto, la señorita Orientadora nos vino a felicitar a la sala y a mí en particular, me citó a su oficina; allí, con mucho orgullo, leí que ella escribió en su libro de Compromisos que yo había cumplido. Lo único que no consideré muy justo fue que el más alto promedio lo obtuvo "la otra" Ernestina, pues uno no puede competir con poderes extraterrenales. Pero, como no podía echarla al agua, me comporté como un caballero y morí en la rueda.

Una semana antes de salir a vacaciones del Dieciocho, la profesora nos comunicó que cele-

bríamos los cumpleaños de todos los compañeros que habían nacido entre el 1 de marzo y el 30 de setiembre y que, a fines de año, sería la fiesta de los venidos al mundo entre el 1 de octubre y el 28 o 29 de febrero. Esto nos puso muy contentos, porque íbamos a tener una convivencia muy entretenida; el grupo de los no festejados éramos apenas veinte y, entre ellos, estaba el colorín-cabeza de zanahoria, que aún seguía sentado al lado de la Ernestina (yo me jajajeeaba, pues él no sabía que su compañera de banco no era la que él creía). Como el curso había juntado platita y hubo apoderadas que se cuadraron con bebidas, queques y *sánguches* (mi abuelita mandó una torta con 27 velitas, una por cada niño), nosotros nos preocupamos de los vasos, servilletas, gorros, serpentinas y globos y de traer un equipo para bailar. Esa tarde todos los cursos tenían alguna actividad social, así que por todos lados había bulla y alegría. Pero a mí me preocupaba una sola cosa: ¿Qué podría regalarle a Ernestina, a sabiendas de que la verdadera aún no estaba de vuelta? ¿O le guardaría el regalo, que compraría con mis ahorros, para dárselo después?

La noche previa a la fiesta de cumpleaños, abrí la ventana de mi dormitorio y me puse a mirar el cielo. Era una noche muy límpida, sólo con estrellas que semejabán joyas; en el aire flotaba el perfume suave de los aromos y duraznos en flor. De pronto, oí un tenue ruido, como de hojas que se quiebran bajo la pisada leve de algo o de al-

guien; agucé la vista y los oídos, pero el silencio volvió a posesionarse de la noche. Intrigado, no hice movimiento alguno; por un momento se me pasó por la cabeza la idea de que quizás andaba por allí el espectro de esa señora que buscaba a su hijo-soldado; semejante ocurrencia casi me hace entrar en pánico, pero —felizmente— en un segundo se posó sobre las plantas un ser transparente, chiquito, luminoso; como no soy nada de quedado, tomé rápidamente mis anteojos de larga vista y los enfoqué sobre el ente; tenía no más de dos centímetros, el vientre revestido de anillos amarillos que emitían una luz blanco-verdosa. No tuve duda alguna: estaba ante mí un habitante del planeta de cristal y eso sólo podía significar que me traía algún mensaje de la Ernestina; o, tal vez, se trataba de la mismísima Tina. Así que permanecí mudo, quieto y con la mente muy abierta para recibir telepáticamente cualquier comunicación del espacio. El diminuto hombrecito seguía emitiendo su haz luminoso (o, a lo mejor, debí decir “mujercita”) con intermitencias, pero no captaba nada. De repente, miré hacia el cielo y vi con estupor que una estrella rojiza caía fugaz, justo para el lado de la casa de mi amiga. No tuve dudas: la Ernestina había retornado a la Tierra.

Mucho tardé en dormirme y, en la mañana, no hallaba las horas de que empezaran las clases. Cuando llegué al colegio, me puse cerca de la

entrada; fue así como pude sorprender a la Tina con mi presencia y mi saludo:

— ¡Qué bueno que llegaste! Te estaba echando mucho de menos... ¿Cómo lo pasaste por esos lados?

Como me mirara algo desconcertada, le añadí:

— Yo no le he contado a nadie sobre lo que te ha sucedido; es un gran secreto entre los dos. Pero tendrás que hablarme cómo es el planeta de cristal y cómo viven allá los enanitos de vidrio... ¿Trajiste algún recuerdo? ¿Fuiste con tu papá? ¿Qué te parece que después de la fiesta de cumpleaños nos juntemos en la gruta para conversar?

En ese instante tocaron la campana, pero ella alcanzó a decirme que bueno. Yo quedé fascinado, pero lo único que lamenté fue que con tanta novedad había olvidado traerle un regalo que le tenía en casa. Entonces, decidí ir a la biblioteca y allí, en silencio y con calma, le escribí mi primera carta:

Mi querida amiga Ernestina:

No te extrañes que hoy sólo te envíe esta pequeña flor, porque en casa te tengo un recuerdo que espero te gustará; me alegro de que estés de regreso, pero no te vuelvas a ir nunca más sin avisarme. ¡Feliz cumpleaños!

Y puse mi firma napoleónica; luego, el señor bibliotecario me regaló un sobre y yo puse en él mi carta y el pequeño botón de rosa que había corta-

do, disimuladamente, del jardín delantero de la escuela, pues si me pillaban los "verdes" me habrían acusado al profe de la brigada ecologista.

Nunca había estado yo en un cumpleaños con tantísimo festejado; como allí no regían las normas de la sala de clases, me senté al lado de la Tina y la atendí tanto que hasta le pasé doble ración de torta sacrificando mi parte; el más contento era el Gálvez, pues comió como contratado. La Yanet recitó, el Carlitos cantó acompañándose de guitarra y el Magú se atrevió a imitar al Michael Jackson; después de aplaudirlos muchísimo y entonar a coro el "cumpleaños feliz te deseamos a ti", la señorita Emilia tomó la palabra por un ratito y nos dijo unas palabras tan bonitas, que casi hicieron llorar a las niñas:

— Tener un año más de vida es asumir una nueva responsabilidad, porque no sólo se está creciendo física y biológicamente, sino que se debe crecer espiritualmente. Cada cumpleaños es un tramo más en el proceso de llegar a ser persona; la vida es como una escalera que no siempre tiene pasamanos para apoyarse y, a menudo, los escalones son frágiles, tienen rugosidades que hieren... pero hay que seguir intentando subir con fe, con empeño, porque al final de ella espera el premio al esfuerzo: la conciencia tranquila del deber cumplido... y, porque desde lo alto, podemos ayudar a subir a quienes aún van haciendo el camino. A cada

niño y a cada niña que durante este año cumplió un año más de vida, le deseo que Dios le bendiga y que por sobre los regalos materiales, le dé la oportunidad de superar etapas, de tener la voluntad de ser mejores cada día, de olvidar rencores y malentendidos y apreciar lo maravilloso que es estar vivo, con ojos para ver tanta belleza que nos da gratuitamente la naturaleza; con tacto para agradecer a un pequeño, para besar al papá o a la mamá si aún los tienen cerca; con piernas sanas para correr y jugar; con la mente normal para aprender y sobre todo, con el corazón puro para dar amor a los demás... Y ahora, niños, junten sus manos y cantemos todos la canción que aprendimos en clases: "¡Escucha hermano la canción de la alegría, el canto alegre del que espera un nuevo día...!"

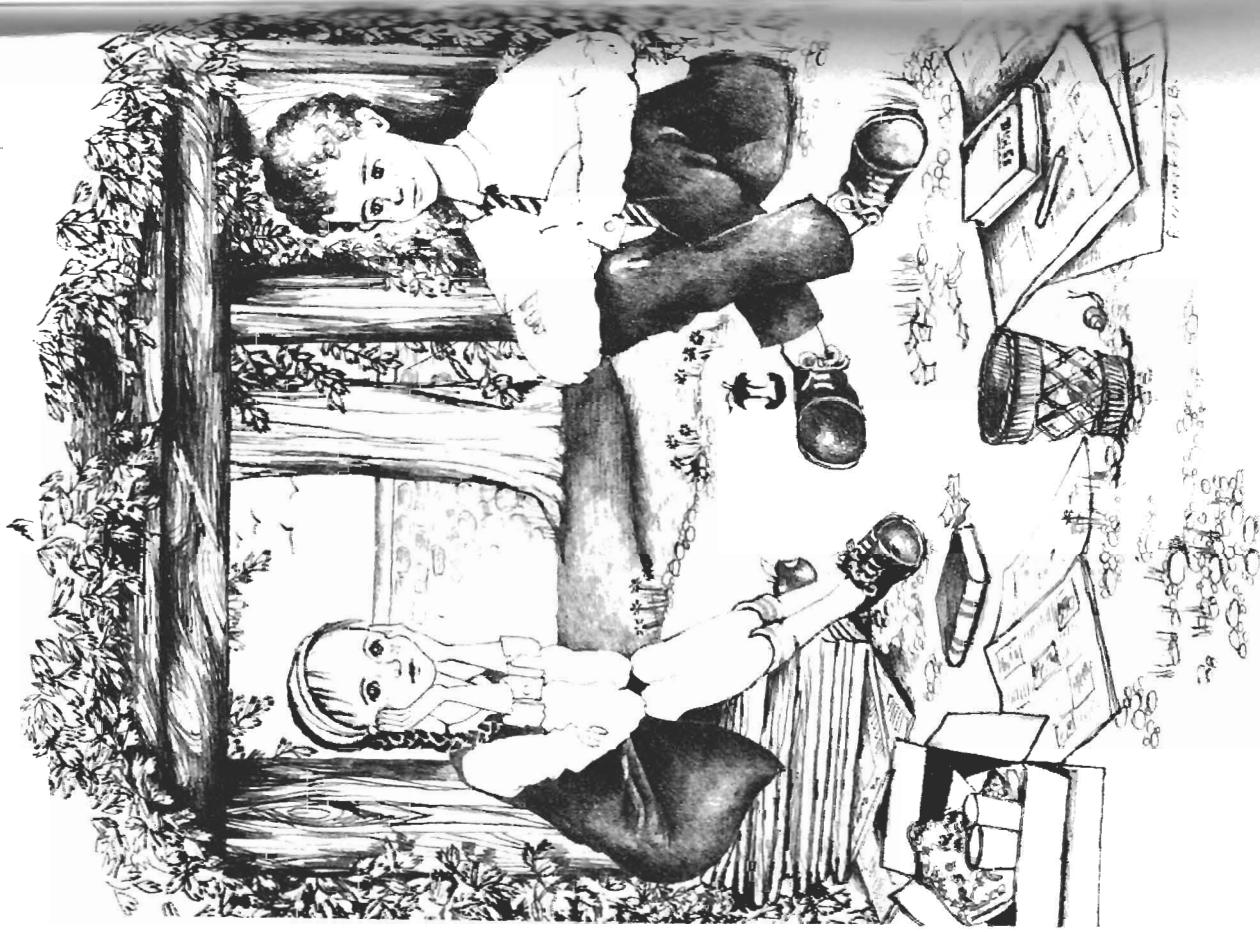
Esa tarde, acompañé a Ernestina hasta el final de la avenida. Se había prendido sobre el delantal el botón de rosa, que tenía el mismo color de sus mejillas, y los pétalos se veían tan suavecitos como debía serlo su piel morena. Íbamos contentos, relajados y a cada rato nos atropellábamos para hablar. Nos separamos en la esquina y la valedarse hacia su campito, cerca de los cerros, por allá donde hay ganado y andan cuatrerros. Pero eso no me preocupó, pues tenía la seguridad de que los seres extraterrestres la estarían protegiendo.

A la tarde siguiente, llegué a la escuela con mi

regalo envuelto en un papel cualquiera por encima, pero debajo con uno muy elegante que me dio mi abuelita; porque con ella fui a comprárselo. Saqué de mi cuota mensual, durante tres meses, doscientos pesos y con otros que me prestó "a cuenta" la Meiga, pude comprarle a la Tina el paraguas más bello que alguien pudiera imaginar: celeste de fondo, como si fuera el cielo, y rociado de diminutas flores rosadas, blancas y lilas. Aunque ya no parecía que podría llover, me dijo mi abuelita que eso no importaba, pues tenía la posibilidad de usarlo como quitasol si iba a la playa. La Ernestina, cuando recibió el paquete, no se atrevió a abrirlo, porque los chiquillos quizás qué pensarían. Así que al otro día, siempre con disimulo, me anunció:

— Oye: a las diez te espero en la Caverna del Pirata...

Y así fue. Me di cuenta de que ella había ido sola regularmente, porque estaba todo muy ordenado y, sobre un cajón azuquero, había puesto un pañito tejido al croché; sobre el piso de tierra, una alfombra desteñida y algo apolillada nos daba la impresión de estar en un salón muy acogedor y bonito, rodeado de plantas. Allí, muy emocionada, me agradeció el paraguas-quitasol y me expresó que lo usaría toda la vida y que lo estrenaría muy pronto, en el paseo que haría el curso a Cartagena. Esos quince minutos bajo el piso del



Parvulario fueron el retorno a una época muy feliz, porque ya nunca más dejaría perder por mi flojera los momentos tan gratos que pasaba con mi amiga.

Como ya teníamos el buen hábito de estar atentos en clases, de traer bien hechas las tareas y, en general, de cumplir con todos nuestros deberes escolares, la señorita Emilia trasladó a la Ernestina al puesto de la Rosita y ésta, muy confundida, fue a parar —es decir, a sentarse— junto al gigantón pelirrojo. Esto fue muy, pero muy estimulante para ambos pues significaba que nuestros profesores tenían confianza en nosotros; y para la Ernestina y yo eso era la oportunidad para seguir demostrando que éramos responsables. Así que en clases sólo atendíamos y participábamos muy entusiasmados, ya que cada día las materias nos parecían más fáciles y entretenidas. Así las cosas, en el primer recreo nos juntábamos en nuestro secreto refugio. Allí empezó la Tina a contarme su aventura, aunque no logré entender la razón por la que me pidió que le explicara primero cómo había imaginado que ella andaba en otra galaxia. Le contesté —con un dejo de superioridad que no pude evitar— que fue simplemente un asunto de deducción: como jamás faltaba a clases, llamó la atención que ese día no asistiera; luego, cuando había pasado el justificativo a la profesora, había observado que no era la misma, pues estaba más pálida, como cohibida; y, después, había evitado

hablar del asunto; por otra parte, no se había puesto el buzo, no había hecho ejercicios gimnásticos a los que era tan adicta ni había jugado a la ronda de “la niña María andaba en el bosque”. Con todos esos datos, producto de mi sentido de la reflexión, no me había sido difícil sacar la conclusión de que esta colegiala era sólo una doble...

Me sentí inflado con la mirada de admiración que me prodigó la Tina, aunque de nuevo me desinflé cuando ella con su peculiar afición por los juramentos, me obligó a ponerme la mano en el pecho y a hacer el signo sobre los labios. Con eso, ella empezó a relatarme su singular paseo...

“La noche antes al día en que falté a clases, aparecí en la ventana de mi pieza un hombrecito como hecho de una gasa brillante; era tan requetichiquito que apenas se la ganaba a una abeja... se comunicó conmigo sin palabras y me contó que mi papá estaba visitando su planeta y que él deseaba verme... Así que yo no vacilé en decirle que me gustaría viajar y, de paso, conocer otro sistema solar. Y ¡punicataplum chinchín!, que en un ¡jésús! me vi volando entre las estrellas azules, dentro de una cápsula que repentinamente me cubrió entera; a través de ella podía ver millones de luceros viajando en el espacio a tanta velocidad que semejaban estar inmóviles; el ser cristalino había crecido, o yo me había achicado, pero éramos de una misma estatura; él me indicó cómo la Tierra se alejaba en el universo. Como yo pensara qué

iría a decir mi tía o mi abuelita al no verme en casa, él se acordó de que era necesario dejar a otra Ernestina y en un santiamén me metió en una especie de refrigerador —como ésos que venden en las grandes tiendas y que salen en las revistas a precios muy altos— y apretó un botón amarillo; al tiro salió otra niña igualita a mí y la sacó al exterior, metida en otra cápsula. Para verificar que todo andaba bien, se puso unos lentes como conos metálicos y miró hacia Maipú. Como entendiera que yo me moría de curiosidad, me los pasó y yo pude ver a mi doble haciendo las mismas cosas que acostumbraba yo, aunque con cierta calma, menos acelerada. Y no me vas a creer, pero te vi a ti y a todos los compañeros y eso fue muy entretenido. Tranquila, porque allá abajo seguía yo cumpliendo mis deberes y en mi casa no me echarían de menos, seguí disfrutando de mi viaje interplanetario. De repente, le pedí al guía que nos devolviera ramos; le expliqué que era preciso ir a buscarte, que tú eras mi mejor amigo y que estabas muy interesado en conocer otros mundos. El peque me informó por telepatía que eso no podía ser, pues mi papá había pedido verme sólo a mí. Por eso no insistí en venir a buscarte, Tito; para otra vez será... Yo iba fascinada en mi vehículo espacial, dentro de esa cómoda y frágil esfera, desde la cual podía ver casi todo el universo. No necesitaba formular preguntas en alta voz, pues con sólo pensarlas recibía respuesta a mis inquietudes; fue

así como me enteré de que el tiempo de ellos no es como el nuestro; es como si en ese mismo instante en la casa tuya fueran las ocho de la mañana del 7 de agosto de 1989 (por poner un ejemplo, no más) y en esos mundos fueran las ocho de la mañana del 7 de agosto del año 3000. Claro que yo te invento las fechas, porque no hay calendarios ni relojes; también son muy rápidos para desplazarse: mientras tú te demoras 30 minutos en llegar en micro a la estación del Metro Las Rejas, yo había pasado la Luna y una porrada de satélites grises, blancos y verdosos; por eso es muy difícil comprender estas cosas. Supe, también, que hay mundos habitados por seres creados por el mismo Dios y que hay una galaxia enterita dedicada a recibir a todos los que se mueren en la Tierra, porque en cada planeta —que son miles— se juntan los malos, los que fueron santos, los héroes, las dueñas de casa, los niños, los pescados, gatos y perros, es decir, que por allá cada especie vive unida en un solo lugar; y entre los seres humanos se separan de acuerdo a cómo fue su vida. Me contaron que los bandidos están con todos los malvados y entre ellos lo pasan tan mal que solitos han decidido portarse bien; los ladrones se robaban tanto los unos a los otros que también se han vuelto honrados. Como yo nunca he tenido reloj pulsera, no supe cuántas horas habían pasado desde que partimos; así que me puse los conos de metal y atibé para el colegio;

estos lentes tan poderosos me permitieron ver que ustedes estaban apenas en la segunda hora de clases del mismo día (en el calendario que la señorita Emilia tiene colgado en el muro, ella había puesto el adhesivo rojo acostumbrado y por eso lo supe); y la hora fue fácil saberla en el reloj grande de la Inspectoría General; fue muy rico verme sentada al lado del Capitán Rojo y a ti afanado resolviendo un ejercicio de conjuntos; el Ubilla, escondido, saboreaba un chupete y el Magú estaba haciendo la tarea de Naturales; la Yanet hacía monitos y la Chepa estaba leyendo escondida “El hombre de la rosa”, porque tenían control a la última hora. Aproveché para mirar hacia mi casa y vi cómo pasaban por el puente nuevo de La Farfana tres señoras con paquetes, dos niños y un hombre vendiendo cochayuyos a grito pelado como si estuviera en la feria; mi casa se veía linda, con el Acordeón ladrando como si viera fantasmas... El extraterrestre me explicó que los animales y aves son muy sensibles a todo fenómeno anormal y que mi perrito no era una excepción; contemplé cómo mi abuelita estaba lavando en la artesa el delantal que yo había ensuciado con pasta el día anterior y que mi tía estaba sacándole brillo a las ollas... Pensé que si yo apenas era una niña con suerte y podía ver tanta cosa y a tanta gente, eso y muchísimo más podía hacer el Tata Dios; así fue como entendí el poder de Él para saber lo que pensamos, sentimos y hacemos: le basta una sola

mirada y sabe hasta lo que está soñando el presidente de los Estados Unidos o haciendo un pingüino en la Antártida...”.

Cuando la Tina llegó a esta parte, nos dimos cuenta de que no habíamos escuchado la campana y que estaba empezando a oscurecer. Nos miramos muy asustados, porque en la sala nos habrían echado de menos y tendríamos que dar una explicación al capeo. En menudo lío nos habíamos metido; entonces le sugerí a la Tina que invocara a los enanitos de cristal para que nos salvaran... Pero parece que no me escuchó, con lo asustada que estaba. Al final, ella me dijo que debíamos ir a la sala directamente, decirle a la señorita Emilia la verdad: que conversando no nos habíamos dado cuenta de la hora. Pero yo tuve una idea genial: ir a la oficina de la Orientadora y pedirle consejo, sin contarle nada del escondite. Y así lo hicimos, después de esperarla un buen rato; con su blanca sonrisa que le hacía juego con su cabeza canosa, nos preguntó sobre qué asuntos hablábamos y que dónde habíamos estado como para que ningún inspector de patio nos hubiera visto. Entonces la Ernestina, con una tupé seguramente adquirida en el planeta de vidrio, le dijo la verdad:

— Señora, yo le estaba contando al Ernesto de mi viaje en una esfera para encontrarme con mi papá en un lejano mundo intergaláctico, habilitado por seres muy pequeños y transparentes; y, para que no nos pillaran, nos fuimos

como otras veces a la gruta encantada que está...

— Está bien, niños, no sigan... entiendo que esa aventura espacial los hubiera entretenido demasiado, pero que no se vuelva a repetir. Yo los acompañaré a la sala...

Y la buenísima señora nos llevó de un ala y le explicó a la señorita Emilia que ambos estábamos con ella en la oficina de Orientación. Así, sin mentir, diciendo sólo la verdad nos fue bien. Pero como no hay que tentar a la suerte, los dos con la Tina decidimos no ir a la caverna durante el resto de la semana; pero ella tuvo una idea que no me gustó: había tomado la determinación de no contarme más su historia, porque la iba a escribir como el capítulo final de su famosa novela, así que para conocerla tendría que esperar como un siglo o un año, según el tiempo de los seres del espacio el mío.

Fue así como el regreso de mi amiga volvió a traer para todos los que la queríamos, especialmente para mí que sabía de su ausencia tan larga, la certeza de que como ella no había otra en todo Maipú o en todo Chile. Y por creerlo así, en la votación secreta que hicimos en el curso para elegir a la mejor compañera o al mejor compañero, ella sacó ¡42 votos! Yo obtuve uno solo, el Juanito sólo cuatro. Estoy seguro de que la Tina votó por mí y eso me hizo sentir muy orgulloso.

EL FIN DE CURSO

Cuando vino a visitarnos mi tía —acompañada de mis hermanas— recién me di cuenta de que el año se estaba terminando. Mi primo Quico se graduaba y nos venía a invitar a la ceremonia, con birrete, capa y diplomas a destajo, como se acostumbra en cualquier colegio norteamericano. Yo quedé patético, pues imaginé en un segundo que dentro de dos o tres semanas tendría que alejarme de mi escuela, dejar a los compañeros y —sobre todo— ya no vería a la Ernestina a diario. Como mi abuelita notara mi expresión circunspecta, para alentarle le contó a la tía que yo estaba convertido en un excelente alumno y que, como premio, seguramente pasaría las vacaciones de verano en Alemania; mis hermanas, más locas que nunca, aprovecharon para contar cuán contentas estaban de poder viajar a Europa, porque el premio —al parecer— las incluía. Hasta ese minuto, yo no tenía la menor idea de los proyectos de mis papás, pues en sus cartas me mandaban más cariños y buenos consejos que noticias; quedé petrificado y, en un santiamén, me vi vestido con pantalones

cortos de cuero, sombrero con pluma y contestando a los saludos con una venia muy germana. Esa tarde de domingo fue la peor que pasara en muchos años, ya que ni siquiera me entretuve andando en bicicleta con los cabros del frente, que estaban en el Instituto Nacional, y que se creían lo máximo por tener dos años más que yo, aunque teníamos la misma estatura.

Dentro de mañana desgracia, como era el viaje, tuve un día realmente extraordinario: el miércoles en que fuimos a Cartagena. La señorita Emilia se consiguió un micro y partimos a las siete de la mañana desde la puerta del colegio; acompañándonos iban nada menos que cinco profesores más y, como el vehículo se hiciera estrecho, nos sentamos de a tres; por supuesto que le cedí a la Tina la ventanilla, yo me quedé apretujado al medio y a mi izquierda se acomodó el Carlitos con su guitarra, pues necesitaba espacio para tocar. Llevamos tanto comistraje que pensábamos al principio que nos sobrarían sus cinco canastas, pero nos equivocamos: el aire marino da mucho apetito. Mi abuelita, hasta cuando el chofer había puesto primera, no dejaba de recomendarme que tuviera cuidado, que no me asoleara, que me pusiera la gorra con visera, que no me metiera al agua a nadar... Por suerte la señorita Emilia la calmó, diciéndole que personalmente se preocuparía de mí. En esos momentos envidié a los demás chicos, pues ninguna mamá o pariente vino a aconsejarlos.

Fue un trayecto de lo más alegre. Cantamos hasta quedar roncos y cuando avistamos el hilo azul de la costa, observé cómo se le agrandaron a la Ernestina sus ya inmensos ojos negros; después me enteré de que la mayoría de los niños no conocía el mar. Esta realidad me puso cabizbajo, porque nunca imaginé que alguien no hubiera ido jamás a la playa... Nosotros —los del otro colegio— cada lunes nos poníamos a conversar dónde habíamos pasado el *guiñén*, si en Reñaca, en Papudo o en Algarrobo y hasta teníamos dos compañeros que fueron a veranear a la Costa Azul, la verdadera, ésa que está al sur de Francia. Me puse a mirar a los chicos y vi cómo disfrutaban chapoteando en la orilla, porque el día se había puesto muy frío y no dieron permiso para andar en traje de baño; felizmente al profe de Educación Física se le ocurrió organizar actividades y eso me distrajo de pensamientos tristes; lo que más nos entusiasmó fue la competencia de edificios de arena, pues habría un premio único de ¡quinientos pesos! donados por la señorita de Artes Plásticas. Como las mujeres son muy especiales, se apartaron de nosotros; la Yanet, que es tan parada, se puso de “sapa” para que nadie pasara a husmear en lo que ellas estaban haciendo; esta actitud tan infantil de las chicas me picó, sobre todo cuando dividí a la Ernestina haciendo una masa y arman-do algo que semejava un torreón. Así que arengué a los cabros, que andaban por allí jugando, y los

persuadí de que nos uniéramos para construir una ciudad espacial. Cómo sería de convincente, que hasta el Capitán Rojo se entusiasmó y, olvidando resentimientos, nos pusimos a trabajar como contratados acarreado palitos, huiros, conchas y otras menudencias; si bien el Magú asumió de jefe, la revelación fue el chico Ubilla que resultó super capo en eso de trazar las bases y guiar la construcción de Selené. A la hora prevista, el profe tocó su pito de árbitro y le pidió a tres personas que andaban por allí mirando lo que hacíamos, que fueran tan amables de examinar lo hecho y dar su veredicto; con esto, se juntó más gente; las niñas habían hecho un castillo muy bonito, pero los jueces hallaron más original la capital de la Luna y nos declararon vencedores. Se armó un tremendo barullo, todos aplaudieron a rabiar y cuando la señorita le pasó al Magú el billete, éste —sin consultar a nadie— dijo que el grupo que él dirigía donaba ese dinero para la Teletón. Decir esto y taparnos a aplausos fue todo uno; pensamos que si bien el Magú se mandó las partes, estuvo muy acertado y ninguno de nosotros lo echó al agua. Pasada la euforia, me acordé de la Ernestina y me di cuenta de que estaba sola, caminando por la playa; al parecer, ella no participó de la alegría general y —por la cara que tenía— creí saber la causa. Así que, queriendo consolarla, le comenté que no siempre podía esperar ganar, pues otras personas también hacían cosas buenas. No alcancé

a decir más, pues me dio un coleo que decía a las claras que se había enojado. En eso, el profe nos llamó con un silbato para invitarnos a trotar a patita pelada sobre la arena mojada; y como algunos reclamaban, porque querían meterse al agua, les contestó que primero había que entrar en calor; y cuando el Capitán Rojo sugirió escalar los roqueríos, lo que realmente nos entusias mó, saltó la señorita Emilia y aclaró que esa parte no estaba contemplada en el programa. Como había varias opciones —siempre y cuando no nos alejáramos de los grupos— decidí seguir a la Ernestina que iba caminando en sentido contrario al de los compañeros que decidieron trotar. Me fui detrás de ella, pisando sobre las huellas que dejaban sus pies; de repente, ella se volvió; yo creí que me iba a echar, pero me sorprendió cuando me dijo muy afligida:

— Oye, Ernesto, tienes razón; me gusta ganar y ser así como soy no es bueno...

Justo cuando ya veía que se iba a poner a llorar, vino una ola más grande que las anteriores y, aunque arrancamos, nos mojó los *yines*; esto nos dio mucha risa y para orearnos un poco, decidimos caminar juntos; y después echamos una carrera loca cuando nos pareció escuchar el pito llamándonos. Esta vez traté de correr al ritmo de ella y por eso llegamos al mismo tiempo; no quise achuncharla ganándole, pero tampoco dejé que la Tina me venciera, pues eso no habría sido bueno

para ella. Por suerte alcanzamos al reparto de café caliente y rico pan de huevo. Cuando menos lo esperábamos, el sol se chantó en el cielo y todas las nubes desaparecieron; así que nos metimos al mar, justo donde revientan los tumbos altos como montañas; lo malo fue que ni un solo minuto los profesores dejaron de vigilarnos, así que no pude lucirme con mis cabriolas acuáticas y no me sirvió de nada haber llevado mis aletas de goma y los lentes protectores. Cuando me salí del agua, vía la Tina sentada sobre la dorada arena, protegiéndose bajo el paraguas-quitasol que yo le había regalado...

Esa tarde regresamos felices y cansados, pero tuvimos ánimo para seguir cantando durante todo el trayecto. Algunos venían colorados como jaibas, otros traían cochayuyos y bolsas con conchas y no faltaron las chiquillas que, disimuladamente, se empezaron a aceitar la cara con un líquido bronceador que les prestó la Yanet, quien les aseguró que el betún ese les daría un tono hiper salvaje... Fue un día muy feliz. Y más felices quedamos cuando la idea del Mister Magú fue conocida en el colegio y a todos los alumnos les dio por colaborar para la Teletón. Como los quinientos pesos nos parecieron insuficientes, acordamos en el Consejo de Curso no hacer la fiesta de los cumpleaños pendientes y donar la platita para los que necesitaban rehabilitación. Así que en la despedida de fin de año sólo nos entretuvimos can-

tando, recitando y pasándonos los cuadernos para que cada compañero nos dejara escrita una dedicatoria. Se me cansó la mano de tanto escribir, pero era una idea muy buena: así cada uno tendría un recuerdo de todo el curso. También dejamos limpia la sala, enceradita y con los vidrios brillantes, pues allí sería la entrega de los Certificados. A todo esto, no me había atrevido a contarle a la Tina que yo me iría de viaje; decidí que era mejor no echarle a perder la Pascua y que tal vez antes del Año Nuevo, podría ir a verla para decirse lo. Porque era muy importante saber dónde vivía y tener muy clara su dirección, pues pensaba enviarle tarjetas postales todas las semanas de todos los lugares que visitara en Alemania.

Pero el hombre propone y Dios dispone. ¿Cómo iba a imaginarme que el día de la entrega de los Certificados sería el último y que pasarían tres largos meses antes de volver a ver a mis compañeros y, particularmente, a la Ernestina? Mi abuelita quedó muy conmovida con mis buenas notas y, sobre todo, por haber sacado certificado blanco, porque en la Antigüedad —cuando ella estudiaba— se lo daban de ese color sólo a quienes eran promovidos, celeste a los porros que quedaban con exámenes para marzo y amarillo a los que repetían año.

Por suerte esa tarde alcancé a conversar harto con la Tina, pues pudimos arrancarnos una media hora a la caverna; ella la había desmantelado y

apenas quedaban atados de “Mercurios” y un mantel plástico.

— Este otro año —me explicó— si los dos seguimos en esta escuela, arreglaremos mejor nuestro escondite. Ahora no conviene dejar nada que delate nuestra presencia aquí.

A mí me dio un poco de tristeza, pues ese lugar se había convertido en una especie de segunda casa y dolía verlo casi vacío. Pero la Tina siempre estaba acertada en lo que hacía, tal vez por ser mujer y saber cómo llevar las cosas de la casa. Así se lo dije y ella se sonrojó. También le pedí que me diera su dirección para escribirle durante las vacaciones. Pero se me corrió:

— Yo te escribiré primero... Es muy posible que venga mi papá y me lleve a algún lugar lejano... Como yo sé dónde vives, te escribo y en esa carta te mando mi dirección...

Como mencionara a su papá, me aproveché y le pregunté si también su mamá los acompañaría. Se quedó callada. Demasiado callada y no me atreví a insistir. Pero cuando ya no esperaba respuesta alguna, me contestó:

— Ernesto... yo... yo no tengo mamá...

— ¿Murió?

— No lo sé. Supongo. Ella se fue cuando yo era muy, muy chiquita... Y mi papá salió a buscarla por todo Chile y, como no la encontrara, empezó a viajar por todo el mundo... A lo mejor

algún día la halla y me la trae de vuelta y así seremos muy felices los tres.

— Tina, —se lo dije muy afectado— te juro que nunca, nunca, le diré a nadie lo que me has contado...

— ¡Gracias, Tito! Pero no importa ya; acá en el colegio lo saben los profesores y algunos niños, pero ellos nunca tocan el tema. Por suerte tengo a la tía y a la abuelita, que es requetebuena... Ellas me cuidan y me quieren. ¿Sabes? Me gustaría tener una mamá como la del soldado español que hasta hoy sale a buscar a su hijo; claro que una mamá viva. Pero quizás la mía no lo esté, porque alguna vez tendría que echarme de menos y me habría buscado para verme o llevarme con ella.

Y mi amiga, siempre tan fuerte y serena, se puso a llorar silenciosamente. Esa pena callada me dolió muchísimo más que si hubiera gritado; así que de nuevo saqué mi pañuelo, se lo pasé por las mejillas y le pedí en voz baja:

— Oye, Tina, no llores... No te pongas así; yo sé que tu papá encontrará a tu mamá y si él no se la puede, ¿por qué no les pedimos ayuda a los hombrécitos transparentes? ¿Cómo no se te ha ocurrido que ellos pueden ayudarte?

La Ernestina, aún con la cara mojada, se sonrió y reconoció que era una buena idea. Después nos fuimos a la sala y nos despedimos con un aleteo de manos. Yo creí, en ese momento, que antes de

Navidad nos volveríamos a ver. Pero nada sucedió como yo pensaba.

Al otro día, mi abuelita —misteriosamente— me hizo levantar muy temprano, llamó un taxi y echó en la maletera mis cosas. En vano le pregunté que para dónde íbamos, temeroso de que me fuera a embarcar en un jet. Pero no le sonsaqué nada y sólo me contestó con evasivas:

— ¡Ya lo verás! ¡Ya lo verás!

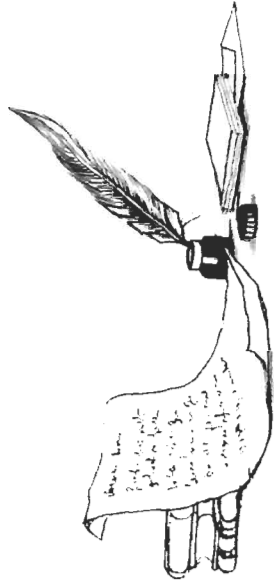
Lo que vi fue que atravesamos todo Santiago y enfilamos para Las Condes y llegamos a mi casa. Salieron mis hermanas muy alborozadas, aunque yo no entendí la causa de su alegría, pues nunca se avinieron mucho conmigo. Cuando entraba al living, malhumorado, me encontré con mi papá y mi mamá que me estaban esperando. Allí se me olvidó todo y sólo supe que me sentía feliz, muy feliz, de poder abrazarlos, besarlos y que ellos me quisieran tanto, tanto.

Antes de Navidad, nos fuimos todos a la casa de la playa y nos quedamos junto al mar todo el verano. Le escribí tres cartas a la Tina a mi dirección de Maipú, para que la Meiga averiguara dónde vivía y se las entregara. Pero nadie sabía cómo poder ubicar a la Ernestina.

Mis papás volvieron a Alemania —es decir, primero partió mi papá y mi mamá lo hizo mucho después— pero, antes de irse, acordaron que yo continuara en el mismo colegio por un año más. Y, por primera vez en mi larguísima vida, yo no

hallaba las horas de que llegara marzo, aunque lo pasé muy bien regaloneando con mi mamá y mis dos abuelitas.

Cuando miraba el mar, me venía el recuerdo de ese inolvidable paseo a Cartagena; también me di tiempo para observar el cielo por si alguna esfera de cristal me traía noticias de mi amiga Tina o de don Juan Francisco. Pero en todo ese verano, nada más sucedió.



DE NUEVO JUNTOS

Ese día de marzo todo fue radicalmente distinto al de un año atrás. Como había crecido y engordado un poco, me compraron un uniforme corriente nomás y ya no me veía tan pirulo; el bolsón era el mismo, sólo que frotado y libre de mugre; los zapatos sí que eran buenos, a prueba de niños. Pero lo único que deseaba era ver a mis compañeros y, en especial, a la Ernestina. El horario de clases había cambiado y entrábamos antes de las ocho; estábamos en un curso superior y ya no había cabros chicos. Pese a eso, mi abuelita me fue a dejar. En el camino me encontré con el Carlitos, que estaba más moreno y se veía muy raro con el pelo casi cortado al rape; a él le gustaba el cabello largo, pues decía que los artistas no deben andar como los demás; también nos dimos un semibrazo con el chico Ubilla, el John González y la Yanet Pérez; ésta venía con chasquilla y muy seria. Ya en el patio, empezamos a reconocer a otros compañeros; el que más había cambiado era el Mister Magú, pues estaba tan alto y flaco que parecía un serio competidor para el Capitán Rojo, que se veía

casi retaco a su lado; el Juanito Castro, siempre bajito y oloroso a menta, traía sobre el labio superior una especie de suave bigotillo; la Rosita, ¡quién lo hubiera imaginado!, estaba como con veinte kilos menos y se veía tan distinta que casi nadie se dio cuenta de quién era. La señorita Emilia apareció de repente, nos llamó a un lado para explicarnos que ella sólo sería nuestra Profesora Jefe y nos daría clases de Castellano, porque tendríamos profesor diferente para cada asignatura. Cuando tocó la campana y nos formamos, aún no llegaba la Tina. Nos pusimos muy serios cuando por micrófono nos dieron la bienvenida y anunciaron el himno patrio; una alumna de las grandes se paró en la plataforma y con voz firme nos dijo que ella dirigiría nuestra hermosa Canción Nacional, pero que todos deberíamos colocar nuestra mano derecha sobre el corazón y cantar con entusiasmo. Por los altoparlantes se oyeron los acordes y todos cantamos muy emocionados. Después nos habló el Director, tres niños tocaron la flauta travesa y luego... ¡allí estaba la Ernestina! Muy serena, segura de sí, hizo que le bajaran el micrófono y habló en nombre de los alumnos que cambiaban de jornada e iniciaban una nueva etapa de mayor responsabilidad. Tan impresionado quedé con la sorpresa, que no comprendí todo lo que expresó, pero debió estar muy bien, ya que la aplaudieron muchísimo. Después vino la rutina de leer las listas, asignar las salas, etc. Todos salta-

mos de gusto cuando supimos que teníamos la misma sala, así que olvidándonos de las recomendaciones subimos a toda carrera las escaleras y nos apropiamos de los bancos que considerábamos mejores. Tuve la mala ocurrencia de sentarme en el mismo que había tenido el año anterior y reservé el vecino para la Ernestina; y cuando ella entró, muy calmada, sin mirar para ningún lado, se sentó en el primer banco, frente al escritorio del profesor!... Y, lo que nunca hubiera imaginado, un cabrito nuevo, rucio deslavado, llegó y ocupó el banco al lado de mi amiga; y, para desgracia mía, junto a mí quedó el Capitán Rojo.

Las dos primeras horas de clases fueron infernales, hasta que la señorita Emilia, casi al filo del recreo, ordenó algunos cambios:

— A ver, a ver... Tú, Gutiérrez, estás muy alto así que te sentarás atrás con Rojas. Y para que el hábito de ser disciplinados y estudiosos no se pierda, tú Ernesto te volverás a sentar con Ernestina... Y Ubilla se sentará con...

Hizo otros movimientos; debo aclarar dos cosas: que el Gutiérrez no era otro que Mister Magú y Rojas, el Capitán Rojo; en cuanto oí tan bella orden, me faltaron piernas para obedecer al tiro. Justo tocaron la campana y salimos a gozar de nuestro primer recreo.

Pero fue tal el gusto de volver a vernos, de saludarnos y contarnos cosas, que apenas pude decirle a la Tina que en el próximo recreo la

esperaría en la Gruta Encantada. Estábamos, también, muy impresionados pues nos había tocado la primera clase de Francés con un profe muy, pero muy alto y agradable; dijo que le llamáramos *mesié* Farré y que aprender un idioma nuevo estaba al alcance de todos y que él nos facilitaría el aprendizaje si estábamos atentos y seguíamos sus indicaciones; nos gustó el *mesié*, porque sacó de un estuche una armónica y nos tocó una melodía que algunos habíamos conocido de chicos; después escribió en el pizarrón la letra, con una caligrafía muy bonita, subrayando algunas palabras. Para asombro nuestro, entendimos casi todo lo que él escribió y eso nos hizo sentirnos harto bien. Cuando lo comenté con mi abuelita, ella se sonrió y cantó un poquito el "Père Jacques". La Ernestina —porque al fin nos vimos en el refugio— se veía impactada por la simpatía del maestro nuevo y me confesó que no podíamos defraudarlo y que tendríamos que ser los mejores alumnos en su asignatura; lo malo es que más tarde se entusiasmó con el profe de Matemáticas, de barba canosa, parecido a uno de los Apóstoles y comentó que era necesario que fuéramos los más aplicados en ese ramo; lo peor no había pasado: encontré fascinante al profe de Música, encantador al de Ciencias Naturales y "del otro mundo" al viejito de Historia, que sabía una barbaridad y —había que reconocerlo— era simpaticísimo; felizmente los otros que nos hacían clases pertenecían al dulce grupo de las da-

mas y yo me aproveché para poner por los cielos sus dotes. El Quico, mi primo que ya cursaba el primer año universitario, comentó un día en la mesa que todas las chiquillas sienten una natural atracción por sus profesores hombres como una proyección de su afecto paterno; yo lo digo con sus propias palabras casi, aunque estoy seguro de que en el caso de la Tina era sólo una excusa para justificar que teníamos que continuar siendo super capos en todas las asignaturas. Ella amaba demasiado a su padre como para verlo en sus maestros. ¡Ah! Olvidaba contar que el nuevo profe de Educación Física era muy maceteado, alegre y buenazo para hacernos sudar la gota gorda; el otro profesor, al que queríamos tanto, seguía haciéndoles clases a los peques de la tarde. Nosotros estábamos considerados como los más chicos de los grandes, por ser los menores de la jornada de la mañana; pero, de todas maneras, cuando nos topábamos a la salida con los que entraban a clases los mirábamos con aires de grandeza: más que mal, pertenecíamos a los cursos superiores.

La Ernestina no había cambiado físicamente; casi diría que se había achicado, aunque lo más probable era que yo hubiera crecido más de lo que sospechaba; en cuanto a su carácter, la hallé menos comunicativa, con un dejo de tristeza en la mirada y un desmesurado afán por destacarse en todo; eso sí que seguía siendo muy buena compañera y todos la queríamos. Durante las vacaciones

había pensado en lo de su mamá y no podía entender que la señora se hubiera ido, dejándola sola, a cargo del marido; porque los hombres somos alaracos con las guaguas y si lloran, creemos que están con sarampión. Pero no podía comentar con nadie la situación de mi amiga ni menos tocar el tema con la Tina; así que nuestras reuniones en la caverna pasaban rápidas, recordando pasajes de su novela y algunas aventuras de don Juan Francisco que me parecían demasiado exageradas, como aquella en que se arrojó al estrecho de Bering a rescatar una foca herida por una ballena azul y, aunque el mar estaba plagado de tiburones y hielos flotantes, a él no le pasó nada. La Tina me miró moviendo la cabeza y sólo me contestó:

— ¿No crees tú que Cristóbal Colón se debió marear y tener dolor de guata alguna vez? Y eso ningún historiador lo cuenta; y yo sólo exagero un poquito a veces, porque soy escritora y no es ningún delito hacerlo, ¿entendís?

Cuando la Ernestina hablaba mal, significaba que estaba enojada y deseaba disimularlo. Así que me puse menos exigente con los percalces de don Juan Pancho y sólo empecé a cargosear para que me fuera pasando los nuevos capítulos y ella se hacía la difícil, diciendo que debía revisarlos antes de darlos a la publicidad, como si yo hubiera sido la mismísima editorial a la que iba a entregarle su novela.

Empezamos a preparar el desfile del Cinco de Abril y yo fui designado abanderado; por eso no más se me olvidó que la Ernestina estaba de cumpleaños y, cuando me acordé, tuve que recurrir a mi abuelita para que me apoyara monetariamente, pues la Meiga me echó en cara que aún le debía plata del año anterior. Pero mi abuelita me falló; me convenció de que los mejores obsequios son los que no se compran con dinero prestado, sino con el propio esfuerzo y que más valor tiene regalar una plantita que uno mismo cuidó que dar una joya muy cara. Pero yo no había sembrado ninguna semilla ni regado ninguna mata; así que empecé a revisar mis pertenencias y di con lo que le obsequiaría para el día cuatro: mi colección de tarjetas postales, que estimaba muchísimo, pues me las habían mandado con las cartas mi papá o mi mamá; como algunas estaban escritas por atrás, se me ocurrió pegarlas en un block de dibujo, les puse con letra inglesa los datos, forré el álbum con un lindo papel de Pascua y le pegué una cinta roja "a la pinta"; de paso, como hallara las cartas que le había escrito desde la playa, las metí dentro. Así el regalo cumplía los requisitos de ser algo que yo hubiera deseado conservar para mí y que iba a ser del agrado de ella. Mi abuelita, que es muy tierna, me dijo que invitara a la Ernestina a tomar té y que ella le haría una torta chiquita con velitas para celebrar su cumpleaños; con todo estuve de acuerdo, menos con eso de las candelas,

pues a las mujeres no les gusta que se sepa su edad. Sonriéndose, mi abuelita sugirió que quizás sería bueno que vinieran otros compañeros... Para resumir, diré que lo pasamos de miedo; la Tina cayó chanchita, pues pensó que ella estaría sola y cuando aparecieron detrás de las cortinas los chiquillos y niñas más amigos, cantándole el *japiberdey tuyú*, quedó patitiesa de la impresión. La torta alcanzó apenas y ella apagó de un envión la única vela y la pidió para llevársela de recuerdo; el Magú imitó al Michael Jackson, acompañado del Carlitos; después pusimos unos discos L.P. de *rocarról* y bailamos como condenados; naturalmente que yo saqué a la Ernestina antes de que se me adelantara otro; ella se puso muy colorada, pero luego empezó a moverse como si hubiera nacido rocanroleando. Los niños se portaron muy cariñosos con ella y le trajeron hartos regalitos: la Yanet le dio un par de pinches blancos, como mariposas; la Rosita, un cintillo azul oscuro; el Juanito le trajo una bolsa de pastillas de eucaliptus, muy fragantes; el Magú se descuadró con un cuaderno universitario nuevo, que yo sé que a él debió costarle tanto regalarlo como sacarse una muela sana; hasta la Meiga, de quien jamás esperé algo así, se pasó dándole un tarro de talco; en cambio, mi abuelita fue muy práctica: en una canastita amarrada con cinta celeste iba champú de hierbas, jabón de miel, colonia de rosas silvestres, jabonera, peine y un lindísimo espejo ovalado. La Ernestina se puso de todos

colores y, cuando yo le pasé mi obsequio, sólo me miró tan profundamente que entendí que si decía una sola palabra estallarían lágrimas. El Carlitos, que es siempre muy atinado, sugirió que en el liceo no comentáramos nada de la fiestoca, pues los chicos que no fueron invitados podían sentirse; todos estuvimos de acuerdo, hasta el Ubilla que —aquí entre nosotros— tenía fama de copuchento y le costaba mucho mantener la boca cerrada. Cuando toda la parranda terminó —obligados por la hora— observé cómo mi abuelita llamaba disimuladamente a la Tina y al flaquito Gómez y les entregaba unos paquetitos; la Meiga me contó después que eran los “conchitos” para sus mamás. Ella no sabía que mi amiga Ernestina no vivía con su mamá y, al parecer, mi abuelita tampoco.

Todos cumplimos la palabra empeñada y nadie en el curso se enteró del festín que nos dimos a costa del cumpleaños de la Tina. Después pasaron muchas cosas; la más importante para mí fue recibir una nota muy artesana en que la Tina me agradecía las preciosas tarjetas; todavía conservo ese papel salpicado de pequeñas flores secas, pegadas cuidadosamente, y ribeteado con hilo de zurcir blanco. También fue inolvidable el desfile patriótico del Cinco de Abril, porque yo llevé la bandera y la Ernestina el estandarte del liceo y estuvimos alrededor del altar con los niños de todos los colegios de Maipú; ahí sí que nos televisaron y en la

noche pude comprobar cuán apuestos nos veíamos la Tina y yo; lástima que mi abuelita no tiene equipo de video, sino lo hubiera grabado para que lo vieran nuestros descendientes. Otro acontecimiento importante fue la visita que hicimos con la profe de Artes Plásticas a la galería del Templo; hay expuestas toda clase de obras manuales, desde las más elaboradas hasta las más sencillas; un Cristo hecho por los isleños de Rapa Nui me gustó bastante; la Tina me sopló al oído que su papá había estado trabajando en la isla de Pascua y había pescado una langosta de dos kilos; no quise discutirle —sólo porque no era el lugar apropiado— pero me quedó la duda si las hay tan enormes y si no sería la isla de Juan Fernández; desgraciadamente nunca aclaré el asunto, ya que durante días estuvimos analizando lo que vimos; a ella lo que más le gustó fue una carta de una niña muy cristiana, muerta muy jovencita, y las reproducciones del Templo hechas con palitos desechables; en cambio yo me impacté cuando entre todas las insignias de los colegios hallé la que un día llevé con mucho orgullo en la solapa de mi vestón; se la mostré a la maestra y ella me dijo que uno jamás debe olvidar la escuela donde cursó los primeros años; entonces el Nancupil, para no ser menos, me indicó con el dedo la insignia de nuestro liceo y dijo que era mucho más bonita; iba yo a golpearlo con una respuesta dura, cuando la Ernestina se metió y nos hizo quedar sumisos y callados:

— No sean tontos; nada es bonito o menos bello para la Virgen; ella sólo valora la intención y la generosidad de quien le regala algo... Aquí hay muchísimas artesanías muy bonitas y otras feítas, pero eso no cuenta... La señorita de Artes Plásticas nos trajo aquí para que apreciemos el trabajo de los niños, de los campesinos y de la gente sencilla que con sus propias manos es capaz de crear algo para darlo a la Señora Carmelita... ¿Y saben qué más? En el curso podríamos hacer entre todos algún tapiz, alguna alfombra, algunas guirnaldas o un gran cuadro y venir a fines de año a donarlo...

Nunca he podido entender la razón por la que a la Ernestina siempre se le estaban ocurriendo cosas tan simples de hacer y que a mí no se me ocurrían antes; siempre se me estaba adelantando. Creo que quizás ello sea porque la Ernestina es escritora y yo voy a ser ingeniero o astronauta y a los matemáticos parece que nos falta imaginación.

Otra manía de la Tina era la de presentarse a cuanto concurso había en la comuna o en el país; yo le hice ver que eso no estaba bien, pues era imposible que fuera tan buena para todo; yo participaba sólo en aquellos certámenes (ahora uso a menudo el diccionario de sinónimos) en los que veía que podíairme bien; la Tina me dio una de sus miradas que traspasaban y, con cierto tono maternal, me explicó:

— Mira, Ernesto, en el paseo a Cartagena yo aprendí una lección que no olvidaré: nunca se debe ir tras el premio o con la sola intención de ganar; el verdadero premio está en la posibilidad de esforzarse en hacer algo y de aprender a hacerlo mejor posible. ¿Se te ha olvidado lo que nos aconsejó la señorita Orientadora el año pasado? Ella explicó que Dios nos dotó a todos por igual, pero en distintas medidas y que cada uno debe conocerse para realizar aquello que va mejor con sus condiciones y gustos. Y la manera que tengo yo para descubrir qué es lo que va más conmigo es participar en estos concursos; así me esfuerzo en pintar, bordar, tejer, hacer un poema, correr por la cancha, hacer gimnasia o confeccionar un cuadro muy diferente, como el que estoy haciendo ahora para el premio que dará el Grupo Ecologista...

Ya había aprendido a no discutir con la Tina ni a disuadirla, porque generalmente tenía razón; sólo que a mí me gustaba participar sólo en aquello en que podría tener la oportunidad de ganar u obtener alguna mención. Lo que sí nunca esperé fue saber que nuestra compañera de curso, representante del liceo, había logrado un segundo premio por su obra maestra *Naturaleza viva*. Fuimos en masa a la sala de exposiciones del municipio a contemplar el cuadro tan original; como no sé dibujar, sólo intentaré describirlo y quien desee

verlo, mejor que se consiga un ejemplar del diario local donde salió en primera plana; porque olvidaba decir que la “gracia” de la Ernestina fue grande, ya que el primer premio se lo sacó un cabro de tercero medio de un liceo del norte. El mentado cuadro era de un medio metro y representaba el rostro de un hombre, delineado con témpera; pero lo que llamaba la atención fue que estaba conformado de diferente manera: el cabello hecho con achicoria; dos mitades de cebollines le servían de orejas; una zanahoria era su nariz; los dientes estaban hechos de “dientes” de ajos, parejitos y blancos; dos rodajas de rabanitos, con una aceituna al medio, le daban a sus ojos un atractivo especial; las cejas eran dos hebras finas de cáscaras de zapallitos; el traje lo confeccionó de dos enormes hojas de acelgas y el retazo de camisa que se le veía o chalina —porque eso no estaba muy definido— parecía un picadillo de cáscaras diversas, que producía un efecto muy bonito. Lo único malo del cuadro, según explicó el caballero encargado del recinto, radicaba en que tenían que meterlo al refrigerador, pues se estaba descomponiendo. Para evitarlo, la Tina hizo otro más lindo, de manera que no tuviera que pasar por el proceso natural de añejarse; entonces le sacaron una foto en colores al premiado, la enmarcaron y quedó para la posteridad; el nuevo cuadro lo hizo la Ernestina con arroz, lentejas, porotos, nueces, fi-deos, y para el pelo, “cabellos de ángel” suavemen-

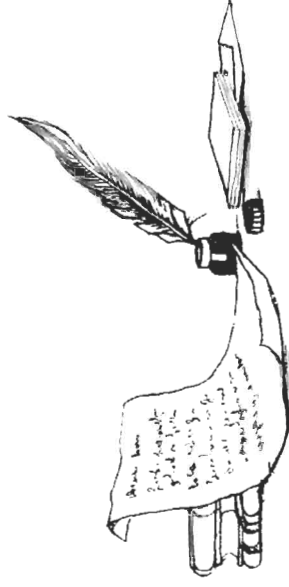
te teñidos. A todo esto, yo tenía una terrible duda, que se la chanté en la primera reunión que tuvimos en la gruta:

— Oye, fíjate que yo hallé muy lindo tu *colaye*, pintura o como desees llamarlo, pero explícame cómo hiciste para que durara tanto tiempo, ya que el jurado demoró reharto en ver todos los trabajos que enviaron de todo el país y pasaron como quince días más en decidir quién se llevaría los premios y otros quince más en montar la exposición y a todo esto, ¿cómo no se te pudrió?

Como siempre, cuando me miraba profundamente quería decir que yo estaba equivocado o mi inteligencia estaba desgastada; me miró, pues, y luego me explicó que primero envió el original pintado solamente, con la indicación que si le gustaba al jurado, ella lo reharía con elementos naturales. Así de simple. Para mi capote no deseé saber cómo se las arreglaría ella si el año venidero pedían una marina o una tempestad en la cordillera.

Así se fueron los días. Se hizo un buen hábito el que fuésemos varios los que fraternalmente disputáramos las mejores calificaciones y para cuando terminó el primer trimestre, el mateo Míster Magú me ganó apenas por un 0,2 y empaté con la Tina con un promedio 6,5. Me faltaron estampillas para poner en el sobre que envié a mis papás con fotocopias de mis notas, pruebas y noticias; ellos debieron ponerse muy contentos con mi ren-

dimiento, porque escribieron que estuviera en la casa de Las Condes el último domingo de junio, pues deseaban telefonarme. Y la verdad que fue lindo oír la voz de mi mamá felicitándome y la carraspera emocionada del papá para contarme la novedad del año: para enero, más o menos, nos nacería un hermanito. Mis hermanas chillaron de alegría, las dos abuelas se sonaron, la Rosalba gimoteó y yo sólo deseé que fuera varón.



CAMBIO IMPORTANTES

Durante las vacaciones de invierno hizo mucho frío; hubo una mañana en que las acequias se cubrieron de hielo y la cerca del antejardín se veía hermosa, cubierta de escarcha. Como hacía más de una semana que nada sabía de la Ernestina, se me ocurrió ir a verla; se lo dije a mi abuelita y me dio permiso, con tal de que estuviera antes de almuerzo. Me fui por la avenida de la Victoria, saltando en el pie izquierdo para entrar en calor, y preguntando aquí y allá llegué al puente nuevo —el mismo que había visto la Tina desde el planeta de cristal— y seguí caminando hasta que ya no se veían casas ni había aceras; los cerros verdeaban y se veían tan cerca que daban deseos de subir por sus faldeos hasta alcanzar sus cimas blanquitas de nieve. Cuando creía que andaba perdido, divisé una casa de madera; decidí averiguar allí si conocían a la Ernestina, así que con mucha confianza apresuré los pasos. No había llegado ni a veinte metros, cuando un perro blanquinegro salió a ladrarme como condenado y me obligó a quedarme inmóvil; en eso, una voz muy conocida empezó a llamarlo:

— ¡Cállate, Acordeón! ¡Ven para acá!

Luego, la voz enmudeció. El quiltro se calmó y empezó a hacerme fiestas, saltando en dos patas y sacando una lengua rosada, fina y húmeda. Saludé a la Tina con un ¡hola! de lo más cariñoso, pero apenas me contestó. Desde el interior de la casa se escuchaban risas de mujeres y, de repente, una señora gorda se asomó por la puerta.

— ¿Quién es, Ernestina? ¿Qué desea?

— Es un compañero, tía.

— ¡Que pase, entonces, no se quedan ahí como pavos!

Forzadamente la Tina me invitó. Desee no haber ido, devolverme, pero no tenía alternativa. El Acordeón se fue saltando delante de nosotros y al oír cacarear un gallo, se perdió detrás de un parrón deshojado. Entramos a una pieza pequeña, con suelo de tierra medio cubierto por un piso de totora; un brasero dorado sostenía una tetera negra que gorgoriteaba de lo lindo; sobre la mesa del comedor, cubierta por un hule blanco, había un florero, un azucarero y una panera; en los muros, claveteados sobre los listones, varias litografías y un calendario ponían una nota alegre; la única ventana, lucía una cortinita de velo muy albo. Dentro sentí el olor característico del azúcar quemada con cáscaras de naranja; estaba tibio el ambiente y una viejita, sentada en una silla baja, con un silabeo apenas entendible dijo algo de sopas; como persona comedida, hice además de

pararme para irme, pero la señora gorda, riéndose, me hizo sentar de nuevo:

— Hace reharto frío ajuera, así que espérese un ratito que las niñas ya terminaron de freír sopaipillas en la cocina; tomaremos un tecito primero...

La Ernestina seguía inmóvil, muda. De repente, aunque mi mamá siempre me ha aconsejado que nunca debo mentir, en esa ocasión no me quedaba otra cosa que echar una mentirilla suave, bien intencionada; así fue como le pedí a Tina el cuaderno de Inglés que me había quedado de prestar. Me miró agradecida y yéndose tras una cortina floreada, que separaba el comedor de las otras habitaciones, al poco rato me trajo lo pedido. En ese momento entraron tres jovencitas con platos repletos de sopaipillas; al verme, se quedaron sin saber qué hacer; tuve la impresión que no estaban habituadas a recibir visitas; entonces la señora gorda, que era realmente simpática, las animó:

— ¡Ya, pues, niñas! Traigan más platos, sirvan el té luego, miren que este niño tiene cara de apetito.

Alrededor de la mesa, nos sentamos a comer esa masa amarillita, sabrosa y caliente; a mí me pusieron la mejor taza, que tenía una saltadura en el borde, pero como soy zurdo no tuve problemas. Las niñas se pusieron muy parlanchinas, contras-tando con la mudez de mi amiga. Me preguntaron

cosas del colegio y, felizmente, a ninguna se le ocurrió relacionarme con el compañero de la Tina que la había invitado a su casa, pues contaron que había en ese curso niños muy cariñosos que le habían regalado cosas bonitas a su hermana. Aquí casi me atoró; miré a la Ernestina, pero ella seguía metida en el vapor del té, con los ojos bajos. Entonces, la que parecía mayor se paró y volvió con el canastillo lleno de cosméticos ya usados.

— ¿Ves? Esto se lo regalaron a la Tinita para su cumpleaños. ¿Verdad, Tinita?

Afortunadamente, el Acordeón empezó a ladrar afuera; esa fue una buena excusa para pararme, agradecer el comistrajo tan rico y despedirme. Las chiquillas, muy efusivas, me dieron un beso en la cara y una de ellas me preguntó muy coqueta si tendría yo por casualidad algún hermano de unos dieciocho años. Le contesté que en enero nacería uno, y ellas se largaron a reír. La tía, con su rostro bonachón, me convidó a volver cuando me diera la gana, pues como vivían tan retiradas pocos amigos de las niñas se asomaban por esos lados ni menos compañeras del colegio. Le agradecí por cortesía, pero entendí que no podría regresar más a esa modesta casa que encerraba tantos misterios. La Tina apenas se despidió con un desabrido hasta luego; el único más efusivo fue el perro; noté que su cuerpecillo tenía unas salientes entre las costillas y, aunque lo disimulaba su inquietud, no todas sus patas andaban al mismo

rítmo; él me fue a dejar hasta que ya no hubo más camino de tierra. ¡Lástima que el animalito no podía hablar!

Ni tampoco la Ernestina. Cuando regresamos a clases, no apareció por el refugio y, aparte de los temas de estudio, se me corría como punto de media; eludía cualquier encuentro conmigo, aunque participaba activamente cuando estábamos en grupo. ¿Por qué ella me había ocultado que tenía tres hermanas mayores? ¿Cómo se llamaban? ¿Estudiaban o trabajaban? Aunque por lo que comentó la tía, debían ser estudiantes todas. Mi abuelita, que es muy avispada, me preguntó la causa de que estuviera tan callado y triston; se metió la tonta de la Meiga y dijo que a lo mejor “andaba picado de la araña”; se enojó reharto mi abuelita y hasta ahí no más llegó la inquietud de ella, pues me aseguré de volver a ser el de antes. Si la Tina no me había contado más sobre su familia, sus buenas razones tendría. Y punto.

Pero nos cayó una desgracia; aunque hacía sus dos semanas que la Tina no aparecía por la gruta, yo sistemáticamente iba durante el primer recreo y aprovechaba de descansar sobre el montón de diarios, recordando alguna de nuestras largas conversaciones; el último viernes que fui, aproveché de limpiar y sacar a escondidas el tacho con desperdicios. Cuando llegué el lunes a clases, la Ernestina me estaba esperando en la puerta del liceo. Se veía muy agitada:

— Tito, fíjate que hay un montón de trabajadores municipales sacando malezas y registrando nuestra gruta encantada...

Cuando algo sucede en un colegio, todos los chicos se achoclonan a mirar; corrimos hasta el lugar y allí estaba uno de los auxiliares vigilando. Como era uno de los más simpáticos, me atreví a preguntarle qué había pasado.

— Yo cuido el liceo y antenoche y anoche sentí unos ruidos aquí mismo, debajo de las salas de los parvulitos... Vine con la linterna y nada; los perros ladraban reasustados... Cuando me iba, juraría que sentí llorar a una mujer aquí abajo... Y anoche, de nuevo la función: quejidos y llaneros, ruidos raros y los perros medios locos de espanto. Así que le di cuenta al Director y a él se le ocurrió que lo más probable es que algún vago estuviera durmiendo aquí debajo... Pero yo juro que sentí penar...

Aunque los municipales sacaron nuestros “Mercurios”, la alfómbrita, los manteles plásticos y el basurero, amén de otras evidencias, los alumnos prefirieron la versión de que allí se aparecía un fantasma, tal vez la madre del soldado español. El hecho es que con la limpieza que hicieron, las tres salas de los párvulos semejaban palafitos y los dos quedamos demudados, tristes, viendo cómo nuestra gruta de los sueños, nuestro secreto refugio ya no era nada. La Ernestina y yo estuvimos

distraídos en clases y, aunque me costó creer lo que mis ojos vieron, observé que la Tina lloraba lenta, suavemente; por sus mejillas morenas unas lágrimas delgadas se deslizaban en silencio, calladas; como estaba ubicada para el rincón, la señorita de Inglés no se dio cuenta, aunque a mí me interrogó como tres veces y yo estaba en blanco. Esto último le llamó la atención, pues me había convertido en un alumno más que pasable gracias a unas clases particulares que me daba un universitario, recomendado por esa señora Fresia que conocía a medio mundo en Maipú. Parece que la profe me tuvo lástima y no me chantó ningún uno; eso fue bueno y lo otro bueno que sucedió fue que la Tina me aceptó el pañuelo de emergencia y se sonó con estruendosa potencia, lo que causó risa a los cabros del curso y la clase terminó alegremente. Como estábamos de semaneros, nos quedamos en la sala verificando si había tiza, limpiando el pizarrón y recogimos algunos papeles que los cochinos de atrás habían botado; la Ernestina, entonces, me dijo que estaba muy, pero muy apenada por la destrucción de la gruta. Para animarla, le contesté que ya hallaríamos otro lugar siempre y cuando ella no se achaplinara, porque desde hacía hartos días que no había ido a juntarse conmigo; para ser exacto, desde la vuelta de vacaciones de invierno. Ella me miró fijamente y me preguntó:

— ¿Es que no te diste cuenta de que yo nunca dejé

de visitar la Caverna del Oso Salvaje? Sólo que yo me fondeaba allí en el último recreo...

— ¿Y puede saberse por qué no querías hablarme ni juntarte conmigo para conversar como lo hacíamos antes? ¿Tan malo fue que se me ocurriera ir a verte a tu casa?

Se quedó silenciosa y como temiera que se pusiera a llorar de nuevo, la consolé como mejor se me ocurrió:

— Mira, Tina, yo no quise ser intruso ni quise molestarte; pero a nadie, a nadie, le he contado que te visité en las vacaciones... Sólo que no sé la razón que tuviste para ocultarme que tenías tres hermanas...

— No te oculté nada, Tito, créeme; ellas no son hermanas verdaderas... Vivimos juntas y la tía nos trata así. Y no me preguntes más, ¿quieres?

No le pregunté nada; ni entonces ni nunca. Mi amiga me inspiraba una extraña mansedumbre —¿así se dice cuando con alguien somos dóciles y aceptamos sus deseos?— y traté de mantener a toda costa su estimación; y ésta comenzaba en la medida que mis calificaciones se iban empujando a los siete y yo me volvía más y más caballero con ella y con las niñas en general, aunque seguía siendo buenazo para el beisbóbol, el básquetbol y los saltos en cajón.

Antes del día de don Bernardo O'Higgins —en que de nuevo me tocaría representarlo en un

cuadro patriótico, por ser rucío, crespo y tener pinta de prócer—la señorita Emilia, en el Consejo de Curso, nos comunicó que ya no volvería hasta el año próximo; su médico le había recomendado que debía cuidarse muchísimo si deseaba conservar la guagüita que esperaba. Todos quedamos mudos; parece que los alumnos creemos que los profesores están hechos de distinta materia que el resto de los mortales y nos sorprendió reharlo que nuestra linda maestra fuera esposa y madre; la Yanet, siempre más despierta que el resto de las niñas, se paró y le preguntó que en cuánto tiempo andaba. La señorita Emilia se sonrió y le respondió que exactamente en 20 años, porque desde que tenía doce había anhelado tener un hijo, pues todas las mujeres esperan toda la vida el ser madres... Miré de soslayo a la Ernestina y la vi muy conmovida; pensé que toda ella estaba hecha de ternura y que cuando fuera grande sería la más bella y mejor de las mamás.

Si la partida de nuestra profesora nos dejó abatidos, más desgraciados nos sentimos cuando llegó la reemplazante: era una señora tremendamente anciana, de lentes, canosa, sin ni una gota de *ruch* en los labios y que usaba trajes oscuros con cuellos y puños inmaculadamente blancos. Se llamaba Emperatriz. Para colmo era profesora de Castellano, así que la teníamos como ocho horas a la semana; mantuvo la distribución de los puestos y los cargos en la directiva del curso, pero le exigía

mucho al secretario, que era el Magú, quien debía hacer actas perfectas; y a todos los que teníamos buenas notas en la asignatura, nos hizo monitores de los otros; así que nadie tuvo respiro. Un día, la Tina tuvo la tупé de decirle que estaba equivocada en una expresión que usaba ella y le pedía que se la explicara. Según la Ernestina, era un error garrafal decir que, en un dictado o copia, un alumno había cometido diez o doce faltas de ortografía (por poner un ejemplo); que debía hacerse una diferenciación entre error y error. Para la Tina eran “faltas de ortografía” cuando un cabro escribía “incrito”, “niguna”, “perpectiva”, “desacer” etc., por “inscrito”, “ninguna”, “perspectiva” o “deshacer” ya que le faltaban la “s”, “n” y la “h”; y ella consideraba que eran “sobras de ortografía” cuando alguno ponía *nadien* por “nadie”, *haiga* por “haya” o *hubieron* por “hubo” etc. y etc. Porque se largó con una serie de ejemplos que nos dejaron admirados; la señora Emperatriz quedó tan impresionada que hasta se sacó los anteojos para limpiarlos y le contestó a la Ernestina que consideraría su teoría cuando le correspondiera corregirle algún trabajo, exclusivamente de ella, porque con el resto seguiría con el sistema tradicional. En beneficio de la nueva profe, debo aclarar que no la agarró con la Ernestina y hasta diría que la miraba con bastante más simpatía que al resto; tal vez fue porque se dio cuenta de que su alumna tenía un cerebro fuera de lo común.

Hubo —no “hubieron”, por eso de las “sobras”— varias discusiones entre los compañeros por el asunto del regalo para la guagua de la señorita Emilia; unos querían fabricarle una cuna, otros un columpio y muchos deseaban hacerle un andador; hasta que el profe de Técnicas Especiales decidió que lo mejor sería un corralito; así cada uno podría participar desde el proyecto hasta el acabo de pintura y decoración; además, lo que concluyó por convencernos, fue que alcanzaríamos a presentarlo en la exposición anual. En cambio, entre las chiquillas hubo absoluto acuerdo y se las veía tejer como contratadas botines, paletocitos y otras zarandajas de lana que cualquiera hubiera creído que la señorita Emilia tendría sextillizos.

En casa yo seguía releendo la novela de la Tina y cada vez admiraba más a don Juan Francisco, sobre todo cuando mi amiga me entregó nuevos capítulos en que andaba por la carretera austral, descubriendo ríos, cataratas y bosques milenarios que luego se podrían ubicar en los mapas; como teníamos escaso tiempo para hacer comentarios, decidimos pedir permiso para asistir a la biblioteca algunas tardes; así leíamos bastante y el señor bibliotecario nos autorizaba a tomar unos recreos largos, en el balcón que mira hacia las colinas; a veces, él salía a acompañarnos y nos ayudaba a entender mejor ciertos pasajes de la obra de algún autor, o nos contaba sobre la vida de alguno; pero la mayoría de las veces, teníamos

ocasión de estar solos y así podíamos charlar un poco. Cuando le pregunté a la Tina cómo lograba saber tanto de su papá, me miró con cierta lástima.

— Oye, ¿y tú cómo sabes de lo que les sucede a tus papás en Alemania?

— Me escriben todas las semanas... Y si tu papá te manda tantísima carta, como tiene obligadamente que hacerlo, ¿no sería más fácil que tú me las dieras a leer y así me informaría de primeras aguas sobre sus aventuras?

— ¡Ay, Ernesto! Claro que eso sería más fácil, pero no tendría ninguna gracia. Yo me inspiro en lo que él me cuenta y redacto a mi pinta lo que le ha sucedido. No olvides que la última vez que mi papá estuvo conmigo casi un año entero, nos íbamos debajo del parrón cuando picaba el sol y allí, comiendo uva recién cortada, me narraba sucedidos super interesantes, como cuando voló en el lomo de un gigantesco cóndor sobre Nazca y Machu Picchu y así comprobó cómo sólo pudieron ser extraterrestres los que construyeron tanta maravilla... Y en las noches, cuando hacía frío, se iba al lado de mi cama con un matecito caliente y entre sorbo y sorbo me entretenía con otras aventuras hasta que me la ganaba el sueño. Como ves, no sólo de su correspondencia he sacado información... Y ahora, si no te molesta, tengo que seguir leyendo este artículo para poder pre-

sentar a tiempo mi trabajo de Ciencias Naturales.

Y, de paso, me metió por las narices la revista donde aparecía muy bien escrito el nombre de David McTaggart, de la organización ecologista más grande del mundo: Greenpeace; y me dio una vehemente y breve charla sobre el tal David, que para ella venía a ser como un héroe por sus audaces acciones para evitar que continuaran haciendo estallar bombas atómicas en el Pacífico o contaminando los mares con desechos. Tal entusiasmo la hizo obtener otro siete, porque después hasta disertó en clases y yo quedé tan impactado, que me vino la idea si no sería bueno que cuando grande me hiciera a la mar en un barco mejor que el de Jacques Cousteau.

Así fue como recuperamos la posibilidad de comunicarnos y de compartir algunas tardes entre la lectura interesante y la charla super entretenida. Pero nadie me quitará de la cabeza la certidumbre de que ningún lugar podría suplir a la Gruta Encantada, refugio sólo nuestro durante tantas inolvidables horas.

DE HIEL Y DE MIEL

Aunque los aromos florecieron como nunca antes y el aire estaba lleno de suaves aromas a cerezos y duraznos en flor, el frío aún nos obligaba a andar con chalecos de lana y parkas. Yo seguía recibiendo noticias del progreso de mi hermanito y estaba bastante entusiasmado por viajar a conocerlo, cuando naciera en pleno invierno alemán, aunque empecé a preocuparme de contactarme con los extraterrestres; necesitaba de ellos, ya que lo mejor sería que me duplicaran y, así, podría quedarme en Chile y, al mismo tiempo, estar con mi familia. Se lo comuniqué a la Tina y ella me aconsejó que *luquiara* en el jardín, porque si ya uno me había visitado era muy probable que volviera debido a mis llamados telepáticos. Así que cada noche, después que me despedía hasta el otro día, abría la ventana y me quedaba merodeando con los ojos bien abiertos. Con tanto venteo, me agarré un resfrío terrible y tuve que andar con un diario en el pecho y otro en la espalda por consejo de la Ernestina que era muy entendida en males de ojo, remedios caseros y secretos de naturaleza. Hasta

que al fin tuve éxito: a través de los vidrios de la ventana vi a los diminutos viajeros del espacio; no sé cuántos estaban paseándose entre los arbustos, con sus cuerpecillos luminosos; el hecho es que me concentré y les pedí que para enero del año por venir me concedieran la gracia de duplicarme. No sé si por tener entre nosotros la ventana cerrada (ya no me atrevía a abrirla, pues podía darme una *brinconeumonía*, como le pasó al Quico que brincaba en la cama de fiebre cuando le dio esa enfermedad) los hombrécitos no me inflaron; entonces, opté por hacerles señas con la mano; luego tomé mi linterna, pero comprobé que las pilas habían cloteado; contrariado, me fui en puntillas a la cocina y saqué los fósforos; cuando regresé, aún continuaban los seres de cristal en el jardín, por lo que encendí un palito, así de chiquitito; pero, aunque la llama casi no se veía, inflamó las cortinas y en un segundo todo mi dormitorio empezó a arder. Arrojé mis frazadas, pero sólo logré que el fuego no se propagara por el suelo. Así que decidí gritar, salir, y marcar el 132 para pedir ayuda a los bomberos. Fue lo único atinado que hice, pues al poco rato la calle se inundó de sirenas y agua; los tremendos chorros casi botan los muros, pero detuvieron las llamas justo cuando avanzaban hacia el resto de la casa. La Meiga, siempre tan alaraca, chillaba como si la estuvieran despellejando; en cambio mi abuelita, metida en una bata acolchada, tuvo presencia de ánimo para correr muebles y

cortar el gas licuado. Entre el tremendo tráfago, recordé que en mi pieza guardaba la novela del aventurero don Juan Francisco; y no titubeé ni un segundo: con un paño de platos húmedo me envolví la cabeza y me introduje de sopetón por el pasillo; escuché gritos y unos bomberos me sacaron a la fuerza; yo lloraba de impotencia, medio ahogado por el humo, pero aún así les suplicaba que me dejaran sacar los cuadernos de la Tina. Fue inútil. Desde la calle, donde se habían juntado vecinos y curiosos, vi cómo en el sector donde una vez estuvo mi pieza, sólo había escombros negros que humeaban a la luz de los focos. Esa noche no dormimos. Comprobamos la solidaridad de la gente; nos trajeron termos con café caliente y el marido de doña Chepa, el almacenero, se ofreció para quedarse acompañándonos en lo que había quedado del living; porque dormitorios sólo quedaban dos, pero nadando en agua; alguien llamó a mis hermanas, y al amanecer llegaron con los tíos en auto, armando un griterío que no nos ayudó nada. Y, como siempre, el culpable de todo era yo. Lo único que obtuvo mi abuelita fue que no le comunicaran nada a mis padres, pues con la impresión mi mamá podía perder la guagüita. Con la llegada del día, el desastre adquirió toda su lóbrega dimensión; para más remate, tuve que declarar ante el capitán de los bomberos, el que comentó que el mayor porcentaje de incendios lo provocan los niños que juegan con fósforos, y le dijo a mi

abuelita que diera gracias a Dios que yo no estaba quemado o muerto. Al oír esto, ella se desmoronó y se puso a sollozar, abrazándose con cariño. Ese día aprendí tantas cosas buenas de la gente, que creo que ya nunca volveré a ser el mismo. Y cuando vi llegar a dos profesores y a la Ernestina, sentí que la casa podría reconstruirse, pero que la novela de ella había quedado reducida a la nada y que sería imposible rehacerla.

— ¡Ernestina, Ernestina! Se quemó por culpa mía tu novela... No quedó nada, nada...

Yo, que nunca había llorado delante de nadie, no pude evitar que las lágrimas y la pena que sentía por mi amiga fueran más poderosas que la vergüenza. Vi cómo el rostro de la Tina adquiría una expresión dolorosa, que me rompió por dentro y me conmovió hasta las entrañas. Por mi imprudencia, en un segundo, yo había destruido el trabajo de años; y, lo peor, había destrozado sus ilusiones: había matado a la escritora, ya nadie conocería las aventuras de su papá, porque estaba seguro de que ella ya no volvería a escribir nunca más.

La Ernestina, que se había quedado inmóvil, pálida, sacó del bolsillo de su delantal un pañuelo y me lo pasó.

— ¡Suénate, mejor, y límpiate la cara! No te preocupes por los cuadernos... Lo bueno es que todos ustedes están vivos. Cuando lo supimos

en el colegio, porque unos compañeros de Primero Medio que viven cerca lo fueron a contar, yo me fui al tiro a pedir permiso para venir a verte... ¡Tenía tanto miedo, Tito, de que hubieras estado quemado o muerto! ¿Sabes? Le hice una manda a la Virgen del Carmen, así que tenemos que ir a cumplirla luego...

Hablaba mucho la Ernestina; y yo sé que con ello disimulaba su propia angustia; pero yo sentía su sufrimiento, sin que me lo dijera con palabras. De repente recordé que en una caja de galletas, de esas familiares, había guardado las copias que yo había hecho de las aventuras de don Juan Francisco que más me habían impactado; quizás aún podría rescatarla, pues la guardaba dentro de una maleta en el closet. Harto tuve que suplicarle a uno de los bomberos que estaba de turno para que me dejara revisar; pero no me dejó, aunque se ofreció para hacerlo él. Efectivamente, la maleta estaba hecha una porquería, achuñuscada, pero adentro la caja ennegrecida había salvado varios capítulos de la novela. Con mucha emoción, la Tina recibió la caja como el regalo más preciado y yo me sentí menos triste.

Por suerte mi papá había asegurado la casa de su mamá y pronto empezaron los trabajos de reparación y construcción. Entendí cuánto cuesta hacer las cosas en esfuerzo, tiempo y gasto y cuán poco se necesita para destruir en un segundo lo que significó tanto sacrificio. Sobre todo, porque

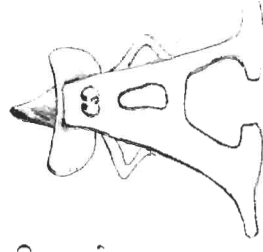
nada vuelve a ser como antes; las cosas queridas que se pierden no se recuperan jamás, como el crucifijo de madera quiteña que perteneciera a la abuela de mi abuelita; o el cojín bordado por la única hermana de ella y que murió muy niña; yo perdí el cuaderno con las dedicatorias de mis compañeros, fotografías, libros. Y perdí mi infancia, pues desde esa noche tan terrible dejé de ser niño para convertirme en un hombre responsable, prudente y agradecido de los demás que contribuyeron a hacernos menos difíciles los días que vivimos. Y, sobre todo, reconocí el inmenso valor de poseer la amistad de alguien como la Ernestina que jamás volvió a mencionar su novela y que, por el contrario, se tornó más dulce, más comprensiva y me ayudó muchísimo a recuperarme del trauma sufrido haciéndome estudiar más y exigiéndome leer no sólo las lecturas obligatorias, sino las sugeridas y las que ella agregaba por su cuenta sobre temas diversos. También tuve que aceptar ir a pagar la manda. Hincados delante de la imagen de la Virgen, enmarcada en rayos hechos de láminas de cobre, rezamos un Rosario completo y oímos la Santa Misa con mucha devoción. Pero ninguno comulgó, pues aún no estábamos preparados para recibir a Jesús.

Felizmente, antes de las vacaciones de Fiestas Patrias, la Ernestina obtuvo un premio de cinco mil pesos por ganar el primer lugar en un concurso de canciones para los párvulos; claro que ella no

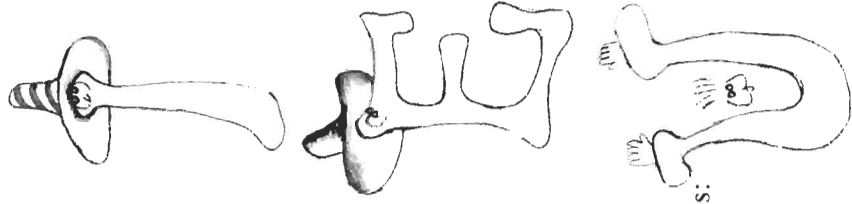
vio ni un peso, ya que se lo depositaron en una Libreta de Ahorro. Los rotarios se portaron muy bien, pues en el salón municipal entregaron los galardones en una ceremonia preciosa, con fotos y hasta vinieron a televisar. Con tiempo, le avisé a mi primo de Lo Curro para que lo grabara en su video en una cinta que él compró, pero que debí pagársela en cuotas mensuales durante meses. Yo había oído cantar a la Tina, pero tan entonadamente como lo hizo en el escenario nunca lo imaguiné; la música fue inventada por ella, así de oído nomás, pero la acompañó un guitarrista muy hábil que apenas necesitó dos ensayos para captar la melodía; y fue tan buena persona, que la copió con notas, bemoles y pautas para que cualquier pianista o una orquesta pudiera tocarla. Como no todos asistieron al acto ni pudieron ver el video o la tele, yo he decidido copiar aquí la letra por si algunas "tías" desean enseñárselas a los parvulitos.

LA DANZA DE LAS VOCALES

La letra *A* está bailando
con zapatos de cristal;
los brazos en la cintura,
esperando otra vocal.
Viene la *E* avanzando
con ánimo de bailar;
estira todos sus brazos
y se apresta a danzar.



Llega la *I* con sombrero y se queda sin hablar: no sabe mover los pies, pero sí sabe cantar. Cansada por lo gordita llega la *O* a danzar; rodando como bolita, gira, gira sin parar. La *U* levanta los brazos para el ritmo acentuar; se agita cual gelatina con cadencia sin igual. Formaron las consonantes orquesta sensacional: desde la *B* hasta la *Z* no dejaron de tocar. Y los niños chiquititos empezaron a cantar, palmoteando con las manos: Uno, dos, tres... E, O, A... cuatro y cinco... I, U... ¡Vivan las cinco vocales que salieron a bailar!

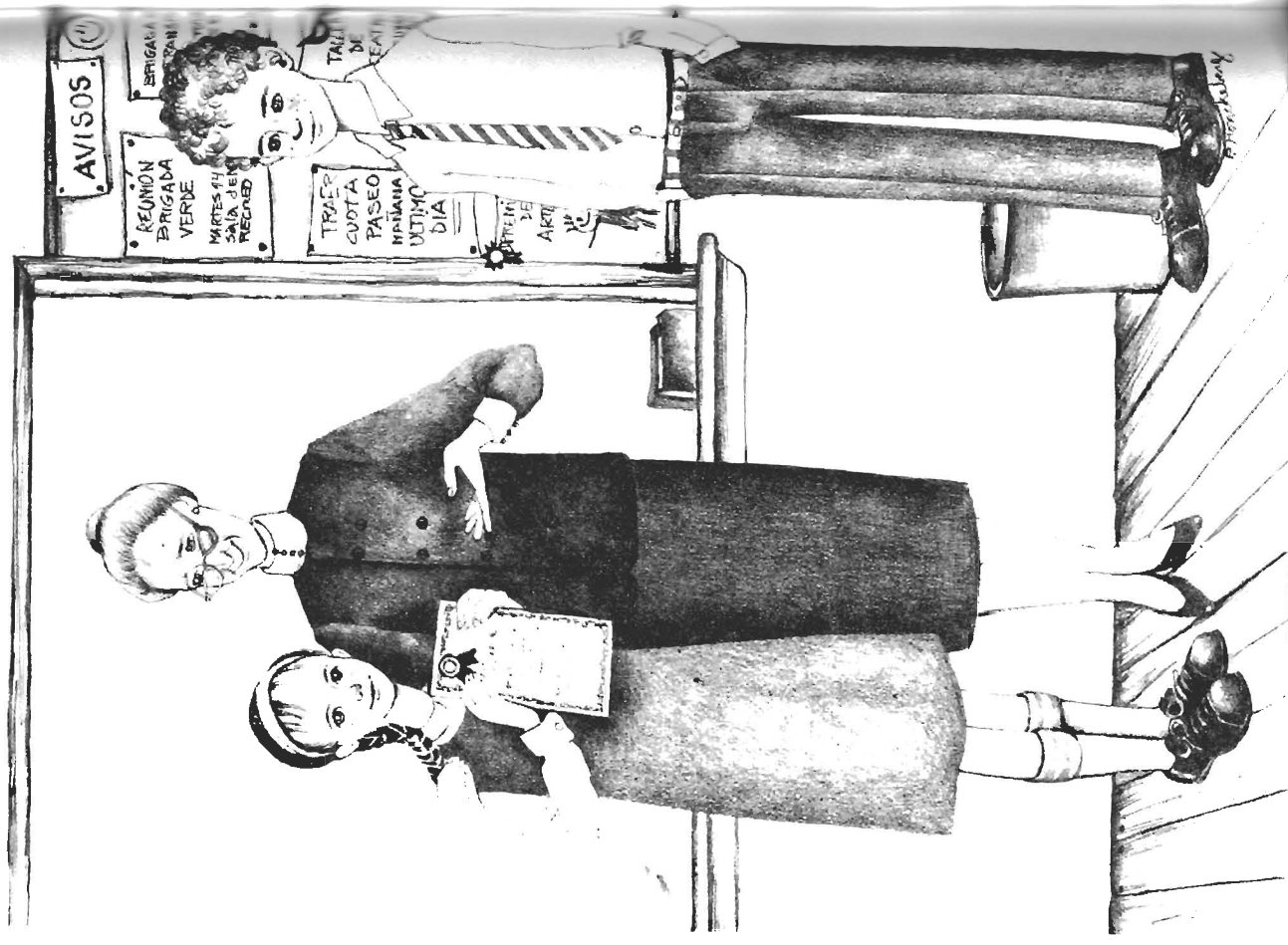


Junto con el premio, le dieron a la Ernestina un diploma y la señora Emperatriz se lo mandó a enmarcar para que lo conservara para siempre. Cuando el Quico vino en auto y trajo el video, mi abuelita con anticipación invitó a la Tina y a su familia, pero sólo vino ella. Al fin y al cabo, era

apenas una grabación del noticiero y duraba unos minutos. Entonces mi primo se descuadró: juró que él conseguiría en el Canal la cinta, para reglarla, con la actuación completa de mi amiga. Y el Quico cumplió. Jamás sabría él cuán feliz sería la Ernestina con ese tesoro, producto de la técnica actual, porque podría mostrarlo a sus nietos y, en particular, a su papá cuando regresara.

El profe de Religión comentó en clases que no sólo había que felicitarse a nuestra compañera por su triunfo, producto de su dedicación y esfuerzo, sino que debíamos dar gracias a Dios por sus dones. Y la señorita Orientadora, al referirse al éxito de la Ernestina como cantautora, nos dijo algo que nunca he podido olvidar.

— Niños, es importante que cada uno tenga conciencia de que al nacer Dios nos asigna, junto con el cuerpo y el alma, facultades que debemos aprovechar al máximo y sólo para el bien. Les voy a poner un ejemplo... Aquí tengo cinco vasos vacíos de diferente capacidad. ¿Ven bien? Uno es alto, grande; este otro, mediano; aquél es bajo, pero muy ancho; el de allá —que es el cuarto vaso— es pequeño, angosto; y el último, el quinto, es de regular tamaño, pero más grande que el segundo. Todos son vasos que tienen distintas capacidades, ¿de acuerdo? Vamos a suponer que cada vaso representa a un ser humano; pertenecen a la misma especie —todos son vasos y el hombre pertenece a la



especie humana—, pero son diferentes no sólo en lo externo, sino en sus capacidades: así, Dios dotó al hombre 1 de gran inteligencia y otras virtudes; al 2 y al 5 de similares condiciones intelectuales; el 3 y 4 son pequeños, pero el 3 tiene mayor capacidad. Ahora, yo voy a llenar cada vaso con la misma cantidad de agua que sacaré de este jarro con una medida que me prestaron en el laboratorio...

Hasta aquí, estábamos todos tan intrigados que no volaba una mosca; no atinábamos a saber qué pretendía la señorita Orientadora con eso que más semejaba experimento de química. Entretanto, ella fue echando el líquido en cada vaso: al 1, el líquido apenas sobrepasó el fondo; al 2, alcanzó hasta la mitad; el 3, el agua le llegó a menos de la mitad; en cambio al 4 le llegó hasta el borde y al 5, a más de la mitad. Como seguíamos en silencio, sin despegar los ojos de las copas de vidrio, ella continuó:

— Creo que ninguno duda de que cada receptáculo está con la misma cantidad de agua. Y creo, también, que nadie duda de que el único que tiene colmada su capacidad es el más pequeño; en cambio, el que se ve casi vacío, es el más alto y grande. Así sucede con los seres humanos: Dios nos dota de diferentes capacidades intelectuales, y es nuestro deber aprovecharlas al máximo hasta colmar “nuestra medida”, que es única. Por eso, nunca debemos

burlarnos del que aparece menos inteligente o que presenta otros defectos, pues, si esa persona hace uso de todas sus capacidades y se esfuerza sin claudicar ante las dificultades, Dios estará satisfecho de ella. En cambio, hay seres que reciben todo —al igual que el vaso I—, inteligencia, bienes materiales, excelente salud y, sin embargo, hacen uso de un mínimo de sus condiciones y quedan semivacios. Así la Ernestina, que recibió de Dios mayores facultades, tiene mayores responsabilidades; porque aquel niño con deficiencias mentales o físicas que es capaz de superarse, tiene mayor mérito que aquél que lo posee todo. Por eso es importante que cada uno analice cuánto le ha sido dado y si realmente está serio y responsablemente tratando de colmar su propia medida... Pienso que todos entendimos el experimento de los vasos; yo me acordé cuando había sido tan reflojo y dejado; había sido igualito al vaso I; sólo que me habían ayudado a valorar lo que poseía y todo lo demás había sido esfuerzo, pero nunca tan ejemplar como el de mi amiga Tina, que tenía inteligencia de sobra, pero le faltaba el amor de sus padres y las comodidades mínimas.

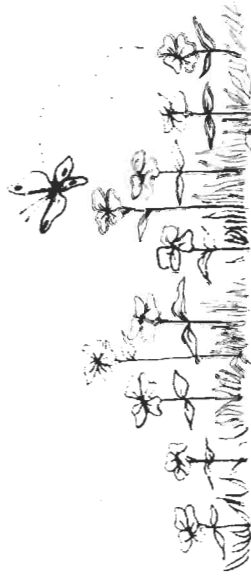
El primer día de clases, después de las vacaciones de Fiestas Patrias, estábamos con la Ernestina en la biblioteca muy afanados buscando datos sobre el Descubrimiento de América; había otros alumnos grandes, absortos en sus trabajos, cuan-

do sentimos un ruido espantoso de fierros, frenos y, luego, gritos. Sin duda era un choque. Don José, el bibliotecario, sólo autorizó a uno de los alumnos para que bajara a la Inspectoría a averiguar qué había sucedido. Cuando regresó, venía pálido, trémulo: habían atropellado a un chico de la Básica; según los testigos, dos microbuses venían echando carrera avenida abajo y el patrullero de la Brigada del Tránsito en vano les hizo señas para que se detuvieran, pues iban pasando cinco alumnos muy confiados por ser Zona de Escuela e ir atravesando por la línea amarilla; uno de los chicos no había alcanzado a correr.

Al día siguiente, cuando entramos a clases, todos los compañeros estaban muy afectados: el hermano menor del Nancupil había muerto en el accidente, que con un mínimo de prudencia pudo haberse evitado. Todo lo que sucedió fue muy triste, ya que en todo el liceo se hizo una colecta para ayudar a la familia y, además, tuvimos que hacer guardia por turnos junto a la sencilla cajita blanca del infortunado niño. Pero sentir los sollozos de la mamá, ver el dolor de los hermanitos y la aflicción de los alumnos y profesores, fue nada comparado con la pena colectiva el día de los funerales. Esa tarde, todos los alumnos nos colocamos a ambos lados de la avenida, con nuestros uniformes y acompañados de nuestros maestros; las niñas, sin excepción, traían bolsas plásticas llenas de pétalos de flores. Hacia las cinco, el cortejo

asomó por la parte alta y, lentamente, fue avanzando. Todos venían a pie y los alumnos mayores traían el estandarte enlutado. Pero nada fue más conmovedor que cuando llegaron al colegio; allí se detuvieron, mientras miles de pétalos cubrían los restos de nuestro compañero y la campana —que tantas veces en su corta vida lo llamó a clases o a recreo— sonaba lastimeramente. El silencio era profundo, y cuando los sones fueron apagándose, la larga fila de deudos y acompañantes se perdió en la colina que lleva al cementerio.

La Ernestina y yo entramos al liceo y, sin ponernos de acuerdo, nos fuimos al sector donde una vez estuvo nuestra Gruta Encantada; nos sentamos entre las hierbas, abatidos, callados. De pronto, una mariposa blanca se posó sobre un tallo a libar su dulzura y, luego, reemprendió el vuelo. Con la Tina la seguimos con la vista hasta que se perdió entre las nubes pálidas.



EL COMIENZO DEL ADIÓS

La primavera se detuvo ese año, el último que compartí con Ernestina. Nada fue igual después que conocimos el dolor tan de cerca; yo diría que todos crecimos y tomamos conciencia de la realidad que, algún día lejano o cercano, deberíamos afrontar. El Ñancupil quedó como indefenso y se acercó más al grupo; la Yanet se sintió un poco su hermana y el Carlitos le empezó a enseñar guitarra; el chico Ubilla, con su particular forma de reaccionar, le soplabá como podía cuando el otro no atinaba a contestar en alguna prueba; ambos se sentaban juntos y no hubo profesor que no notara la similitud de disparates garrafales en sus trabajos o tareas; Juanito Castro —nadie supo cómo— le consiguió trabajo en la botica; así que los dos pasaron al gremio de los farmacéuticos; la Tina, siempre aterrizada, me dijo que la mejor forma de enfrentar las penas grandes era analizarlas y ver si se podían aminorar, eliminar, olvidar o soportar; pero que eso debía hacerlo uno y no los demás; no le hallé razón y hasta ahora pienso que estaba equivocada, porque fue la única

que jamás se acercó al Lautaro para consolarlo, entretenerlo; no lo rehuía, no, pero continuó sien- do con él como había sido antes del accidente de su hermanito. Yo no, pues invitaba al Ñancupil a mi casa, lo acompañé al fútbol y hasta le regalé unos sellos alemanes para que iniciara una colección.

Nuestra vida estudiantil siguió la acostumbra- da rutina y, unos más y otros menos, nos aplicába- mos y sólo deseábamos que el curso concluyera pronto para gozar de las vacaciones. Se hablaba de un paseo a la playa, pero otros querían ir a la precordillera; alguien sugirió que mejor nos re- partiéramos los fondos y casi lo mataron; y cuan- do la Ernestina propuso donar el dinero acumula- do al Hogar de Ancianos o a los niños del Cotto- lengo, se armó una trifulca incontrolable, pues consideró la mayoría que el año anterior ya se había hecho un sacrificio colectivo por una noble causa. El hecho es que la señora Emperatriz tomó la decisión de que cada uno, con absoluta respon- sabilidad, anotara con mayúsculas en un papelito que ella entregó, lo que deseaba hacer con los 185 pesos que era todo el *haber*, restados los gastos de cera, escoba y otros. Dicho de otro modo, por cabeza no alcanzábamos a tener ni doscientos mí- seros pesos. Ocupamos toda la hora del Consejo en contestar, pues fue un arduo problema resol- ver qué podía hacerse con tan poca plata; al final, yo opté por poner que regalaba esos pesitos para algo bueno, lo que fuera. Cuando la profesora

recogió las opiniones y las leyó, llegó a la conclu- sión de que una gran mayoría había decidido en- tregarlo todo a los abuelitos, a los desamparados, a los lisiados; otros propusieron dejarlo para arre- glar los bancos, reponer vidrios; uno solo manifes- tó su deseo que se le entregaran los 185 pesos, pues deseaba hacerle un bonito regalo de Pascua a su mamá. Cuando la señora Emperatriz leyó eso, nos quedamos silenciosos; y, sin ponernos de acuerdo, aplaudimos. Así fue como triunfó la mi- noría anónima. Después, algunos empezaron a tratar de adivinar quién sería el o la autora; yo sabía que esta vez no era idea de la Ernestina, y creo no equivocarme cuando pienso que el Lautaro Ñancupil fue quien pensó en su madre, para paliar con un pequeño obsequio su pena.

Hacia fines del año escolar siempre se relaja un poco la disciplina, porque los profés andan más preocupados de sacar promedios, tomar pruebas pendientes que de poner orden; así que en clases podíamos conversar más con la Tina; yo no me atrevía aún a hablarle de su papá y ella no tocaba el tema, quizás para no recordarme el incendio que había terminado con su carrera de escritora; pero a pesar de esto, nos dimos cuenta de que había otros temas interesantes y que nunca antes había- mos tocado. Ella me preguntó un día si aún desea- ba ser ingeniero o algo relacionado con las mate- máticas; la verdad que estaba viendo que más me convenía ser piloto comercial, así recorrería todo

el mundo y, tal vez, en una década más hasta podría dirigir una nave a la Luna o a Marte; o hasta el transparente planeta de los hombrécitos de cristal. Esa fue la única ocasión en que retomé un tema relacionado con las aventuras de don Juan Francisco y la Tina lo consideró con naturalidad. En cambio, mi amiga me confidenció que deseaba ser matrona; por supuesto que semejante intención me dejó muy sorprendido, así que le pregunté a qué se debía el cambio teniendo ella tantas condiciones para la literatura o el arte.

— Mira, Tito, la verdad es que esto lo he venido pensando desde el día en que la señorita Emilia nos anunció que esperaba guaguüita; como todas las niñas nos pusimos a hacerle ropita, mientras le tejía un paletocito sentí que algo muy tierno nacía en mí, un sentimiento muy puro, como si en cada punto se fuera un poquito del amor que guardo en mí por todos los seres; y si eso sentía con sólo tejer, ¿cómo sería de bello y de maravilloso contribuir a que un pequeñito nazca?

Así que lo conversé con la señorita Orientadora y ella me aconsejó que siempre debería pensar mucho en lo que realmente deseaba ser cuando grande; si continuaba siendo estudiosa y lograba mantener mis promedios altos, cualquier profesión estaría a mi alcance; pero tenía que ver con harta imparcialidad si para lo elegido poseía aptitudes, porque no bastaba an-

helar ser enfermera, profesora o matrona si carecía de las condiciones básicas o no tenía vocación; y lo otro que debía considerar era el aspecto económico... La Universidad es carísima, Tito, así que sólo me cabe esperar si por mis notas obtengo una beca... También seguiré escribiendo, cantando, pintando; el que uno estudie una carrera no impide que pueda hacer otras cosas interesantes, ¿verdad?

Fue bueno conversar de estas cosas, porque cuando yo tenía siete años quería ser médico y nadador olímpico; después me gustó más ser karateca, animador como don Francisco, viejito pasacuero, chofer de buses de dos pisos... De lo que sí estoy seguro es que no tengo muy claro lo que estudiaré, aunque por ahora me tira eso de ser piloto; pero sobre lo que no tengo dudas es que no seré profesor de Inglés, pues la Miss Martha y el Mister Magú me saturaron y el profe que le hace clases al curso me exige más que si yo hubiera nacido en Londres. Los compañeros también andan en la onda de elegir lo que estudiarán; hay un niño que llegó este año, rucio como yo, que dice que va a ser cura y todo porque es monaguillo; en cambio al Lautaro no le entusiasma la farmacia como al Juanito y está decidido a convertirse en árbitro o dirigente del fútbol; la Yanet, que es bien agrandada, anda comentando que será modelo o azafata y que si no le resulta, se va a casar con un actor de cine famoso; otros compañeros no esta-

rán este otro año, porque prefieren asegurarse y se matricularán en las escuelas industriales o comerciales para salir con un título; otros se van a ir a estudiar mecánica y turismo no sé dónde. Aunque nos falta tanto para empezar la Media, ya estamos preocupados; esto se debe en parte a que los cabros de Cuarto Año no hablan de otra cosa que no sea la Prueba de Aptitud y de si les alcanzará el puntaje para entrar a la Universidad; como la sala de ellos está al lado de la nuestra, oímos todas las leseras que comentan y nos damos cuenta que nos miran de arriba para abajo. Cuando yo esté en el último curso no voy a mirar en menos a los niños de la Básica y aquí lo dejó estampado para que no se me olvide.

Cuando les pagan a los profes, nosotros salimos como una hora antes; entonces, ese último día de noviembre, le sugerí a la Tina que no nos fuéramos a la casa y que nos quedáramos en el liceo. No esperaba que aceptara con tanta alegría, así que para celebrarlo me cuadré con dos chocolates que compré en el quiosco, pese a que mi abuelita Mercedes siempre me aconseja que supla las golosinas por fruta. Fue idea de la Ernestina que nos fondeáramos bajo los pilotes del Parvulario, ya que a esa hora no había moros en la costa ni peques.

Todo el sector estaba desmalezado y apenas crecían manzanillas y yuyos, pero de todas maneras nos metimos debajo de las salas; el declive del

terreno impediría que alguien nos viera si por casualidad pasaba cerca. Nos quedamos silenciosos un buen rato y, cuando quisimos hablar, lo hicimos al mismo tiempo y eso nos causó tanta risa que casi nos atoramos con el último helado que nos quedaba. Yo, como caballero bien educado, le cedí la palabra a la dama.

— ¿Has vuelto a ver a los hombrecitos de cristal?

Me dejó mudo. No supe qué contestarle, porque desde que casi me achicharré por estarlos buscando y quemé media casa, no quería ni acordarme de ellos. Así que moví la cabeza negativamente. Y ella siguió muy campante:

— ¿Te gustaría volver a verlos? Yo sé cómo...

De nuevo me dejó sin habla y, cuando la recuperé, fue para asentir.

— ¿Y qué debemos hacer, Tina?

— Concentrarnos. Hoy, por ejemplo, podríamos conectarnos telepáticamente con ellos... Como a las doce de la noche nos levantamos en silencio, tú sales al jardín y yo al patio; nos sentamos en la tierra y miramos fijamente hacia la Cruz del Sur. Tratamos de no pensar en nada que no sea el deseo de que ELLOS vengan hacia nosotros... Tenemos que estar los dos pensando con fuerza en lo mismo y a la misma hora para que resulte la comunicación...

— ¿Y cómo puedes estar tan segura de que esa es la forma de atraerlos?

— Mi papá me enseñó que cuando uno desea mucho una cosa es más fácil conseguirla si se pide aquello en el silencio de la noche, bajo las estrellas...

— Si es así, ¿por qué no nos concentramos en algo que de verdad me gustaría? Porque no sé para qué van a venir los enanitos espaciales...

— Dime, Tito, ¿qué es eso que te gustaría tanto pedir?

— ¿Quieres que te lo diga? Pues bien: deseo que regrese tu papá, porque tú lo necesitas, lo echas de menos, y porque también deseo conocerlo... Es seguro que este otro mes, antes de Pascua, tenga que ir a ver a mi mamá y a mi papá y quisiera que tú no quedaras tan sola, que lo tuvieras a él cerca; también tengo rehartas ganas de felicitarlo por lo valiente que ha sido y, sobre todo, por tener una hija como tú...

No alcancé a agregar nada más, porque me di cuenta de que la Ernestina tenía su cara inundada de lágrimas. Esta vez no andaba trayendo ni siquiera el pañuelo de diario, así que tuve que esperar que ella sacara una servilletita y sola se limpiara el rostro. Ambos nos quedamos callados, mirando las yerbas que temblaban ligeramente con la brisa; un caracol, inusitadamente, empezó a reptar por uno de los pilares de madera e iba dejando una estela plateada; una chinita anaranjada revoloteó sobre mi nariz y, luego, se posó sobre la mano izquierda de mi amiga. Ese hecho

tan insignificante tuvo la virtud de hacerla sonreír y hablar de nuevo.

— Perdona, Tito, que sea tan llorona... Esta noche pide tú para que tenga yo de nuevo un papá y una mamá... Yo también haré lo mismo...

Me extrañó un poco la forma en que se expresó, pero le contesté que no sólo me concentraría a las doce en punto, mirando la Cruz del Sur, sino que también le rezaría a la Virgen del Carmen para que ese deseo se cumpliera. Y mentalmente me dije que hasta sería capaz de largarme con un Rosario completo si no me daba mucho sueño.

Esa noche, tuve serios problemas que afrontar; para empezar, a la Meiga le dio por planchar en la cocina hasta tarde y mi abuelita, en vez de irse a su dormitorio, se puso a ver tele en el living; para colmo hacía reharto calor y hasta el gato andaba saltando con tal alboroto, que lo echaron para el jardín. A todo esto, yo había dado las buenas noches como a las diez y me había metido vestido debajo de las sábanas y casi me cocí vivo. Cuando ya pensaba que sería imposible salir, oí cómo cerraban las ventanas, revisaban la casa, entraban al Serapio y se decían hasta mañana que amanezca bien. Como mi reloj tiene esfera luminosa, pude estar a tiempo para ubicar la Cruz del Sur. Nunca antes había contemplado con tal recogimiento la maravilla del universo y me dije que un Dios que ha creado tal belleza podía sobrada-

mente traer de regreso a los papás de la Ernestina. No pude rezar, sólo pedir con fe que mi amiguita pudiera ser feliz junto a sus padres. Y para no desperdiciar la concentración mental, rogué también para que muy pronto yo también pudiera reunirme de nuevo con el papá y la mamá. De pasada, desee que la guagüita saliera hombre. Los grillos cantaban muy tiernamente y los primeros dengues perfumaban el jardín; se me ocurrió sacar unas florcitas de colores para disecarlas como recuerdo de esa noche, así que estaba eligiendo las más bonitas cuando vi a los hombrecitos del espacio; estaban escondidos entre las sombras de otro arbusto y sus cuerpecitos titilaban igual que las estrellas. Quedé tan feliz con el encuentro que sólo atiné a pedirles que por favor buscaran por toda la Tierra a la mamá perdida de la Ernestina y que ayudaran con su poder a don Juan Francisco para que, al fin, pudiera reunirse con su esposa e hijita y vivir felices para siempre.

Los días corrieron veloces. Yo recibí carta de Alemania y supe que debía partir el domingo antes de Nochebuena; viajaría con mis hermanas y las dos abuelitas. Fue entonces cuando me di cuenta de que había olvidado completamente pedirles a los extraterrestres que me duplicaran, para poder estar en dos partes a la vez; lo había olvidado, porque sólo había pensado en mi amiga y no en mí.

La Tina, a pesar de que supo con pelos y seña-

les lo de mi encuentro con los seres espaciales, no se mostró demasiado entusiasmada; más contenta estuvo cuando le regalé una tarjeta hecha con los dengues, dedicada con mi mejor letra inglesa. Se la entregué cuando ella vino a despedirse de nosotros, porque debía irse con la tía fuera de Santiago. Le pregunté a dónde iban, pero sólo me contestó que al norte.

— Entonces —le pregunté—, ¿a qué dirección podré escribirte?

— Mejor dame tú la dirección que tendrás en Alemania y yo, te lo juro, te voy a escribir.

Fui adentro y le copié los datos; pero mi abuelita, que siempre es tan atinada, me dijo muy bajito que le metiera dentro de un sobre varias estampillas para que ella no tuviera que andar gastando. Así lo hice y la Tina me miró con sus ojos negros tan intensamente, que no necesité darme las gracias.

Era la hora en que el sol se pone muy rojo antes de seguir hacia otros continentes. Encaminé a la Tina por la calle de la Victoria y al final, donde se acaban las aceras, doblamos hacia el poniente. Al llegar al puente, ella se detuvo.

— Déjame hasta aquí, Ernesto. Te deseo un feliz viaje... Yo te voy a escribir, pero si tarda en llegar mi carta, nunca pienses que te he olvidado... Has sido el mejor amigo del mundo y nunca, nunca me olvidaré de ti... te lo juro...

No sabía cómo contestarle, porque tenía mucha pena. Había algo en ella que me hacía presentir que nunca más nos volveríamos a encontrar. Entonces tuve una idea única.

— Tina, Tina... No te vayas todavía. Mira, se me ha ocurrido que si por cualquier motivo no sabemos el uno del otro en algún momento, podríamos comunicarnos telepáticamente, a las doce de la noche, mirando la Cruz del Sur...

Se volvió hacia mí con la mirada brillante. Y con una sonrisa forzada me respondió:

— Tito, Tito... ¿Has olvidado que cuando acá sea la medianoche, allá en Alemania estará amaneciendo? Además, ¿sabías tú que la Cruz del Sur sólo se ve en este hemisferio?

Quedé con una sensación de tristeza tan grande que sólo atiné a decirle que habría que buscar otra forma de comunicarnos. Entonces ella me dijo:

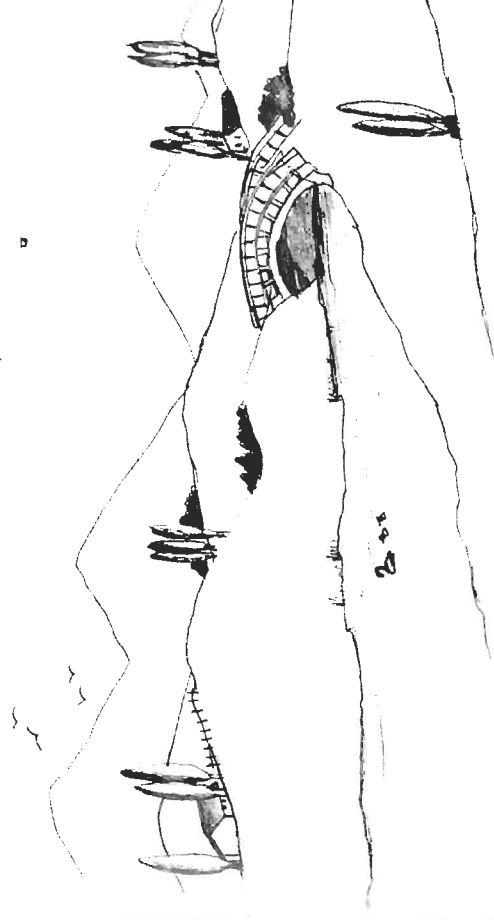
— ¿Ves el cielo? ¿Por qué no elegimos alguna estrella que acá se vea siempre muy al norte y que tú puedas verla hacia el sur?

Entonces nos pusimos a buscar un lucero lo suficientemente reconocible para centrar en él nuestra mirada y nuestro pensamiento. Cerca de las Tres Marías, hallamos uno. Era una estrella única, inconfundible.

— ¿Cómo la llamaremos? —preguntó.

— La Comunicadora.

La miramos juntos de nuevo y cuando estuvimos seguros de que jamás nos equivocáramos, nos despedimos con un apretón de manos cálido, de amigos. La vi perderse sobre el puente, pero me di cuenta de que se había detenido para mirar hacia lo alto. Yo hice lo mismo. La Comunicadora era algo concreto, visible, el medio más bello que la Ernestina y yo pudimos encontrar para mirarnos sin vernos, para pedirle a Dios que cumpliera nuestros deseos buenos, para tomarnos las manos en la distancia infinita.



LA CARTA

Cuando partí, yo no sabía que tendría que radicarme lejos de Chile. Tal vez fue mejor así, porque la despedida de mis profesores, compañeros y amigos habría sido muy triste; y mucho más dolorosa la separación obligada entre la Ernestina y yo. También habría sentido nostalgia al dejar el barrio y saber que ya no escucharía la trompetilla de don Pedro anunciando que nos traía carta; que ya no comería el rico pan amasado de doña Chepita y que no vería al Zancadilla haciendo de las suyas; creo que hasta habría echado un lagrimón al decirle chao a la Meiga, que me había perdonado la deuda. Seguramente fue idea de mi abuelita que partiera pensando que en marzo estaría de regreso.

Al principio, la alegría de estar con mis padres, de conocer otro país y la novedad de vivir en una ciudad tan diferente a las chilenas, me hizo no añorar lo que había dejado. Eso sí que echaba de menos a la Tina y todos los días miraba el buzón de la correspondencia por si ella me había escrito como prometiera; pero sólo tuve que conformar-

me con buscar, en los cielos siempre nublados, la dirección aproximada de la Comunicadora; por-que había logrado ubicarla muy al sur una de las noches en que no nevó ni llovió y el cielo estaba claro y azul.

Hacia principios de febrero, nos llegó un nuevo miembro a la familia. Mi papá, sabedor de las ansias que yo tenía de que fuera hombrecito, me llamó para darme la noticia.

— Ernesto, de ahora en adelante tú serás el hombre de la familia si yo llego a faltar, porque Dios ha querido que nos naciera una preciosa niñita...

Me abracé del papá y él me besó en la frente. Disimulé la desilusión doble delante de mi mamá, porque además la guagua tenía una cara colorada, algo avejentada y más semejaba un monito que cristiana. No sé cómo todos comentaban lo linda que era. Pero cuando llegó a la casa y fue creciendo, no sé si porque me acostumbé a ella y le tomé cariño, ya no la hallaba feíta; hasta empecé a encontrarla, al cabo de unos tres meses, hasta bonita. Cuando llegó el momento de bautizarla, empezaron en la mesa y en el auto las opiniones encontradas; ni mis dos abuelitas lograban ponerse de acuerdo, ya que fueron las más consultadas. Cuando vieran mis padres que la guagua iba para mora, se les ocurrió preguntarme qué nombre me gustaría para mi hermanita.

Sin titubear, porque había tenido tiempo de sobra para pensarlo, contesté: —Me gustaría que se llamara Ernestina, así seríamos casi tocayos y podríamos celebrar el santo el mismo día... Además, sé que mi hermanita será tan buena, inteligente y estudiosa como mi amiga Tina. Hallo que es un nombre muy bonito y poco común, porque a las niñas de esta época les ponen nombres extranjeros o de artistas na que ver... Y Ernestina es un nombre bien chileno, ¿verdad?

Por unanimidad se aceptó mi proposición; me sentí muy satisfecho, porque ya me estaban considerando el segundo de a bordo, después de mi papá. Y un cuatro de abril (el mismo día del cumpleaños de la Tina), en la iglesia de Santa Úrsula, bautizaron a mi hermanita. Yo la empecé a llamar Tini, porque era pequeña y, también, porque los alemanes le ponen "i" a los diminutivos.

Hacia mediados de mayo, junto con la llegada de la primavera, recibí la tan anhelada carta de Ernestina; la hallé en el buzón y subí corriendo los tres pisos y, en el silencio de mi cuarto, empecé a leerla con emoción y alegría...

ERNESTO:

Cuando te enteres de todo lo que me ha sucedido, sé que entenderás las razones que he tenido para tardar tanto en escribirte y sé que me perdonarás; y

comprenderás muchas rarezas mías y cosas que te decía a medias o que no contestaba.

Te escribo desde una de las ciudades más placidas y bellas: La Serena. Está construida al estilo español y guarda un aire colonial muy especial, que se manifiesta cada día cuando las campanas de sus cien campanarios acallan todos los ruidos; en su plaza, florecen claveles perfumados de los colores más extraños y bellos. El mar está muy cerca y cuando paseo por la playa, no puedo dejar de recordar el paseo que hicimos a Cartagena. El cielo de las noches serrenenses es diáfano y la Comunicadora se ve más cerca de la tierra y cuando la miro, sé que tú ya la has mirado antes y eso me hace sentir que la verdadera amistad se mantiene a través del tiempo, del espacio y de la distancia. ¿No lo crees así, Ernesto? He ido a Vicuña y hubiera deseado que me hubieras acompañado, porque pisar la tierra en que nació la Mistral es una experiencia única, maravillosa...

Te preguntarás, Tito, a qué se debe que ya no viva en Maipú y que esté llevando una vida tan diferente a la que llevé siempre... Sucede que el deseo que tú pediste para mí se hizo realidad. He encontrado lo que nunca tuve: un hogar verdadero, con un papá y una mamá que me han adoptado. Porque la verdad es, Tito, que mi madre me abandonó en una Institución cuando recién nació; tuve la mala suerte de que ninguna pareja se interesara en mí; por eso hasta los seis años estuve en una Casa con muchos niños huérfanos y después me colocaron donde la

“tía” que tú conociste; ella recibía un pago de la Institución por cuidarnos a mí y a las otras tres niñas; la “tía” nos trataba bien y nos daba mucho cariño y se hacía la ilusión de que éramos sus sobrinas. Siempre nos visitaba una Asistente Social y nos decía que había matrimonios interesados en adoptar niñas en situación irregular, pero que el trámite podía durar años y después venía un tiempo de convivencia, más papeleos y si todo andaba bien, podríamos ser hijas legítimas para siempre. Yo tuve esa suerte, Tito, gracias a que tú lo pediste con tanta fe y también le encargaste a los extraterrestres que ayudaran a encontrar a mis padres. Y Dios me los envió, aunque ellos dicen que fue al revés: que el Todopoderoso me eligió a mí como su hija.

Mi papá es norteamericano, usa yinies y es tan valiente como mi otro papá, Juan Francisco, y —cosa rara— se llama John; mi mamá es chilena, morena como yo y nadie diría que no llevo su sangre; también gané abuelitos, pero pronto conoceré a los que viven en California, porque mi papá está por terminar la investigación que cada cierto tiempo lo trae al Tololo: él es astrofísico. Un día nos llevó al Observatorio y pude ubicar a la Comunicadora; claro que tuvo él que hacerlo, pues es muy complicado manejar esos gigantes telescopios... ¿Y sabes qué descubrí? Que nuestra estrella es el planeta donde habitan nuestros amigos de cristal. No tengo dudas, Tito; todo ese mundo es azul, con efervescencias cual gasas luminosas, y yo sé que desde allí

ELLOS nos miran a los dos y sé que en cualquier momento nos vendrán a visitar... Como tengo confianza con mis papás, les conté lo del encuentro con los pequeños seres y que tú los viste dos veces, y que yo viajé a su mundo; pero me hicieron prometer que todo esto quede “en familia”. ¿Te das cuenta de que fue una inspiración telepática la de ubicar en el firmamento, precisamente, la estrella donde los enanitos transparentes viven? También quiero que sepas que estoy estudiando en el liceo de acá, pero sigo recordando a mis amigos de Maipú; como esta es la primera carta que escribo desde que “oficialmente” tengo padres, pronto enviaré cartas a la señorita Emilia para que ella les transmita mis saludos a los compañeros. Supongo que ya tendrás un hermanito, pero, no sé, tengo la tinca de que es niñita... También les mandaré noticias mías a mi “tía” y a mis “hermanas”; aunque saben que ya fui adoptada para siempre, me deben echar de menos como yo a ellas; también le echaré una tarjeta a la señora Meiga, pues a su manera fue rebuena conmigo. Solo siento que el Acordeón no pueda saber cuánto lo recuerdo... Cuando dejé la casa para siempre, el pobre bruto empezó a gemir y a mí me dio una pena tan grande que lo abracé llorando; él me pasó por la cara su lengua tibia y nos siguió gimiendo hasta que el taxi enfíló más allá del puente...

Con esta carta te mando una postal del Observatorio que es un sitio único en el mundo, según cuenta mi papá John: los cielos son los más puros y lumino-

sos de todo el planeta y los astronautas contaron que, cuando pasaban sobre el valle del Elqui, veían todo este sector bañado en una luz imposible de describir. Mi mamá María, cuando escuchó esto, comentó que el sabio Einstein había asegurado que "la luz es la sombra de Dios". Y esa afirmación explicaría el misterioso atractivo que ejercen estos lugares para los seres ávidos de paz.

No sé cuándo debemos partir a Los Ángeles, en California; pero sí sé que nos estaremos escribiendo regularmente, ¿verdad? A veces pienso que tal vez no volvamos a vernos y si tardamos algunos años en reencontrarnos, ya no seremos los niños de la Gruta Encantada... Y para que nada de lo que tuvimos se pierda o se olvide, he empezado a escribir "La maravillosa historia de Ernesto y Ernestina"; en esa novela viviremos aventuras increíbles, pero basadas en algo muy real: la hermosa amistad que nació entre ambos.

Si Dios dispone que jamás nos veamos de nuevo, tengo la seguridad de que en el cielo estará nuestra Comunicadora uniéndonos en el pensamiento, acercándonos cada noche, aunque estemos separados por océanos y continentes. Y si pasan siglos, la Comunicadora permanecerá en lo alto... eterna, como nuestra amistad.

Abraza por mí a tu abuelita Mercedes y saluda a tus papás, hermanas y —sobre todo— besa por mí a la guaguüita, que debe ser muy linda.

Me despido de ti hasta más rato, porque como todas las noches saldré a mirar nuestra estrella.

ERNESTINA

P.D. Cuando termine la primera parte de mi nueva novela, por precaución, te haré llegar las fotocopias.

Como en esta región pega mucho el sol, uso a diario el paraguítas que me regalaste; las chicas me miran con envidia, porque ninguna posee un quitasol igual.

Releí la carta de Ernestina no sé cuántas veces y me costaba convencerme de que a ella le hubieran sucedido tantas cosas en su vida; pero encontré justo que, al fin, tuviera un papá y una mamá que cuidaran de ella y la amaran; porque he sabido que las personas que adoptan niños desean hacer felices de verdad a esos hijos que voluntariamente han elegido. Y me alegré por la Tina.

Aunque desde nuestra obligada separación nunca había dejado de acordarme de mi amiga, su carta me hizo volver a los días en que recién la conocí, el progreso de nuestra amistad, las charlas en el refugio, los problemas que tuvimos que enfrentar, los fracasos y éxitos... Me acordé de mis compañeros, de los profesores y de tanta actividad compartida que ahora —tan lejos de todo— me hubiera gustado recuperar. ¿Pero cómo podía re-

vivir esos inolvidable dos años, los últimos que viví en mi patria?

Mi abuelita Mercedes, que se había convertido en mi confidente, al enterarse de las noticias sobre la Tina se sintió muy conmovida y le deseó lo mejor; como me me viera pensativo y yo le dijera que añoraba los días pasados en Maipú, en ese colegio tan modesto, pero tan generoso donde había aprendido lecciones que nunca olvidaría, se quedó callada. Y luego, con su voz dulce y tierna, me sugirió que bajara a la bodega del edificio y que quizás, entre los bultos que habían llegado por barco, encontraría algo que me serviría para recuperar esa etapa.

— Aunque —me dijo— lo que guardamos en el corazón y en la mente con amor, jamás envejece y muere con nosotros...

Días después seguí su sugerencia. Cuando ya no creía encontrar nada, di con la abollada maleta de aluminio, donde había fondeado la caja de galletas con la novela de Ernestina; en su interior, entre unos cuadernos con mis primeros palotes y dibujos, hallé unos olvidados Apuntes que empezara a escribir el año en que repetí curso por primera vez... Los llevé a mi cuarto y, en el silencio de la noche, empecé a leer y a revivir aquellos días en que Dios quiso que un niño llamado Ernesto conociera a una niña llamada Ernestina.



Autor y obra



Aprendí a leer a los tres años en un viejo texto de historia, con las figuras de Asurbanipal y Nabucodonosor dibujadas a *la pluma*; con ellos recorrí las tierras exóticas cruzadas por el Tigris y el Eufrates y llegué al reino donde todo es posible: el de la lectura. Desde entonces, la magia de la palabra escrita se adentró en mí para siempre. A este hallazgo maravilloso se sumó la joven presencia de mi tío Marcos. Quizás presentía que su paso por la vida sería breve y por eso, con premura, sembró en mí semillas que brotarían con el tiempo. El más importante de sus regalos fue un sacapuntas –que aún conservo– en forma de globo terráqueo; apenas cabía en la comba de mi mano, pero despertó en mí el interés por saber más de esa geografía surcada de paralelos y meridianos, de azules océanos y

coloridos continentes, e incentivó el deseo de conocer al hombre que habitaba en lugares tan lejanos. Mis padres, especialmente mi madre –culto, inteligente, sensible–, escogieron para mí libros de cuentos y de historia de Chile que poblaron de hadas, gnomos y héroes la modesta casa en que vivíamos, transformándola en castillo, en fuerte, en acorazado o en isla encantada.

Al colegio Claudio Matte, sólo fui a jugar y a pelear. Al Liceo Santiago para Señoritas fui a educarme. Religiosas suizas, alemanas y chilenas limaron asperezas y fortalecieron mi espíritu; la capilla y la biblioteca fueron mi refugio, lugares predilectos para reflexionar y soñar. En el Liceo de Niñas N° 3 concluí las Humanidades (hoy últimos cursos de Enseñanza Media) y di el bachillerato en Letras. Tuve profesoras extraordinarias en el colegio fiscal, cuyas enseñanzas serían vitales cuando ingresé a la educación superior. En el legendario Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile me titulé de profesora de Castellano y Especialista en Evaluación Educacional. Mientras fui alumna de las monjas en el liceo y en la universidad, tuve compañeros que hoy siguen siendo los mejores amigos, porque la amistad verdadera se prolonga en el tiempo, crece con nosotros y nos apoya siempre.

Los días en que esperaba ansiosa *El Penca*, con ilustraciones hermosas y relatos fantásticos, y los días en que colaboraba en la revista *Margarita* con sonetos y artículos, fueron reemplazados por la rutina del trabajo y la necesidad urgente de hacerme un futuro. Innumerables cursos de perfeccionamiento y agotadoras jornadas de clases alternaron las horas en que me entregaba al cuidado del

hogar y al amor de mi único hijo: Horst. Nada se dio fácil, pero alcancé las metas anheladas. Colaboré en tareas técnicas en reparticiones del Ministerio de Educación y jubilé en 1987 como docente directivo, luego de treinta años de ininterrumpida actividad.

Entre varias posibilidades, opté definitivamente por la escritura cuando mi primera novela quedó finalista en España –Premio Eugenio Nadal– y luego obtuve Mención Honrosa por mi cuento *La animita* en un concurso de la Northeastern Illinois University, en Estados Unidos, publicado en una excelente antología titulada *Cuentos Esperante*. Seguí escribiendo sólo para adultos, estimulada por mi hijo que me regaló una máquina con cien dispositivos y funciones incorporadas y luego un procesador de palabras. Y fue Horst quien me trajo las bases del concurso *Marcela Paz* de Literatura Juvenil. Fue también una experiencia inolvidable dar vida a Ernesto y Ernestina que, junto a sus amigos, yacían dormidos en mi mente, anidados en mi corazón. Los personajes se adueñaron de las páginas en blanco y surgieron dinámicos, alegres, autónomos, absolutamente independientes de su autora. Nunca imaginé que por ellos se me iba a otorgar el Primer Premio y que esa feliz circunstancia me acercaría a miles de niños.

He seguido escribiendo. En 1992, con motivo del sesquicentenario de la Universidad de Chile se publicó *Griselda la olvidada*, biografía de la primera mujer farmacéutica con título universitario, dedicada a mi madre (primera mujer Consejera del Colegio de la Orden), de la cual fui coautora.

La Editorial Universitaria me ha publicado *Los amigos de Ernestina* y *Los casi, casi primos*, títulos que ya llevan va-

rias ediciones. La Antología *Chile en cuentos* incluye mi relato LOS BURRITOS DE MACHALÍ y en la novela *Días de sol y niebla* está plasmada la historia del primer amor. He vuelto a quedar seleccionada en diversos concursos literarios y, en 1999, obtuve el premio Felipe Trigo por mi novela *La mácula*, otorgado por el Ayuntamiento de Villanueva de La Serena (Badajoz, España), la tierra que vio nacer a don Pedro de Valdivia. Y en Chile, el Consejo Nacional del Libro y la Lectura distinguió con el premio Marta Brunet 2003 a mi novela *Carmelita la de Las Campanas*, hermanada, sin duda, con mi Ernestina. Y lo más importante es que estos libros transitan por los colegios y librerías de Chile y están al alcance de todos los niños y jóvenes del mundo en los anaqueles de la Biblioteca Internacional de la Juventud, en el mágico castillo de Blutenburg, cercano a Munich, en Alemania.

Actualmente soy Secretaria de IBBY-CHILE (International Board on Books for Young People); pertenezco a la SECH (Sociedad de Escritores de Chile) y a la sección chilena del PEN CLUB. No sé cuanto tiempo más andarán mis pasos por las sendas de este siglo XXI; pero sí sé, con absoluta certeza, que en el firmamento estará la Comunicadora, la estrella donde confluyen las miradas de los hombres de buena voluntad, aquellos que en espíritu jamás han dejado de ser niños.

Enriqueta Flores

Colección Norte

LOS CASI, CASI PRIMOS
Enriqueta Flores

LA EDAD DEL PAVO
Carlos Ruiz-Tagle

ADIÓS MR. CHIPS
James Hilton

PAPITO PIERNAS LARGAS
Jean Webster

LOS VIAJES DE MARCO POLO
Adaptación de Hernán Poblete

LOS AMIGOS DE ERNESTINA
Enriqueta Flores

UNA NIÑA
LLAMADA ERNESTINA
Enriqueta Flores

ROSELÍ, QUERIDA ROSELÍ
Max Lundgren

LOS KARAS Y LA DROGA
DE LA OBEDIENCIA
Pedro Bandeira

SACHA EN EL REINO
DE LOS ÁRBOLES
Ciro Alegría

ONCE ANIMALES CON ALMA
Y UNO CON GARRAS
Ciro Alegría

Una niña llamada **Ernestina**

Enriqueta Flores



1963
MORE

